Antonio Ros de Olano

Poesías

Índice

Prólogo
Sonetos
El conde don Julián
Los castillos de la Reconquista
Napoleón
En la soledad
Cinco sonetos
En la tribulación
El hombre ante Dios
En el nacimiento del Ebro
Recordando el entierro de Espronceda
El simoún
Regalando una botella de vino añejo
Fatalidad
Eva
Funerales
No hay bien ni mal que cien años dure
Progresión
Amor tardío
A un soldado
La pajarera
Sueño
Balada
En la orilla del mar
Kásida
Entre cielo y tierra

La ambición
Cuesta abajo
Contradicciones
La hija del veterano
Las playeras
Melancolías
Nada más
Canto de la gitanilla
Figura tomada del natural
Seamos justos
Anacreóntica de nuestros días
¡Mennhana!
Doloridas
Los dos sueños
Sin el hijo
La viuda del patriota de 1808
Angelitos al cielo
Sobre el banco
La abuela viuda y la nieta huérfana
El penado
El llanto de la nieta
En la necrópolis
En el museo del Louvre
Meditaciones al pie del cedro Deodara de la plaza de las Cortes
A mi amigo D. Juan Uña
Por pelar la pava
Tradición infernal
- I -
La canción
- II -
Ella y él
- III -
El desengaño
- IV -
El encuentro
- V -
Comienza el milagro
VI
Saetas
- VII -
El viático
- VIII -
Estallido
- IX -
Co nclusión
La gallomagia
Poema a espuela viva, escrito por Fulano Zurita, bachiller en patas de gallo, licenciado en puyas y doctor en ambos espolones
Lenguaje de las estaciones
Dedicatoria

En el invierno
En la primavera
En el verano
En el otoño
Galatea
Acto I
Acto II
Acto III

Índice alfabético

A la sombra de un chopo
¡ALERTA! ¡alerta!
Al lado de la noche está el sigilo
¡Allá voy! ¿De dónde vino
Al nacer el día
Altiva voluntad y tedio inerte
Antes que fuese el Tiempo en la medida
Aquí do nacen del íbero río
A un pajarillo oprimía
Ave que te lanzaste
¡Ay del ay que al alma llega!-
Cantaron otras saetas
Cantó anoche Serenita...
¡Cayó sin dar un ¡ay! en la primera
Cierta noche de verano
¡Cómo ha pasado el tiempo tan esquivo
Cuando recuerdo la historia
Decir solemos de la mar que es fiera
De ésta que envío, anciana generosa
Deja suelto el bridón; rompe la espada
Del bien, hallado tras el mal, nos queda
Del fértil seno de la madre España
De luz vestida en el azul sereno
Dentro el alcázar de doblado muro
Dices que mi padre ha muerto
Doncellas de la aldea:
Donde dejó las tripas
El árbol a la fuente protegía
El corazón es péndulo que advierte
El mismo telón de fondo
«¡El Rey ha muerto!» «¡Viva el Rey!»-Corrieron
En casa del gitano
En cuanto Dios amanezca
En el oasis de Oriente
Entre el llanto y la risa
Era, el Edén: la Creación, naciente
Era la madre de un niño
Hay una tumba en un monte

Junto a los días de tu edad primera
Las edades y el destino
La soledad lo aborta sin destino
La vieja del candilejo
¡Lloras en esa cuna
Madre del recién nacido:
Madre: el sitio en que mataron
Mientras te llaman Dolores
Mira, mujer pecadora
Navega amor en bonanza
No vuelvas a la líquida morada
Oigame, señor mío
Padre, vino a la comarca
Paloma: cuando el aire
¡Por Dios, que un bulto diviso!
Por escena, el campo libre
¡Santa Naturaleza!... yo que un día
Sentéme por acaso
Si es conseja o sucedido
Silencio impuso, y le escuchó la Europa
Son esqueletos de gigante hechura
Ungida en blando rocío
Venus de Milo, ¡oh tristeza!
Ya el golpe de las olas no estremece
Ya en la senda, allá del río

Prólogo

I

La celebridad literaria de Ros de Olano no tiene conexión próxima ni remota con las circunstancias (muy merecidas, pero al cabo externas) de ser Teniente General. de los Ejércitos Nacionales, Conde de la Almina, Marqués de Guad-el-Jelú, Grande de España de primera clase, Senador vitalicio y diferentes cosas más de aquéllas que a otros próceres han solido valer cómodo asiento en nuestro Parnaso, no bien hicieron algún mimo a las patrias Musas.-Por el contrario: la índole esencialmente política de este poeta, lo mismo durante la primera guerra civil, que después como fino conspirador palaciego, que en 1854, como definidor y alma de la Unión Liberal, que en todo tiempo como adalid parlamentario de largo alcance, lo han sujetado a perpetua contradicción de los partidos, avaros siempre de justicia, y mucho más de gracia, con los llamados hombres públicos.

Debería, pues, asegurarse que Ros de Olano, el familiar amigo de las Reinas Doña María Cristina y Doña Isabel II; uno de los doce hombres de corazón rebelados luego en Vicálvaro; el Director general de Infantería, que aleccionó en el Pardo a aquellos Cazadores de Madrid, terribles gimnastas, vulgarmente llamados Monos sabios, que tales travesuras hicieron en la contrarrevolución de 1856; el que dio su apellido al famoso chacó denominado ros; el Segundo del General O'Donnell en la Guerra de África; el apoderado del Vencedor de Alcolea durante aquel tremendo 29 de septiembre de 1868, en que los revolucionarios madrileños se sobrepusieron a toda autoridad que no fuese la de D. Juan Prim, goza hoy de envidiable gloria literaria, a pesar de cuanto ha sido y hecho en su larga y fecunda existencia militar y política, y meramente como resultado de sus primitivas cualidades poéticas.

Comenzó la popularidad de nuestro autor allá en los grandes tiempos del romanticismo, cuando el celebérrimo Espronceda lo eligió para prologuista del Diablo-Mundo. Súpose entonces que aquel Comandante de Infantería, procedente de la Guardia Real, y D. Miguel de los Santos Álvarez, autor ya del renombrado poemita María y de la novela ingeniosísima La protección de un sastre, eran predilectos hermanos intelectuales del insigne cantor de Teresa, creador de El Estudiante de Salamanca; y juntos han atravesado sus nombres más de medio siglo, como identificados quedan siempre en el amor de los sectarios el glorioso maestro que muere y los camaradas y apóstoles que le sobreviven...

De D. Miguel de los Santos Álvarez los lectores recordarán que, catorce o quince años después de la muerte de Espronceda, publicó una sentida y admirable continuación del Diablo Mundo... -Ros de Olano tributa aquí, asimismo, cariñoso homenaje al malogrado genio, en el soneto titulado Recordando el entierro de Espronceda, donde dice:

«¡Cayó sin dar un ¡ay! en la primera
y última desventura de su vida!...
¡Ya no asusta el cometa sin medida
que se apagó en mitad de la carrera!
Y este llanto que moja mi severa,
rugosa faz en la vejez sumida,
es ya la última lágrima exprimida
de una fuente de amor que amor no espera.
¡Poeta del pesar!... De la clemente
tumba que de los vivos te separa,
rompe la losa con tu férrea mano...
Canta el himno a la muerte que inspirara
a tu virtud el infortunio humano,
y escupe al vulgo hipócrita en la cara.»

No estará de más que analicemos ahora un poco la índole de los románticos, por lo que respecta a sus amistades y a su gloria.-Lo he dicho en otra parte: estos innovadores literarios pudieron, lo mismo en España que en Francia, Alemania, etc., desconocer al sumo Dios; pero divinizaron a sus criaturas, con particularidad a las mujeres y a sí propios, alargándose también a incluir a los seres inanimados de la naturaleza,

como el sol, la luna, las estrellas, el mar, y hasta los arroyuelos, en esta especie de panteísmo. Únicamente exceptuaban de semejante idolatría a los tenaces clásicos, como hoy se niega el agua y el fuego a los idealistas (o espiritualistas) por los naturalistas (o materialistas) de última moda. Mas, ellos entre ellos, los tales románticos se ensalzaban mutuamente con tanto exceso, que cuando, al cabo de pocos años, se hizo la paz entre ambas escuelas, tuvieron que esconderse en la penumbra de algún destinillo de poca monta varios de aquellos melenudos semidioses, avergonzados ya de su propia nombradía poética. Otros, en cambio, poseedores de verdadero genio, como el Duque de Rivas, García Gutiérrez, Pastor Díaz, Hartzenbusch, etc. (observad que únicamente citamos a los muertos, a fin de que no se ofenda tal o cual presuntuoso vivo, a quien por acaso dejáramos de mencionar entre los patriarcas de nuestra literatura) continuaron mostrándose dignos de su fama, no controvertida a la presente ni tan siquiera por los que en 1842 eran todavía clásicos empedernidos.

Ros de Olano pertenece al número de los poetas románticos que subsisten por derecho propio en el aprecio de las Musas y en la admiración del pueblo español. Tiene hoy setenta y ocho años, y aún su noble lira es regocijo de los que le piden sus últimos acordes, como lo ha sido en todo tiempo, en medio de las continuas transformaciones del gusto; lo cual procede a todas luces de que, sin entender el naturalismo de la manera desaliñada y cruda que ahora suele preconizarse, no figura tampoco entre aquellos bienaventurados que únicamente conocen la naturaleza escrita, y sólo han visto amanecer y anochecer en los libros, cazado (supongo que ratones) en las bibliotecas, tratado pastoras en Belén o en la Arcadia, y olido rosas y claveles en salamanquinos madrigales.-Ros se inspira directamente en los campos, en los vergeles y en los montes, en las personas de carne y hueso, en las costumbres reales y efectivas, como activo soldado, perpetuo cazador, hombre de mundo, General, Ministro, viajero, galanteador y demás cosas que ha sido durante su peregrinación por este valle de lágrimas... y de risas.

Fúndase también la constante actualidad y fama de nuestro característico poeta, en la índole personalísima de sus versos. ¡Siempre es él! ¡Siempre resulta original y espontánea su forma! Y, del propio modo que siente por sí mismo y se abstiene de palabrear sensaciones ajenas, hace continua gala de un abstruso y peculiar estilo, que no se confunde con ningún otro.-En cuanto al género de sus composiciones, diremos, sin embargo, que muchas veces ostentan el realismo popular y terrible del pincel de Goya; otras la sangrienta ironía de Enrique Heine, y en más de una ocasión obscuridades y extravagancias que recuerdan al misterioso Greco. Su lenguaje, por lo general tan arcaico como el de Mariana o Mendoza, hállase también plagado de voluntarios neologismos. Pero, en el fondo de cuanto dice, hay constantemente fantasía grandiosa, sensibilidad delicada y una melancolía acerba y huraña, que llega al tedio del misántropo y del escéptico. ¡Hasta cuando ríe, nada hay más triste que Ros de Olano! Él y cuantos personajes nos retrata, chorrean sangre bajo los trazos de su pluma... ¡Él, sobre todo, infunde misericordia y lástima, cuando muestra las úlceras de su corazón; pues entonces parece, y acaso es, ascética negación del amor propio y víctima propiciatoria de su

infortunado amor a los demás!

Bien claro nos lo dice en su soneto de la página 49:

¡Fatal amor!... El corazón sin freno
triunfó del Hado... ¡mísera fortuna!
La Náyade de límpida laguna
fue Venus libre y me abismé en su seno!
Luego la vi en el féretro tendida,
pavorosa beldad de carne inerte,
astro apagado en luctuosa esfera...
Y ¡ay del deseo! Me atedió en la vida...
y amé el dolor con que me hirió su muerte,
¡vuelto al afán de mi ilusión primera!

II

Puestos a copiar versos del inspirado vate, desistirnos ya de discurrir acerca de ellos, y vamos a limitarnos a comprobar y justificar con citas cuanto dejamos dicho en su elogio.

Hemos hablado de estudio directo de la naturaleza, y el mismo General Ros acude a confesarlo en su famosa Gallomagia, cuando exclama humorísticamente:

Yo, para sacudir la pesadumbre
que el corazón del bueno despedaza,
trepé a caballo a la escarpada cumbre,
o a pie en el monte fatigué la caza.
Vi nacer, vi morir del sol la lumbre,
solo en la soledad..., mas hoy rechaza
mi edad cansada fustigar caballos,
y para cazador me sobran callos.

De su constante amor al campo hablan también los cinco sonetos titulados En la soledad. Comienza el primero:

¡Santa naturaleza!... yo que un día,
prefiriendo mi daño a mi ventura,
dejé estos campos de feraz verdura
por la ciudad donde el placer hastía.
Vuelvo a ti arrepentido, amada mía,
como quien de los brazos de la impura
vil publicana se desprende y jura
seguir el bien por la desierta vía.

En el segundo declara, con acentos propios de Fr. Luis de León:

Más precio en este valle y pobre aldea,
términos de mi vida peregrina,
despertar cuando el aura matutina
las copas de los árboles menea;

y, al volver de mi rústica tarea,
hora, en la tarde, cuando el sol declina,
mirar desde esta fuente cristalina
el humo de mi humilde chimenea,
que en la rodante máquina lanzado
cruzar como centella por los montes..., etc.

Alterna después soberanamente el canto del poeta con el de aquel ave de quien dice en el tercer soneto:

Hay junto a la ventana de mi
estancia
un laurel, de la sombra protegido,
en donde guarda un ruiseñor su nido,
apenas de mi mano a la distancia...

Y considerando, en fin, a Carlos V en Juste, escribe con severa melancolía:

Suele el que nace humilde en las
cabañas
dejar su techo y olvidar su ejido,
por el lucro del mar embravecido,
por el sangriento lauro en las campañas.
Mas al recto varón que honró su historia,
sin codiciar fortuna envilecida,
ni envidiar de los Césares la gloria,
un apartado albergue le convida
a esperar sin tormento en la memoria
la breve muerte de su larga vida.

Prescindo aquí del conocidísimo soneto El Simoún, que encierra toda la triste poesía de los desiertos; paso también sobre el titulado Progresión, donde, siguiendo el curso del río Tajo, establece nuestro ilustre amigo esta gradación magistral:

Miradle de Aranjuez en los vergeles;
vedle desde la Cántara extremeña;
contempladle al llegar al Océano...-,

y llego al pie del Cedro Deodara, que se levantaba hace pocos días en la Plaza de las Cortes, y que fue arrancado de cuajo por el espantoso huracán de 12 de mayo último. Muchísimas tardes, durante los años de su ancianidad, se ha visto al General Ros de Olano sentado bajo aquel arrogantísimo árbol extranjero, que le ha precedido en la muerte; y allí, recordando los tiempos del Madrid Primitivo, aquellos tiempos en que la actual Carrera de San Jerónimo era un paraje montaraz poblado de caza, exclamaba inspiradamente:

¿En dónde estoy? -Un tiempo más
remoto,
desde el inculto monte a la llanura
y del estrecho valle a las colinas,
el ágil gamo y la velluda fiera,

so el pabellón de próvidas encinas,
pacieron en la rústica pradera
que aquí ignorada de los hombres era.
Y tranquilos y en paz aquí vivieron,
sin que del cazador les acosara
ni venablo, ni jara,
ni alevoso arcabuz... Que nunca vieron
suelta de los lebreles la traílla
en demanda feroz o a la carrera,
ni el aullido tenaz de su garganta
y el noble son de venatoria trompa
dentro del bosque plácido advirtieron
al jabalí o a mansa cervatilla
el repentino trance en que murieron
traspasados del plomo o la cuchilla.

¡Qué tonos! ¡Qué propiedad y energía en las palabras! ¡Cómo se ve al cazador experimentado, dueño de todos los misterios de la Naturaleza!

Después, encarándose con el Cedro, le dirige esta melancólica despedida:

¡Noble Cedro doliente,
cautivo en suelo hispano;
gárrulo adorno de jardín urano,
que no olvidas tu Reino del Oriente!
Falto de amor y del nativo ambiente,
con unas ramas tiendes alto vuelo
de aspiración divina,
misericordia demandando al cielo,
y otras abates al humilde suelo,
a do la muerte pálida te inclina...
-Pero no estarás solo, triste amigo,
en tal tribulación, mientras aliente
mi ancianidad, de tu dolor testigo...-
¡Todos los días que de vida cuente
vendré a la tarde a conversar contigo!

Pero donde más luce el Marqués de Guad-el-Jelú su conocimiento de las costumbres del campo y de los fenómenos naturales, es en la especie de poema titulado Lenguaje de las Estaciones, bien describa los sombríos cuadros del Invierno en el Monte o en el Hogar, bien copie las galas de la Primavera, las asoladoras tempestades del Verano o los fantásticos celajes del Otoño. -Pasemos ligera revista a esta gran composición pastoral, sin argumento expreso y terminante, en que Ros prescinde de la formalidad clásica, un tanto monótona, de las Cuatro Estaciones de Pope, Tompson y Gessner, y se entrega a su romántica libertad, aunque tratando el asunto más a fondo que Alfredo de Musset en sus conocidas Noches de mayo, agosto, octubre y diciembre.

En pleno Invierno, un cazador (el mismísimo poeta, sin duda alguna), distingue en el monte a varios soldados, y grítales desenfadadamente:

¡Ah de la tropa que marcha,

en día tan borrascoso,
el hielo y el sudor juntos
en los azotados rostros!...
Lleváis perdida la senda...

Habla luego pintorescamente con aquellos soldados, y después con los propios malhechores a quienes persiguen, y tropieza al fin con una mujer que lleva en brazos dos niños

más desnudos que andrajosos;
mujer, cuyo llanto acusa
ser madre, mientras que el rostro
y los arrugados pechos
y los cabellos canosos

parecen ya de inútil anciana; la cual, al pedirle limosna, le habla en estos sentidísimos términos:

«¡Los hijos en las entrañas
»de la madre pesan poco!
»Como los parí desnudos.
»Con mi cuerpo los arropo,
»pues a cubrirnos no bastan
»los harapos que recojo.-
»Hemos de andar el camino,
»y, aunque los alterno y pongo,
»a veces en mis caderas,
»a veces sobre mis lomos,
»nos rinden en la jornada
»el sol, la nieve o el lodo.-
»Pocos dolores de madre
»sintió la que pare sólo...

Hasta aquí el Invierno en el Monte: copiemos ahora algo del Invierno en el Hogar.

Hay en él un discurso en romance, dirigido por cierto caballero (supongo que también Ros de Olano) a una joven (hermana suya, por lo visto), en el cual abundan bellezas de primer orden... -Después de hablarle piadosamente de sus difuntos padres, describe así el campesino Señor la rueca y el huso con que ella está hilando:

Y la rueca con sus flores
de siempreviva al extremo,
y el huso de plata fina,
con la inicial de su dueño;
ese infatigable huso
que tus delicados dedos,
tras levísimo chasquido,
lanzan con ágil gracejo,
y ese copo bien peinado
del lino de nuestro huerto,
que vas desatando en hebras
de finísimo cabello;

la rueca, el huso y el lino
son que allá en mejores tiempos,
al compás de las canciones
del ángel que guarda el sueño,
sirvieron a nuestra madre,
al arrimo de este fuego,
para hilar blancas madejas
de que luego se tejieron
las sábanas de tu cuna
y las de mi breve lecho.-

¡Qué delicadeza y exactitud de expresión! ¡Qué levísimo chasquido y qué ágil gracejo!- ¡Parece que se ve hilar a una reina!

Este mismo discurso cambia luego de tono, y llega a competir con la famosa Cena de Baltasar de Alcázar.-No lo copio, por ser demasiado largo. Fijaos en él, y veréis primores de pensamiento y de dicción.

De la parte que se titula En la Primavera, tomaré algunos trozos que nada tienen que envidiar a las mejores poesías bucólicas de los siglos paganos.-Dice así el General Ros:

Ungida en blando rocío
despierta amorosa el alba,
tímida beldad que en sueños
su amante el Sol busca y llama.
Claros sus ojos azules
de luminosas pestañas,
al beber luz en los cielos,
la luz al suelo derraman.
Salúdala el Santuario
con la voz de la campana,
mientras le dice sus himnos
en los aires la calandria;
y al influjo cariñoso
de su espléndida mirada,
se esponja de amor la tierra,
la vida ríe en las plantas.
Ancha clámide de nieve
desprenden de sus espaldas
los cerros, al anunciarse
de abril la augusta mañana;
y de las cumbres desciende
libre, saltadora el agua,
en elegantes, revueltas
cintas de cristal y plata.

El labrador que abrió el surco,
y de sus trojes preciadas
arrojó fértil semilla
con mano atrevida y franca,
cela la espiga naciente
sobre campos de esmeralda,

mientras que, libres del yugo.
los tardos bueyes descansan.

Pero aún más admirable que todo esto es la descripción del celo de los toros y del ganado cabrío.-Escuchad a nuestro Teócrito, al insigne español enamorado de la realidad dentro de las convenciones del Arte:

Muge la esbelta novilla
desde el otero a distancia;
primer celo en que se enciende
al pacer la verde grama...
Suma de gala y de fuerza,
monstruo de fiereza y gracia:
el toro al clamor amante
la frente adusta levanta...
Por más saciar el olfato
las hondas fosas dilata:
enhiestas las finas puntas,
rueda la hirviente mirada:
juega la flexible cola
con ondulantes lazadas;
y, azotándose los flancos,
cual con serpiente irritada,
rayo que en trueno responde,
pronto al imán que le llama,
rápido como el relámpago,
parte, arrolla, triunfa o mata.

En tanto, un eco distante,
que el viento interrumpe a ráfagas,
trae y lleva los acordes
de la primitiva flauta...
Son los de la edad de oro
trinos de la flauta pánica,
recreación de pastores,
mientras pacen sus manadas
y vense en libre careo
correr del monte a la falda
menudas, ágiles, limpias,
de vario color pintadas,
generación de Amaltea,
las mil esparcidas cabras...
Y, en medio al vario conjunto,
señor entre sus esclavas,
celoso barbón hirsuto,
de corona esparramada,
y olor genial, que denuncia
a los machos de su raza;
dispensador de favores,
dejando va por do marcha

vapor de naturaleza,
dulce a sus hembras ingrávidas.

En el romance que va impreso a continuación del de La Mañana, y que se titula La Golondrina, no hay cosa que omitir ni nada que preferir como mejor.-Leedlo íntegro en su correspondiente lugar (pág. 176), y conoceréis la infinita dulzura replegada en el fondo del alma de este amarguísimo poeta.

De la descripción del Verano, no nos permiten ya las dimensiones del presente Prólogo copiar otra cosa que un fragmento del magnífico romance titulado La tempestad, donde el poeta dice:

Y entonces fue cuando vino,
derramándose a torrentes,
copiosa lluvia; y en olas
despeñadas que al mal tienden,
e iban las aves ahogadas,
e iban nadando las reses.
A la mar iban los árboles,
con sus frutos aún pendientes...
Del labrador afanoso
los codiciados enseres
iban; y, a la par con ellos,
haces de acopiadas mieses,
y, arrancados de su base,
restos de pobres albergues...

Por último, citaremos de la pintura del Otoño aquel hermosísimo comienzo de la descripción de las nubes:

¡Breve tarde! En mar de púrpura
tórnase el azul velado
del horizonte, tendido
más allá del Océano:
piélago es de luz inmensa,
do mis ojos beben ávidos
torrentes de llama viva;
piélago en que ven flotando
seculares monumentos,
arquitectura de encantos;
fortalezas y ciudades,
alcázares, templos, arcos,
pirámides, tiendas bíblicas,
misteriosos tabernáculos...
Y en las llanuras espléndidas
de aquel celaje fantástico,
hay peleas encendidas
de hombres y monstruos bizarros,
fieras, enanos, gigantes,
escuadrones de centauros
y carrozas con cuadrigas
de flamígeros penechos.

Indicamos también, más atrás, que la pluma de Ros de Olano llega a veces al popular y terrible realismo del pincel de Goya, y aun debimos añadir que muy especialmente recuerda el lápiz con que el buen Don Francisco dibujó sus célebres cartones.-En comprobación de ello, léase toda la poesía concerniente a cierta graciosa Gitanilla (esbelta como las clásicas Bailarinas de Pompeya), que en la Pág. 76 nos dice por boca del antiguo romántico:

Hablan como cotorras
mis castañuelas...
Alzo el pandero:
me remonto en el aire,
y allí me cierno.

Igualmente son del estilo de Goya: la Figura tomada del natural; la poesía denominada Sobre el banco (este banco es el del patíbulo); la que lleva por nombre El Penado; la Anacreóntica de nuestros días, cuyo héroe es un viejo gaitero de Galicia, y, sobre todo, el festivo entierro del niño de una gitana (véase Angelitos al Cielo, página 97), donde, al regresar el alegre cortejo fúnebre, trayendo vacía la cuna que acaba de hacer las veces de ataúd, el poeta se inmuta de pronto y traza la siguiente épica figura:

Águila de anchos ojos,
Ávidos, fijos,
cuando llega y se lanza
sobre su nido;
leona enferma,
cuyo rostro tapaban
áspelas greñas;

la deshijada madre
del angélico,
de aquella pobre cuna
miró el vacío...-
Todos bailaban...
¡Y ella sola vertía
Mares de lágrimas!

Tal vez habréis recordado, en la anterior enumeración de poesías del Marqués de Guad el-Jelú, que el mismo Espronceda había tenido apego a los asuntos patibularios y a los pordioseros, manolos, gitanos y demás seres de ínfima clase; lo cual demuestra únicamente que el laureado cantor de El Diablo Mundo, El Verdugo, El Mendigo, El Reo de muerte, etc., era también, a fuer de romántico, adorador del inspiradísimo Goya; del pintor sin modelos ni precedentes académicos; del autor de escenas populares, ya festivas como las borracheras en el Canal, ya espantosas como los fusilamientos del Dos de mayo; del que pintó, en fin, las níveas carnes de sus chulas o de sus reinas con tanto vigor, intensidad y finura como Ticiano pudo emplear en sus mejores Venus.

La tradición infernal Por pelar la Pava (página 117) es asimismo del

género de Goya, quien precisamente la tomó para argumento de su Serenata. Hay allí un sacerdote y un monaguillo que llevan el Viático por las obscuras calles de Sevilla, unos cantadores de saetas, una pícara bruja, y, sobre todo, tal chispa y gracejo para referir el célebre estallido de los dos cadáveres, que todo ello parece más bien dibujado por el D. Ramón de la Cruz de nuestros pintores que por la pluma de un vate byroniano.

Para justificar mi otra comparación de Ros con Enrique Heine, sólo necesito pedir que se lean los sonetos El hombre ante Dios y Fatalidad, las estancias tituladas Sueño, la composición Entre el cielo y la tierra, las Playeras, y, muy especialmente, la desgarradora poesía Sin el hijo, donde un niño calenturiento muere hablando de cierto pajarito fantástico, representación de los deseos imposibles de esta vida.

Permítaseme copiarla.

Era la madre de un niño;
de un niño que deliraba:
eran sus ojos dos fuentes,
y los del hijo dos llamas.

-No rías, hijo, no rías,
¡que me partes las entrañas!...
¡llora para que se enjuguen,
al verte llorar, mis lágrimas!...

-«Aquel pajarito, madre,
»que tiene el pico de plata,
»el cuerpo de azul de cielo
»y de oro fino las alas...»

Calló el niño, y quedó quieto,
las pupilas apagadas,
como quedan en el nido
polluelos que el cielo mata.

Y, dudando si dormía,
viendo que ya no lloraba,
besó la madre la boca
de un cuerpecito sin alma.

Desde entonces, cuando trinan
las aves en la alborada,
mientras que cantar las oye,
ella ríe, llora y canta:

«Aquel pajarito, madre,
»que tiene el pico de plata,
»el cuerpo de azul de cielo
»y de oro lino las alas...»

También parecen de Enrique Heine los siguientes versos que nuestro poeta (nacido en Caracas y recriado en Cataluña) escribe mirando las rotas

nubes, después de la Tempestad de Verano, cuando imagina hallar en aquellas móviles y cambiantes figuras las visiones de su pasada historia.

Reconoce primero a su Padre y a su Madre, y luego cree ver un grupo de niños, a los cuales pregunta:

¿Quiénes sois, niños benditos?
Conoceros me parece...

Y los niños responden con ferocidad, largo tiempo disimulada y reprimida:

-Eramos amigos tuyos,
cuando niños inocentes...
Eramos tus condiscípulos
de la vida en los dinteles.-
Tus iguales nos juzgamos
en la edad adolescente;
¡y, si hoy favor te pedimos,
que, aceptado, nos ofende,
somos los que te abrazaban
para herirte y esconderse!...
¡Dejamos por nuestra prosa
de la fama los laureles,
virtudes que no nos caben,
ideas que nos exceden!...

Aunque muy amargado por aquella saña de las medianías, el poeta replica con indulgencia:

-¡Pasad, pasad, mis amigos...
La confesión os releve:
mi voluntad os disculpa
y la experiencia os absuelve!

Es menester haber leído las Memorias del judío Heine, a quien también hirieron muchos cuando muchacho, para graduar la pena con que se recuerdan estas agresiones desde el pináculo de la gloria o de la fortuna.

Fingen en seguida las nubes el contorno de cierta beldad, y el visionario exclama con horror:

¡Aparta, mujer hermosa!
¡Por donde viniste, vete!
¡Esconde aquesos collares,
arracadas y alfileres
con que adorné tu belleza
y prendí tu pecho aleve!
¡Aparta, mujer traidora,
que aun tus caricias me ofenden!

En cambio, dice a continuación con la dulzura infinita de Dante cuando encuentra a Beatriz:

¿Quién eres tú que muy lejos,
tan lejos te me apareces,
que ya mis cansados ojos

dudan en reconocerte?
-Tu primer amor me llamo.
-¡Tu memoria me enternece!
Fuiste el ideal del alma,
la santidad de mis preces,
la diosa de mis sentidos,
la mujer hermosa y débil
que amor me brindó en la vida
y amor me brindó en la muerte.

Por término de aquellas visiones, aparécesele una a quien pregunta:
¡Oh, tú, el último en la hilera,
de tanto dolor el héroe!
¡De ti sólo vi un reflejo,
como mi sombra otras veces!
Fantasma, visión que enseñas
la risa, y lágrimas bebes,
¿por qué escribes con la punta
del corazón y te dueles?-
Apenas ya te recuerdo...
Dime, por piedad, ¿quién eres?
-Yo soy tú.
-¡Maldita seas.
fascinación de mi mente!

Con esta imprecación ponemos fin a las citas de los innumerables rasgos en que nuestro autor recuerda al gran poeta alemán que se retrató en el Libro de Lázaro.

Acerca de sus frecuentes puntos de contacto con el singularísimo pintor Domenico Teotocopuli, generalmente denominado El Greco, llamaré la atención sobre el canto épico La Gallomagia, donde, a vueltas de felices recuerdos de La Gatomaquia y de La Mosquea, abundan rarezas y reconditeces que también caracterizan la figura del hidalgo, en el Lenguaje de las estaciones, y que cubren de tintas grises y confusas las poesías intituladas Sueño, Balada, En la orilla del mar, Nada más, La abuela viuda y la nieta huérfana, y alguna otra...

Él las entiende, y nosotros también... Pero difícilmente las entenderán los que no sean antiguos y familiares amigos del taciturno Marqués de Guad-el-Jelú, como tampoco entendieron las lóbregas profundidades de El doctor Lañuela; de la Historia Verdadera o cuento estrambótico, que da lo mismo, de Maese Cornelio Tácito; del Origen del apellido de los Palomino de Pan-Corvo y de otras obras en prosa que ha dado a luz.-A la verdad, todavía no se sabe si él quiere o no quiere que el lector las entienda. Lo que nosotros tenemos averiguado es que desprecia al que no las entiende, y que se enoja con los que se dan par entendidos. Hay, pues, que oír y callar, o que demostrar por señas, no con explicaciones, que aquellas excentricidades tienen muchísima substancia, como es indudable que la tienen...-Y lo propio ocurre, y ha ocurrido desde que el mundo es mundo, con todos los poetas y novelistas sinceramente autobiográficos.

De la obra dramática Galatea, con que termina el tomo, sólo diré que puede considerarse original, aunque esté inspirada en argumento francés, por cuanto comprende un acto más y algunos personajes nuevos y hállase toda versificada libremente por el General Ros. Débese, pues, a su pluma el legítimo sabor clásico de caracteres, diálogos y descripciones, tanto más de apreciar cuanto que todo aquel helenismo de buena ley procede de la imaginación de un vate romántico.

Y con esto ponemos fin a nuestro voluntario estudio crítico, por ninguna manera fundado en presunciones pedagógicas, sino fruto del verdadero amor y extraordinaria admiración que hace ya treinta años profesamos al que fue nuestro General y segundo padre en la gloriosa Guerra de África.

MADRID 19 de junio de 1886.

P. A. DE ALARCÓN.

Sonetos

El conde don Julián

Dentro el alcázar de
doblado muro,
frontero al campo de Tarik, leía
en letra de Florinda, y repetía,
aún de sus mismos ojos mal seguro:

«Cerró mi boca con su labio impuro...
¡Hembra débil, su fuerza me oprimía!
Por vos fiada a quien su guarda os fía,
mi afrenta acusa al forzador perjuro...»

Y, al sacudir la gótica melena,
león que yerra el salto carnicero,
subió al adarbe, descolló en la almena;

Padre ofendido, desciñó el acero;
tendió la puente; y la cristiana arena
manchó la planta del traidor primero.

Los castillos de la Reconquista
Son esqueletos de gigante hechura:
helos en pie; la Religión los vela:
asomos del cristiano centinela,
ásperos muros, torres de la jura.

Quedó de Troya, donde fue insegura
defensa la pelasga ciudadela,
contra el griego invasor que la debela,

ceniza al aire, al suelo sepultura.

Y éstos, agora, en soledad sagrada,
viejos testigos del tesón íbero,
mientras luchó por siglos la mesnada,

Desde la breha en que se alzó el primero,
llevan de Covadonga hasta Granada
la Cruz triunfante por blasón frontero.

Napoleón

Silencio impuso, y le escuchó la Europa;
habló, y su voz fue estruendo de cañones;
marchó, y de sus infantes y bridones
cubrió la tierra innumerable tropa.

Lánzase, nuevo Atila, que galopa
sobre cetros y ruinas de naciones,
y es su lecho, en mitad de sus legiones,
la púrpura imperial con que se arropa.

Su madre fue la expiación: su cuna
la mecieron humanas tempestades:
la gloria amó; casó con la fortuna:

No tuvo origen ni dejó heredero...
Vino al mundo a marcarle dos edades...
¡Su nombre pertenece al orbe entero!

En la soledad

Cinco sonetos

I

¡Santa Naturaleza!... yo que un día,
prefiriendo mi daño a mi ventura,
dejé estos campos de feraz verdura
por la ciudad donde el placer hastía.

Vuelvo a ti arrepentido, amada mía,
como quien de los brazos de la impura
vil publicana se desprende y jura
seguir el bien por la desierta vía.

¿Qué vale cuanto adorna y finge el arte,
si árboles, flores, pájaros y fuentes
en ti la eterna juventud reparte,

Y son tus pechos los alzados montes,
tu perfumado aliento los ambientes,

y tus ojos los anchos horizontes?

II

Más precio en este valle y pobre aldea,
términos de mi vida peregrina,
despertar cuando el aura matutina
las copas de los árboles menea;

y, al volver de mi rústica tarea,
hora, en la tarde, cuando el sol declina,
mirar desde esta fuente cristalina
el humo de mi humilde chimenea,

que en la rodante máquina lanzado
cruzar como centella por los montes;
pasar como relámpago el poblado;

robar, en fin, al péndulo un segundo,
y, en pos de los finitos horizontes,
sentir la nada al abarcar el mundo.

III

Hay junto a la ventana de mi estancia
un laurel de la sombra protegido,
en donde guarda un ruiseñor su nido
apenas de mi mano a la distancia:

y entre el verde follaje y la fragancia,
celoso, ufano, amante, requerido,
dice su amor con lánguido quejido
y dulce y elevada consonancia.

Las horas de la noche una tras una
en sigilosa hilera, huyendo el día,
siguen el curso a la encantada luna...

Y en esta soledad el alma mía
goza, sin envidiar cosa ninguna,
de su quieta y feliz melancolía.

IV

¿Qué fueron al gran Carlos sus hazañas
en la celda de Yuste recogido?
Él quiso relegarlas al olvido,
y ellas emponzoñaban sus entrañas.

Suele el que nace humilde en las cabañas
dejar su techo y olvidar su ejido,
por el lucro del mar embravecido,
por el sangriento lauro en las campañas.

Mas al recto varón que honró su historia,
sin codiciar fortuna envilecida,
ni envidiar de los Césares la gloria,

un apartado albergue le convida
a esperar sin tormento en la memoria
la breve muerte de su larga vida.

V

Lamentos de hembra y lloros de nacido;
duelos de viuda y quejas de casados;
de la vejez y el hambre los cuidados,
que cesan cuando espira el afligido...

¡Nacer!... ¡Vivir!... ¡Morir!... Después ¡olvido!...
¡Los siglos son sepulcros numerados
de seres mil y mil tan olvidados
cual si no hubiesen en el mundo sido!

Y el corazón es péndulo que advierte,
con vaivén de dolor, que a la existencia
sólo enjuga las lágrimas la muerte...

¿A dónde, pues, con bárbara violencia,
río de la vida, corres a perderte,
si no es tu mar la Santa Providencia?

En la tribulación

Antes que fuese el Tiempo en la medida,
era la Eternidad en el vacío;
y Tú en la Eternidad eras, Dios mío,
ser increpado, Verbo de la vida.

«¡Sea!» dijiste; y fue de Ti nacida
la Creación cual desatado río;
que, a tanta potestad de tu albedrío,
nació la muerte a la existencia unida.

Ahora dime, Señor (para que sienta
fecundo mi pesar, y espere en calma
a que se rompa la fatal concordia),

Si este algo del no ser que me atormenta
es mi esencia inmortal, ¡el yo del alma!
Que ha de encontrar en Ti misericordia.

El hombre ante Dios

Altiva voluntad y tedio inerte;
inextinguible sed junto al disgusto;

desprecio de la vida y fiero susto
sólo al pensar en la terrible muerte:

La obstinación en oprimir al fuerte,
la terquedad en deprimir al justo,
la eterna ingratitud de ceño adusto,
con quien benigno procuró mi suerte...

¡Así soy! ¡así soy! Porque en mi alma
algo devorador hay que destroza
el bien que nace del afán que espira...

¡Quiero morir, o que me des la calma!
¡Que cuando lloro el corazón se goza,
y cuando río el corazón suspira!

En el nacimiento del Ebro
Aquí do nacen del íbero río,
en breve cuna, claras las primeras
ondas que allá tan turbias y altaneras
mueren bebidas por el mar bravío:

¡Arpa del triste sentimiento mío!
Si desterrada como yo no fueras,
negaras a estas plácidas riberas
el grave acento en que mis penas fío.

¡Ay! que los dos lloramos adorando,
arpa, la gloria y la ambición frustradas,
y en tanto van las ondas caminando...

Mas míralas, que corren afanadas
al mar, que es tumba y fin de su fortuna,
cual lo es de mi ambición su pobre cuna.

Reinosa, Mayo de 1837.

Recordando el entierro de Espronceda

¡Cayó sin dar un ¡ay!
en la primera
y última desventura de su vida!...
¡Ya no asusta el cometa sin medida
que se apagó en mitad de la carrera!

Y este llanto que moja mi severa,
rugosa faz en la vejez sumida,
es ya la última lágrima exprimida
de una fuente de amor que amor no espera.

¡Poeta del pesar!... De la clemente
tumba que de los vivos te separa,
rompe la losa con tu férrea mano...

Canta el himno a la muerte que inspirara
a tu virtud el infortunio humano,
y escupe al vulgo hipócrita en la cara.

El simoún

La soledad lo aborta sin destino
sobre el páramo inmenso del desierto;
a su presencia duélese el mar muerto
y gime triste el campo palestino.

Con polvorosa crin borra el camino,
y a su bochorno el caminante incierto,
el cuerpo tiende, el hábito cubierto
del raudo y abrasante remolino.

¡Pasó!... y el tigre bota en la candente
arena, en que el león ruge erizado
y silba y se retuerce la serpiente...

¡Pasó!... y en la quietud del despoblado
la ciudad solitaria del Oriente
llora con el Profeta su pecado.

Regalando una botella de vino añejo

De ésta que envío, anciana generosa,
frágil tapada, indúbita doncella,
cuanto de más edad, mucho más bella,
rival temible a la mujer hermosa,

No queda en el origen ni aun la hojosa
vid de que fue racimo y es botella:
¡Quiso el deleite, hasta saciarse en ella,
tenerla en claustro por gozarla añosa!

Profana, amigo, su recinto escaso;
que a sensual Naturaleza plugo
en breves bordes provocar a exceso...

La boca femenina es chico vaso,
y allí embriaga el amoroso jugo
que vierte el labio al recibir un beso.

Fatalidad

De luz vestida en el azul sereno,
limpio reflejo de la casta luna,

diosa del mar en transparente cuna,
la amé en un tiempo, de esperanza ajeno.

¡Fatal amor!... El corazón sin freno
triunfó del Hado... ¡mísera fortuna!
¡La Náyade de límpida laguna
fue Venus libre y me abismé en su seno!

Luego la vi en el féretro tendida,
pavorosa beldad de carne inerte,
astro apagado en luctuosa esfera...

Y ¡ay del deseo! Me atedió en la vida...,
y amé el dolor con que me hirió su muerte,
¡vuelto al afán de mi ilusión primera!

Eva

Era, el Edén: la Creación, naciente,
tipos aislados del Autor divino,
y el Arte vislumbraba su destino
en la forma inicial de la serpiente.

Abrió la rosa al margen de la fuente:
mujer desnuda, en plácido camino,
llegó a mirarse el rostro peregrino
al limpio espejo de agua transparente.

Entonces fue la femenil flaqueza;
primera envidia, en donde al Arte cupo
enmendar la infantil naturaleza.

Eva la flor en su cabello supo
prender, y fueron de la ideal belleza
la mujer y la rosa el primer grupo.

Funerales

«¡El Rey ha muerto!» «¡Viva el Rey!»-Corrieron
a ensordecer el ámbito estos gritos;
las galas con los lutos se fundieron
en el aplauso y funerales ritos.

¡Oh página del tiempo en que escribieron
privados y magnates sus delitos!...
«¡¡El Rey ha muerto!!... ¡Ha muerto!» respondieron
las tumbas en airados plebiscitos.

Y entonces el furor con mano fuerte,
¡epopeya cruel del vulgo zafio!
¡venganza de la vida y de la muerte!

Grabó en la losa con cincel de encono,
convirtiendo la historia en epitafio:
«¡Divinidad mortal, éste es tu trono!»

No hay bien ni mal que cien años dure
El corazón es péndulo que advierte,
golpe tras golpe, en una misma herida,
¡cuán próxima a la muerte anda la vida!
¡Cuán cerca de la vida está la muerte!

Las empuja el dolor hasta la inerte
tumba, que en nuestra senda está escondida,
¡a tan serena sombra, que convida
a redimir muriendo nuestra suerte!...

Mas el dolor no mata en un instante,
como la fiera daga; y la asemeja
porque se clava con seguro tino:

Y así en el seno, el péndulo oscilante,
golpe tras golpe advierte al que se queja
que va la vida andando su camino.

Progresión

Del fértil seno de la madre España
nace el altivo Tajo en breve cuna;
y, creciendo con rápida fortuna,
ceden los pinos a su adulta saña.

Si rompe cerros, si florestas baña,
río es el Tajo; su corriente es una,
sea en la vega, anchísima laguna,
sea sierpe que enrosca la montaña.

Miradle de Aranjuez en los vergeles,
vedle desde la cántara extremeña;
contempladle al llegar al Océano...

Y así del alma, en cálidos rieles,
la idea brota, y rauda se despeña,
río caudal del pensamiento humano.

Amor tardío

Junto a los días de tu edad primera
fueron los años de mi edad florida;
pasaron ¡ay! aquéllos de mi vida,
y son los de tu hermosa primavera.

Esta del labio confesión sincera,
voz de recuerdo, endecha dolorida,

llegue a ti como tierna despedida
del cisne cuando espira en la ribera.

Mas si el poder de la hermosura es tanto,
que así presta a mi cítara apagada
el grave acento en que mi pena fío;

¡Musa de mi dolor!..., tuyo es mi canto,
y al repetirlo el alma enamorada,
sólo el suspiro que te mando es mío.

A un soldado

Deja suelto el bridón; rompe la espada;
plázcante la quietud y los sencillos
festejos que tus hijos pobrecillos
te ofrezcan al volver a tu morada.

La voz de la tribuna hoy deshonrada;
en manos de la plebe los cuchillos;
la libertad forjándose los grillos...;
esta es la Roma de la edad pasada.

El acto de Catón a otros asombre;
de César muerto nace el cesarismo;
bruto exclama: «¡Virtud, eres un nombre!»

Y así van las naciones a su abismo,
sin que a salvarlas baste un solo hombre,
sea Catón, o Bruto, o César mismo.
23 de Abril de 1873.

La pajarera

Sueño

EL POETA. No vuelvas a la líquida morada
virgen del lago que a los aires subes...
Sigue sobre la niebla reclinada:
nunca te arropen las flotantes nubes...
LA VISIÓN. Mi viaje es a la nada.
EL POETA. Como el halcón tras de la garza huida,
por los espacios seguiré tu vuelo;
alas de amor impulsan mi subida;
si al cielo vas, te prenderé en el cielo...

LA VISIÓN. Es la mayor caída.
EL POETA. Sepa quién eres, virgen de halagüeños
ojos, que antes me veló el rocío;
leve cendal revela tus pequeños
redondos pechos, al intento mío...
LA VISIÓN. El hada de los sueños.
EL POETA. ¡Ah! yo te miro en la extensión lejana,
muy más hermosa cuanto más desnuda...-
¿Huyendo vas la sensación humana?-
¿Teme tal vez tu corazón la duda?...
LA VISIÓN. El tedio de mañana.
Yo soy la garza que el halcón sujeta,
viendo los horizontes más lejanos:
cuando me alcance tu ambición inquieta,
¡acuérdate! se quebrará en tus manos
la lira del poeta.

Balada

¡ALERTA! ¡alerta!
Que al grito de dolor también despierta.

Al lado de la vida
Duerme la muerte...
¡Guarda que la dormida

no se despierte!
la vida humana
vive sólo en el sueño
de su otra hermana.
-¡Alerta! ¡alerta!
¡Que la que duerme, pronto se despierta!

Nos esperan hazañas,
gloria y despojos...
Guardad vuestras cabañas;
secad los ojos,
madres y esposas;
que, como sois sencillas,
¡Estáis llorosas!
-¡Alerta! ¡alerta!
¡Nadie al amor su corazón convierta!

Troquemos nuestros lares
por la esperanza;
mirad cómo los mares
brindan bonanza.
Boguen las flotas
hasta las de oro y perlas

playas remotas.-
-¡Alerta! ¡alerta!
que en el mar la ambición no siempre acierta.

Hijos desheredados
del Paraíso,
corremos afanados
tras lo preciso...
Y a la fortuna
pedimos nuestros fueros
desde la cuna.
-¡Alerta! ¡alerta!
Que del Edén cerrada está la puerta.

Páramo sin caminos
es la existencia,
y vamos peregrinos
tras nuestra herencia...
Y andando, andando,
nos derriba la muerte
sin saber cuándo.
-¡Alerta!... ¡alerta!...
Que está la tumba a nuestros pies abierta.

En la orilla del mar

Notas sueltas

Ya el golpe de las olas no
estremece
la roca en que me siento...
Es la tarde: la noche se avecina...
La brisa desfallece,
y abate el mar su crespo movimiento.

Salen de Oriente formas soñolientas,
y queda sólo, al lado de Occidente,
como enlace del día con la noche,
el luminoso broche
del menguado crepúsculo muriente.

Cual pequeñuelo en encantada cuna,
dormí en la peña al son de la onda brava,
olvidado del tiempo y la fortuna;
y he despertado ahora,
al dibujarse la creciente luna.

¡Luz cenital de todas las esferas!
¡Dios de la creación! Bajo tu manto
el Universo va... Tu luz le guía...

-¿Dónde está aquel lucero,
perpetua causa de dolor y llanto,
primera culpa de mi amor primero?

¡Oh, fosas olvidadas,
donde solos están los huesos quietos
de las gentes pasadas!...
¡Cuántos guardáis, dulcísimos secretos
de esperanzas y dichas malogradas!

La noche envuelve el mundo... Siento frío...
¡Inmensa soledad! tuya es la pena
universal que llora en el rocío...
Tuya será también la paz serena
que de la muerte aguarda el pecho mío.

Kásida

En el oasis de Oriente
enturbia la limpia fuente
El beduino,
y, al susurro de una palma,
apaga la sed del alma
el peregrino.

Entre cielo y tierra
Paloma: cuando el aire
cruzar te veo,
siento melancolía...
No sé qué siento...
¡Vas solitaria
vagando por los aires
como mi alma!

¿Por qué me duele la vida?
¿Por qué me duele? ¡ay de mí!
¿Por qué pensar sin descanso?
¿Por qué naciste y nací?

La ambición

Ave que te lanzaste,
del primer vuelo,
a desplegar tus alas
por el desierto...
Perdida tórtola,
¡el desierto no tiene
fuente ni sombra!

Cuesta abajo
El árbol a la fuente protegía,
dando apacible sombra a su venero;
pero la fuente de la sombra huía
a la voz del arroyo lisonjero.
El arroyo, que alegre discurría,
vióla llegar y la besó el primero;
de allí fue al lecho de agitado río,
y éste la sepultó en el mar bravío.

Contradicciones

I
Mientras te llaman Dolores,
los galanes vierten flores
A tus pies...
Mas mi edad es la experiencia...
¡Y la tuya la inocencia
sólo es!

II
Las edades y el destino
nos van marcando el camino
del amor...
¿Dónde está el bien de la vida,
si la esperanza cumplida
da dolor?

III
Navega amor en bonanza,
y le grita la esperanza:
«¡Ven acá!...»
¡Llegar al puerto es su daño!...
Que allí dice el desengaño:
«¡Quita allá!»

La hija del veterano

Padre, vino a la comarca,
después de la guerra última,
cierto capitán inválido
y con él una hija suya.
Vinieron siendo ella niña
(diez años ha fue la lucha);
y hoy el pobre veterano

ya apenas a andar se ayuda;
mas la hija en que se apoya,
por ser su planta insegura,
parece lleva en el alma
las diez primaveras juntas.
Siempre que los hallo al paso,
el anciano me saluda;
mas la tímida doncella
no eleva los ojos nunca.
María es su dulce nombre,
y no lo ignoráis sin duda,
pues siendo vos cura de almas
conoceréis la más pura.
Llegad, padre, a su morada,
que en vos el hábito excusa
pisar el dintel sagrado,
do nunca entró la calumnia;
hablad al padre y la hija
en nombre del que os anuncia
que elige por compañera
si su mano no rehúsa,
a la hija virtuosa
del inválido, en que acusan
honra y valor de soldado,
pobreza y heridas juntas.
La respuesta que él os diere,
juzgad bien, por las arrugas
de su frente apesarada,
si a su corazón se ajusta.
Esto cumple a mi conciencia;
procurad vos que se cumpla,
pues no siempre entra el contento
donde llama la fortuna...
Y decidme si María
me manda en respuesta muda,
una rosa de su alma
en cada mejilla púdica.

Las playeras

Cantó anoche Serenita...
¡Qué cantar, válgame Dios!
Cantábame una playera
que su madre le enseñó...
salía de su garganta
en cada nota un dolor,
y, al reprimir los suspiros,
era tan triste su voz,
que, cuando espiró en su boca,

me temblaba el corazón...

-¡Serenita, abre los brazos!...
-¡Ah!... caballero, eso no:
hija soy yo del gitano
y usía es todo un señor.
-Serenita, abre la mano;
toma, y publica que yo
las tristezas que me canta
las pago con un favor.
Adiós, adiós, Serenita...
-Adiós; caballero, adiós.

Melancolías

I

Entre el llanto y la risa
media un quejido;
de la vida a la muerte
sólo un suspiro.

II

Cuando recuerdo la historia
de mi vida por el mundo,
no hallo ni un solo segundo
sin pesar en mi memoria;
y cual si hubiese tenido
otra existencia anterior,
siento nostalgias de amor
de otro mundo en que he vivido.

III

A un pajarillo oprimía
un niño en su amor tirano,
y al verlo ahogado decía:
¡Desdichada totovía,
que se me ha muerto en la mano!

IV

¡Allá voy! ¿De dónde vino
voz soltada en el desierto
al paso del peregrino?...
Fue la voz del hijo muerto
delante de su camino.

Nada más

Hay una tumba en un monte,
donde tan sólo es sagrada
la poca tierra ocupada
por el cuerpo que allí está...
Dando espalda al horizonte,
ha tiempo que un pastor zafio,
deletrea el epitafio,
y al cabo lee... ¡Soledad!

Canto de la gitanilla

Oigame, señor mío,
y abra esa mano
más limpia que la plata
que estoy mirando...
bajo los dedos
con mi segunda vista
miro el dinero.

Yo soy la gitanilla
que canta y llora,
según lo pida el gusto
del que la oiga.
Al son que pidan
cantan, lloran o rezan
mis seguidillas.

Para las ocasiones
traigo la prueba;
hablan como cotorras
mis castañuelas.
Alzo el pandero,
me remonto en el aire
y allí me cierno.

Primer cantar
«Donde pacen los toros
»y los corderos,
»y es cuna de pastores,
»sierra de Gredos,
»el cielo azul
»ve escondida una choza
»junto a una cruz.

»Cuando a la pastorcilla,
»hija del sol,
»cayéronse las alas
»del corazón,
»pasaba sola

»sentada en aquel sitio
»horas y horas.»

Yo soy la gitanilla
que llora o canta,
a medida del gusto
de quien le paga.
Las mismas coplas,
según quien las escucha,
cantan o lloran.

Segundo cantar
«Volaba una paloma...
»blanca y sin hiel...
»madre, y me dio tristeza
»no sé por qué...
»¿A dónde y sola,
»cuando ya anochecía,
»fue la paloma?

»Con el alma en los ojos
»le seguí el vuelo,
»y la perdí de vista
»lejos, muy lejos.
»Llévame, madre,
»donde nunca me acuerde
»de aquella tarde.»

Yo soy la gitanilla
que canta o ríe,
a medida del gusto
de quien lo pide...
Mas yo por dentro,
cuando canto o me río,
sé lo que siento.

Tercer cantar
«¡Florecillas del monte!
»Almas de niños

»parecéis en el suelo
»do habéis nacido...
»La niña andaba
»distraída pisando
»sobre esas almas.

»Bendita la inocencia
»mientras sonríe...
»Porque tan solamente
»sabe que existe...

»Y existir sólo,
»es extender las alas
»de un mundo a otro.

»Cuando tras la sonrisa
»nace el suspiro,
»ya tenemos memoria
»de un bien perdido...
»Con el dolor
»se nos caen las alas
»del corazón.»

»Yo soy la gitanilla
»que anda en el aire...

»Dígame quien bien quiera
»que cante o baile...»-
La gitanilla
dijo, y se fue bailando
sus seguidillas.

Figura tomada del natural

A la sombra de un chopo
yace un gitano,
tendido boca arriba,
muerto o borracho;
y por la boca,
la nariz y los ojos
le andan las moscas.

Seamos justos

Decir solemos de la mar que es
fiera,
porque obedece al atrevido viento;
y es claro espejo en esta baja esfera
donde se mira y goza el firmamento.
La mar es mansa, es limpia, es placentera,
si no la enturbia el huracán violento;
cual la mujer es vaso de hermosura
hasta que apaga nuestra sed impura.

Anacreóntica de nuestros días

Doncellas de la aldea:

soy el viejo gaitero
que marcha siempre al instrumento unido.-
¡Qué olor el que recrea
por todo el limpio ejido!...
¡Claro me dice que lo habéis barrido
con fajos de romero!-
Para empezar la danza un beso os pido:
¿Cuál de vosotras me dará el primero?

-¡Pues no poco desea
el anciano gaitero, porque toca!...

-¡Tomad el instrumento,
soplad y dadle viento,
y, por mucho que estéis dale que dale,
veréis cuán poco os vale
la gaita para el canto y movimiento!

Las muchachas, al ver que enflaquecía
la gaita entre sus manos
hasta quedarse afónica y sin panza...
Exclamaron al fin:-¡Ahí queda eso!
Cada cual al gaitero le dio un beso,
y comenzó la danza.

¡Mennhana!

(1) Al lado de la noche está el sigilo,
noche y sigilo que la flor anhela
para beber la miel que cae del cielo
y el perfume que vuela.
Es la noche, y mi canto va tranquilo
a ti, flor, que lo coges en su vuelo.
¡Mennhana! ¡Mennhana!

Blancos tus dientes son como las hojas
de la flor del azahar: de vida llenas,
por tus redondos brazos sonrosados
crúzanse azules venas;
y esbelta corres con tus pies desnudos
más que mi yegua al trasponer los prados.
¡Mennhana! ¡Mennhana!

Tu voz me encanta y de tus besos vivo,
y tu pecho turgente se subleva
y grita ¡amor! y con placer aspira
el viento que mis cánticos te lleva,
cual bebe la gacela en el verano

el agua dulce en que a la vez se mira.
¡Mennhana! ¡Mennhana!

Son ébano luciente tus cabellos,
tu aliento es ámbar, y marfil y seda
tus manos y tu cuello, amada mía...
Para que nada entristecerte pueda,
dime, tú, qué te falta, entre los bellos
inánimes tesoros que Alá cría.
¡Mennhana! ¡Mennhana!

Hoy mi hermano el menor vendrá temprano
sus camellos cargados con riqueza
de perfumes, collares y tejidos,
del Sultán gentileza...
Y cuanto traiga de Bagdad mi hermano
yo te daré entre ruegos repetidos...
¡Sultana, Mennhana!

Y me darás tú en cambio tu hermosura,
y besaré tus pechos de azucenas,
que en medio tienen un botón de rosa
que se destaca apenas.
¡Y nunca el lecho del que amor te jura
rival ninguna partirá orgullosa!
¡Sultana, Mennhana!

Doloridas

Los dos sueños

Al nacer el día
de la Anunciación,
despierta la niña
de un beso al calor.

Con ser de su madre,
la niña tembló.

-¡Madre! madre mía
de mi corazón;
por si hace ya tiempo,
¿Te acuerdas que yo,

tras la primer noche
de mi comunión,
te dije aquel sueño
en que un ruiseñor,
sobre una azucena
parado cantó
la oración del Alba;
y al nacer el sol
sonreí mirándole
volar hacia Dios?-
Hoy he vuelto a oírle;
no en la misma flor,
ni es el que decía
aquella oración:
cantaba entre flores,
y oyendo su voz,
lloré... -Madre mía...
Los sueños ¿qué son?

-No cuentes tus sueños,
hija de mi amor...-
Cuando tu primera
santa comunión,
cumplías diez años...
¡Quince cumples hoy!

Sin el hijo

Era la madre de un niño;
de un niño que deliraba:
eran sus ojos dos fuentes,
y los del hijo dos llamas.

-No rías, hijo, no rías,
¡que me partes las entrañas!...
¡Llora para que se enjuguen,
al verte llorar, mis lágrimas!...

-«Aquel pajarito, madre,
»Que tiene el pico de plata,
»el cuerpo de azul de cielo
»y de oro fino las alas...»

Calló el niño, y quedó quieto,
las pupilas apagadas,
como quedan en el nido
polluelos que el cierzo mata.

Y, dudando si dormía,

viendo que ya no lloraba,
besó la madre la boca
de un cuerpecito sin alma.

Desde entonces, cuando trinan
las aves en la alborada,
mientras que cantar las oye,
ella ríe, llora y canta:

«Aquel pajarito, madre,
»que tiene el pico de plata,
»el cuerpo de azul de cielo
»y de oro fino las alas...»

La viuda del patriota de 1808

Madre: el sitio en que mataron
a mi padre los franceses,
¿no fue junto a los cipreses
donde vas a la oración?
¿Allí, donde me decías:
«¡véngale tú con tu brazo!...
»¿Da balazo por balazo
»en llegando la ocasión?»
¿Allí donde nuestras lágrimas
han regado tanto el suelo,
que crece nuestro majuelo
más que los de alrededor?...
Pues, madre, arando ese campo
hice de mis fuerzas prueba
(pues para clavar la esteva
nadie a los quince es menor...)
Y, al arranque de la yunta,
abrióse surco tan hondo,
que la reja desde el fondo
sacó este arcabuz al sol...
-¡Hijo mío! ¡hacia Bailén
van las tropas de Dupont!...
¡Dios te guíe!
-Madre... ¡Amén!
-¡Llévate mi bendición!

Angelitos al cielo

En casa del gitano
se escuchan jácaras...-
¿Es boda o nacimiento?
¿Qué es lo que pasa?-

Fijé la vista,
y asomaron en grupo
niños y niñas.

Les marcaba el origen
la tez morena;
conforme iban saliendo,
paraban fuera:
formaron calle,
y anduvieron y anduve...
Ellos delante.

Al son de castañuelas
y de panderos,
cantando iban alegres...
¡Era un entierro!...
Seguí, y callaron
al traspasar la puerta
del Camposanto.

A orilla de la zanja
donde los pobres
caben, chicos con grandes,
hembras con hombres,
y caen todos,
a medida que llegan,
unos sobre otros;

Allí, carne con carne
de los dos sexos,
cama sin sensaciones
de amor ni tedio,
en donde duermen
los que tanto rezaron,
sin que ya recen;

A orilla de la zanja
paró el concurso,
con la caja y el cuerpo
de su difunto...
¡Las criaturas
llevaban otro niño
muerto en la cuna!

«¡Angelitos al cielo!»
Gritaron todos,
y el menudo cadáver
cayó en el foso:
fue dando vuelcos
y quedó boca abajo

besando el suelo.

Como vino a este mundo
la criatura,
del mundo se marchaba;
¡Toda desnuda!
La abrigó el polvo;
manto que arropa a humildes
y poderosos.

Ya que la madre tierra
tuvo en sus brazos
el yerto cuerpecito
de ella formado;
vuelto a Triana,
El infantil cortejo
entró en la casa.

Ataúd que va y vuelve
cuando es de pobres,
pero, en vida del niño,
vaso de flores...,
tornar veían
padre y madre la triste
cuna vacía.

Águila de anchos ojos,
ávidos, fijos,
cuando llega y se lanza
sobre su nido;
leona enferma,
cuyo rostro tapaban

Ásperas greñas;
la deshijada madre
del angélico,
de aquella pobre cuna
miró el vacío...-
Todos bailaban...
¡Y ella sola vertía
mares de lágrimas!

Sobre el banco

¡Qué soledad!
(Adán, antes del sueño.)

Donde dejó las tripas

Curro Canela,
yo dejé la navaja
tras la pendencia:
lleva en el hierro
unas letras que dicen:
¡Viva mi dueño!

Cuando entendió el negocio
Pepa Respingo,
quiso a mí verme muerto
y a él verle vivo...
¡Es de mujeres
tomar para su gusto
gato por liebre!

El juez tiene al esbirro,
el fraile al lego,
el verdugo al que ahorcan
y al pregonero...
¡El juez, y el fraile,
y el verdugo, aborrecen
a sus compadres!

Los que busquen la muestra
de un desdichado,
siéntense en mi compaña
sobre este banco.
¡No vendrá uno!
Todos me dejan solo
con el verdugo.

El rigor de la hembra
que sale ingrata,
al corazón del hombre
quema las alas.
¡En mí se ha visto!
Ella de que me ahorquen
la causa ha sido.

No consoléis al triste
desde tan lejos...
Venid, venid más cerca...
Dejadme veros,
hasta que al cabo
no haya más que un cadáver
sobre este banco.

La abuela viuda y la nieta huérfana

El Pan nuestro de cada día dánosle hoy, etc.
Dices que mi padre ha muerto
y nos faltará el sostén;
que el Conde se fue de cierto;
y a todo añades: amén.
-¿Sobre cuánto tiempo habrá
que no has llorado, abuelita?
-Me lo preguntaste ya.
¡Esa fecha estaba escrita!
-¡Abuela, como no leo!...
-Pues bendice tu ignorancia:
con los ojos que yo veo
leyeras a gran distancia...
Hija mía, hay una ciencia
que principia en la niñez,
sigue por la adolescencia
y se cumple en la vejez.
-Háblame con claridad...
-Te digo, por el momento,
que no lloro en tu orfandad
y lloré en tu nacimiento...
Bajo el azar, en la tierra
se nace, vive y perece:
dicen que la vida es guerra,
y a un juego más se parece.
Sí: tu cuna fue su caja...
Y en el punto en que nacías
mojaban una mortaja
tus lágrimas y las mías.
-¡Nunca te expresaste así
las veces que me has nombrado
a mi madre!...
¡Queda en mí
mayor misterio encerrado!
Un secreto solamente
se esconde a la sociedad:
como no importa a la gente,
no adquiere publicidad.
La historia de la indigencia
la da el mundo por sabida;
pero es la propia conciencia
la verdad de cada vida.
Todo se sabe y se dice,
menos la obscura virtud
que ejercita el infelice
siendo el alma su ataúd.

-Yo no te comprendo, abuela:
mas porque venga prontito
el Conde, pondré una vela
a San Antonio bendito.
¡De que al cabo volverá
abrigo presentimiento...!
Ya le quiero...
-Bien está:
¡Vale más uno que ciento!
-Pero, si acaso no viene,
porque haya dado con quien
se lo impide o le entretiene...,
¿Qué me respondes?
-Amén.

El penado

¡Ay del ay que al alma llega!-
Por matar a una mujer
incurrí en la última pena;
mas trocó el rey la condena,
y mi vida es padecer
amarrado a una cadena...
-¡Ay del ay que al alma llega!

Me quitó el juez mi caballo;
el alguacil la vihuela;
me quitaron lo que callo...,
¡Regalo de ella, y no hallo
memoria que más me duela!
-¡Ay del ay que al alma llega!

¡Camposanto de Jerez,
si ella en ti resucitara
y a mí me soltase el juez,
la mataría otra vez,
antes de verle la cara!
-¡Ay del ay que al alma llega,
por matar a una mujer!

El llanto de la nieta

¡Lloras en esa cuna,
y hoy has nacido!
¿Qué será cuando mires
muertos tus hijos?
¡Ni varón eres!...
¡Niña que estás durmiendo,

nunca despiertes!

En la necrópolis

I

Madre del recién nacido:
cese tu santo dolor,
que ya otra madre de amor
lo conserva aquí dormido.
Murió sin haber tenido
hoy, ni mañana, ni ayer;
no ha llegado a padecer
la enfermedad de la ciencia,
que principia en la existencia
y concluye en el no ser.

II

Héla aquí suelta ya de sus amores,
sin suspiros, sin lágrimas, en calma:
la sien le ciñen nemorosas flores;
tiene en las manos la virgínea palma.

III

Gentes de su comunión
llevaban calle adelante
el cuerpo de un protestante
a la postrera mansión.
Pasaba en tal ocasión
un cura que, inadvertido,
rezó por el fallecido;
pero, al caer en lo cierto,
dijo:-«¡Reniego del muerto,
y lo rezado, perdido!»

En el museo del Louvre

Venus de Milo, ¡oh tristeza!,
te dio adoración el arte,
bastando para adorarte
el arte por la belleza.
La flaca naturaleza
tal vez te amó con exceso...
¡Y, en pos de aquel embeleso,
hoy nos da otra religión,
sin mudar el corazón,
sus lágrimas por tu beso!

Meditaciones al pie del cedro Deodara de la plaza de las Cortes
A mi amigo D. Juan Uña(2)

Sentéme por acaso
cerca de donde había
un tiempo venerables edificios,
a cuya sombra, y obstruyendo el paso
de la angostada vía,
vióse a la plebe de hedionda ropa
echada por los pórticos y quicios,
descuidando el honor de sus oficios,
para aguardar la sopa,
del fraile desperdicios.

¡Vergonzoso proscenio!
¡Los mendigos, actores;
los magnates del reino, espectadores!-
Hora la estatua del mayor Ingenio
álzase en ancho estadio
circundada por árboles y flores.
Cimbria del iris, movediza fuente,
a la copa eminente
del árbol lleva lúbrico rocío:
y, al descender en curva de colores,
la flor su beso siente,
y de la flor derrámase al riente
césped que yace en apacible sombra,
allí do más el Cáncer del estío
cebó un tiempo en arena sus rigores,
o en la dormida escarcha duró el frío.

Mullido césped, taraceada alfombra,
lujosas plantas, árboles mayores,
fuente vertida en fúlgidos colores,
escultural presencia de Cervantes:
si aquí fueron enantes,
sobre desnuda arena,
actores los mendigos
y magnates del reino los testigos,
la transformada escena
hoy reprende a vasallos y señores,
y, en la voz que no lejos les condena(3)
lecciones manda la severa Historia,
con poderoso ejemplo,
a Sacerdotes, Próceres y Reyes,
que esa Asamblea que les dicta leyes,

si hoy popular Palacio, ayer fue templo.
Hundiéronse en pedazos a millares
la Cruz, y el campanario,
y el ábside, y el místico Sagrario...
Cayeron profanados los Altares;
enmudeció el salterio;
lo que entonces fue púlpito es rostrario;
sótano vil la cripta del Misterio...
¡Mudóse el coro en ancha gradería,
y oleaje de turbas populares,
desde entonces, en ruda gritería,
se desata y aplausos al tribuno,
como en rezos y cánticos un día!...

¿En dónde estoy? -Un tiempo más remoto,
desde el inculto monte a la llanura
y del estrecho valle a las colinas,
el ágil gamo y la velluda fiera,
so el pabellón de próvidas encinas,
pacieron en la rústica pradera
que aquí ignorada de los hombres era.

Y tranquilos y en paz aquí vivieron
sin que del cazador les acosara
ni venablo ni jara,
ni alevoso arcabuz... Que nunca vieron
suelta de los lebreles la trailla
en demanda feroz o a la carrera,
ni el aullido tenaz de su garganta
y el noble son de venatoria trompa
dentro del bosque plácido advirtieron
al jabalí o a mansa cervatilla
el repentino trance en que murieron
traspasados del plomo o la cuchilla.

Cayó vencida la silvestre pompa
de la ambición al golpe codicioso;
y la que luego fue moruna villa
del madroño y del oso
y del santo Patrón de fe sencilla,
hoy es moderna Corte que levanta,
rotos los moldes de su antigua planta,
alcázares, teatros, ateneos,
bibliotecas, hipódromos, museos;
mientras en el rocoso
cerro del Escorial duerme el coloso,
tétrico Faraón del Occidente,
el Felipe que fuera,
con la cinérea cruz sobre la frente,
atizador de la inhumana hoguera.

Rumor de selva despertó mi oído
palpitación de fronda no distante,
como en la adversidad vuela el gemido
de la amada al amante.
Voz de melancolía,
acorde con mi queja,
misteriosa y vaga melodía
con que las negras ramas tembladoras
dicen adiós al espirante día.

Es la tarde, penumbra de las horas...
Y quien lanzó tan lúgubre gemido
es el Cedro eminente
de tristeza simbólica vestido.
-Peregrino de Oriente,
tendida al viento la medrosa rama
e inclinada la frente,
parece que solloza y que me llama.

Ya no son los que fueron,
pobladores del Líbano gigantes,
cuyas altivas copas
bendecían las aves emigrantes...
Los brazos que esos cedros extendieron,
brindando sombra a los tostados lomos
de desnudos Profetas,
cayeron al cumplirse los sagrados
trenos de Jeremías...
¡Cayeron con las glorias de otros días,
y el aire del desierto
ramas y troncos arrastró al Mar Muerto!

Noble Cedro doliente,
cautivo en suelo hispano;
gárrulo adorno de jardín urbano
que no olvidas tu Reino del Oriente:
falto de amor y del nativo ambiente,
con unas ramas tiendes alto vuelo
de aspiración divina,
misericordia demandando al cielo,
y otras abates al humilde suelo,
a do la muerte pálida te inclina...
-Pero no estarás solo, triste amigo,
en tal tribulación, mientras aliente
mi ancianidad, de tu dolor testigo...-
¡Todos los días que de vida cuente
vendré a la tarde a conversar contigo!

Enero de 1880.

Por pelar la pava
Tradición infernal

- I -
La canción

Cierta noche de verano,
en Sevilla la preciada,
misterioso caballero
cubierto de negra capa,
embozado hasta las cejas,
chambergo casi con falda,
luenga pluma en el chambergo
y altas botas anteadas,
llevaba en pos (no matones,
porque le cubran la espalda)
sino músicos de oficio,
tañedores de guitarra.
Paróse frente a una reja
de la calle de las Armas,
donde ya era casi inútil,
porque casi agonizaba,
la luz de una triste imagen
de la Virgen de las Ansias,
y, con fiero desenfado,
después de apagar la lámpara,
mandó preludiar un aire,
y así cantó con voz clara:
«Sevilla, por ser en todo
»madre de las esperanzas,
»desde el patio de la Cárcel
»permite ver la Giralda;
»y yo, constante cautivo,
»en la noche más cerrada,
»contemplo tus bellos ojos
»desde el fondo de su alma.»
Tosido de hembra se escucha...
Los tañedores se apartan...
Pasa la ronda del barrio...
El ministril se adelanta...
Vuelve, y le dice al alcalde:
-«Son dos que pelan la pava...»
-«¡Quien la pela no la come!
»¡Siga la ronda!» -Así exclama
su merced, mientras decía
el rondín, para su capa:
-«¡Pues, señor! ¡paciencia, piojo,
»si donde picas, se rascan!
»¡Dijera el señor Alcalde:
»quien la pela, la prepara!

»¡Que unos comen pava frita,
»y otros la comen asada!»

- II -
Ella y él
-«En cuanto Dios amanezca,
»y canten las golondrinas,
»y oigas la oración del alba,
»alzaré la celosía.
»Cosas tengo que decirte;
»no hay tiempo a que te las diga;
»llévate este beso, y tráemelo
»cuando vuelvas a la cita.»
Si el amor es puro incendio,
nadie ha visto sus cenizas;
pero todos han probado
que el beso es de llama viva.
Y oyóse al galán que dijo:
-«¡Luz de luz del alma mía,
»tus besos son voladores
»cohetes que arrojan chispas!»
En esto lanzó un suspiro,
a tiempo que se partía,
creyendo lo encomendaba
al calor de su querida,
sin ver que tras de la reja,
más grave que una estantigua,
se hallaba puesta la madre
mirando por las rendijas.
Tales cuadros disolventes
son propios de Andalucía;
y así se ha visto... mal digo,
así en las horas sombrías
hay quien, por coger la rosa,
se ha clavado en las espinas.
Dígalo, si no, el amante
de la monja carmelita,
que cargó con la abadesa
por llevarse la novicia.

- III -
El desengaño
-«María la Luz, ¿qué tienes?
»¿Qué pena te sobrecoge?
»El beso que me prestaste
»te lo traigo en estas flores.»
-«¡Ay! No me llames María
»de la Luz; llámame, ¡oh, Lope!,
»A medida de mis males,
»María de los Dolores.

»No lleva el Guadalquivir
»más agua por cuanto corre,
»que lágrimas de mis ojos
»han corrido en esta noche.
»Mi madre con ser mi madre,
»Dios lo sabe, y la perdone,
»ha partido en mil pedazos
»a un tiempo dos corazones.
»Al hallarnos en la reja,
»tratándote con reproche,
»dijo, que para mi guarda
»un novio, si no más noble,
»de mucha mayor fortuna
»con el título de Conde;
»que en Jerez tiene bodegas,
»tiene torada en San Roque,
»Cármenes tiene en Granada,
»en Sevilla casa y coche,
»y dineros que le sobran
»para lucir en la corte...
»¡Tú llenabas mi deseo!...
»Mas mi madre lo dispone.
-«El llanto que hayas vertido,
»María de mis dolores,
»presto se enjugó en tus ojos
»para que en los míos brote.
»Dicen ¡y yo lo creía!
»que el diamante no se rompe...
»¡Dádivas quebrantan peñas,
»y tu corazón responde!
»Pero si el honor consiente
»que los celos no me ahoguen,
»cuenta, que al Conde conozco...
»¡Lo conozco y me conoce!
»Ya sus deudos y los míos,
»por apego a sus mayores,
»contendieron en Granada
»bajo distintos pendones.
»¡Si hoy se me coloca en frente,
»será que Dios lo dispone!»
-«¡Mi madre!» exclamó María.
-«¡Huye!»
Y el galán quedóse,
hasta que una mano seca
cerró el postigo de golpe.
Mal reprimido el impulso
de su agravio, él dijo entonces:
-«Los insultos de mujeres
»suelen pagarlos los hombres.
»¡Ni los hierros de esta reja

»darán paso a otros favores,
»ni lleva en balde la Calle
»de las armas este nombre!»

- IV -
El encuentro
-«¡Por Dios, que un bulto diviso!
»¿Quién llega?»
-«Un cristiano viejo»
-«¡Malicia o soberbia asoman
»bajo nombre tan modesto!
»Mas, si tratásteis ofensa
»so pretensión de discreto,
»tropezáis con quien responde:
»Por aquí no pasan perros.»
-«La frase es de vuestro origen,
»mal que seáis conde nuevo.»
-«¡Id atrás!»
-«¡Un Benencete
»con tizona de Toledo!
»¡Trajérais el corvo alfanje!...
»¡Bien que por la historia entiendo
»lo rindió en Torre de Elvira
»uno de vuestros abuelos.»
-«¡Insulto fue, por Dios vivo!»
-«Si es insulto, recogedlo.»
-«¿A Don Fernando de Berja?»
-«Don Lope de, Castro.»
-«¡Presto!...
»¡Poned vos mano a la espada,
»porque os mate defendiéndoos!»
Y como un tiempo se odiaron
cristianos y sarracenos,
embistieron uno a otro
con la rabia de los celos;
siendo tan breve el combate
como las formas del duelo,
tanto, que al golpe encendido
de un hierro contra otro hierro,
brilló en rápido relámpago
rayo del primer encuentro;
y oyóse: ¡Jesús, Dios mío!
y fue de mujer el eco,
y era María la Luz
que abría en aquel momento
las hojas de la ventana,
y, del farol al reflejo,
vio se chocaban dos bultos,
vio desplomarse dos cuerpos...
Caer vio en tierra dos hombres,

como caen los cuerpos muertos.

- V -
Comienza el milagro
El mismo telón de fondo
de la primera jornada:
vista de la misma calle
en horas más avanzadas:
pero tan metida en sombra,
que, a ser caso en Cantillana
y andar el demonio suelto,
de fijo no columbrara
la faz de la triste imagen
de la Virgen de las Ansias.
Por cierto que, inútilmente
quisieron manos profanas
y luego muchos devotos,
a la primer campanada
de la oración de la tarde,
encender aquella lámpara;
siendo hablilla entre comadres
y escándalo de beatas
que al ir a prender la mecha
la pajuela se apagaba.
El sagrado del silencio
quien lo rompe lo profana,
salvo si lo santifica
con temerosa palabra.
Es costumbre de ab initio
en la plebe sevillana
ir soltando saetillas
en esas horas calladas;
saetillas que en otro tiempo
la Inquisición aguzaba
para herir piadosamente
en las conciencias livianas.
Fortuna fue que en la noche
del lance de encrucijada
acertasen a pasar,
cantores de esas tonadas,
dos gitanos, macho y hembra,
y allá va lo que cantaban:

VI
Saetas
«Mira, mujer pecadora,
»que si aquí te gustan chanzas,
»cuando estés en los infiernos
»las costuras te harán llagas.»
Al punto entendieron gentes,

viniéndoles por la zaga;
y éranse una viejecita
entre bruja y cucaracha...
(La vieja del candilejo;
pues que, por serlo, llevaba
el candil, que defendía
de que el aire lo matara,
unas veces con la mano,
otras veces con la saya),
y, junto con dicha vieja,
precedido de su fama,
el comadrón de los partos,
según dijo la gitana.
En tanto los dos rivales
como cayeron estaban...
¡Inertes sobre las losas,
al lado las toledanas,
Sumidos en las tinieblas,
eran yacentes estatuas!-
¡Con tenerlos a seis pasos,
ninguno los sospechara!
Cantó la gitana entonces
recalcando la tonada:
«Ánima que estás en pena,
»para alumbrar otra ánima,
»ten al confesor contigo,
»si eres ánima cristiana.»

- VII -
El viático
Cantaron otras saetas,
y quiso Dios que sonara
la fúnebre campanilla,
y que por calle cercana
asomase una linterna
como si fuera en volandas.
La campanilla y la luz,
cual es de ene, las llevaban
el sacristán y un acólito
de la parroquia inmediata.
Y detrás, a toda prisa,
recogida la sotana,
les seguía el señor cura
con la ampolleta arropada.
Como a una esquina llegasen,
fueron los tres a doblarla,
sin duda porque otra urgencia
a otra parte les llamaba...
Y entonces gritaron todos:
-«Señor cura, no se vaya.»

-«¡Señor cura! ¡señor cura!
»Aquí ha sido la desgracia.»
-«¡No puedo perder el tiempo!...»
Responde el padre de almas;
pues en la Calle del Susto
diz que han herido a un fantasma
que pide la Extrema-unción,
y corro a ver si se salva...
-«¡Estos son dos, padre cura!»
-«¡Dos contra uno, ya cambia!
»Les daré un pasa volante,
»y el otro aguarde una miaja.
»¿Dónde están?»
-»¡Aquí, cerquita!»
Fue el cura, y halló a sus plantas
tendidos a los rivales
como yacentes estatuas.
Le seguía el comadrón,
y, en cuanto les vio la cara,
dijo: -«Más muertos están
»que el Comendador de marras.»
Escaparon los gitanos;
la vieja se alzó las faldas,
y el cura exclamó: -«¡A difuntos,
»supuesto no les alcanza
»ni el último Sacramento,
»que mi bendición les valga!»
Los cruzó de arriba abajo
de una bendición muy larga,
y, murmurando un response
se fue donde le llamaban.

- VIII -
Estallido

La vieja del candilejo,
viéndose ya sin comparsa,
también escapó, diciendo:
«¡Que me agarran! ¡que me agarran!»
Tornó luego el señor cura
con la antedicha comparsa
y con el buen comadrón,
que partear sabe... almas,
y echa más muertos al hoyo,
que saca vivos a plaza.-
El de Berja y el de Castro,
tintos en sangre, se daban
las manos, vueltos los ojos
al sacerdote, y sin habla...
Tendíanle ambos los brazos,
abrían los dos las palmas;

el Cura creyólos vivos;
el comadrón lo juraba.
Por si o por no, dijo el cura:
«Per istam unctionen sanctam...»
Y al «amén» dieron un bote
aquellos cuerpos sin alma,
con el ímpetu que suben,
con el ímpetu que saltan,
rebatidas contra el suelo
pelotas de goma elástica;
y, parejos por el aire,
estirados como ranas,
cayeron como dos troncos,
sonando como dos tablas,
al mismo pie del altar
de la Virgen de las Ansias.
Los cuerpos estaban fríos;
junto a ellos las dos espadas;
y, porque más no siguiese
la Virgen sin luminaria,
el cura encendió la estopa,
la estopa prendió la lámpara,
y desde entonces se cuenta
EL MILAGRO DE LA PAVA.

- IX -
Co nclusión
Si es conseja o sucedido,
Dios lo sabe, y Dios me valga:
Goya lo tuvo por cierto,
y pintó la Serenata.
Hoy en la oriental Sevilla
nadie ya memoria guarda
de dónde estuvo el retablo
ni en dónde la reja baja.

La gallomagia
Poema a espuela viva, escrito por Fulano Zurita, bachiller en patas de gallo, licenciado en puyas y doctor en ambos espolones

ARGUMENTO DEL PRIMER CANTO.
Donde hallará el lector menos sapiente
que en cada octava asoma un desatino,

como al que ensarta coplas de repente
le saca el consonante de camino.
Mas si hay quien lea, pío o consecuente,
mi canto un tanto cuanto calaíno,
verá que en tan insípido monólogo
burla burlando se establece un prólogo.

Canto primero
(4)

¡Cómo ha pasado el tiempo tan esquivo,
sobre mis infantiles sensaciones,
desde que declinaba el sustantivo
Musa, musae en gramáticas lecciones!
Cómo ha pasado ya no lo concibo,
y aunque entonces tenía sabañones,
¡Oh, musa del dolor! ¡cuánto prefiero
el tiempo aquel, a ser tu compañero!

¡Perdóname, infeliz! tú que naciste
del suspiro del hombre, y que te bañas
en la fuente de lágrimas que existe
en el fondo letal de las entrañas;
tú a quien la risa del sarcasmo viste
a veces con obscenas telarañas,
¡Perdóname, infeliz! y entona un canto
que vierta risa y que destile llanto.

De aquéllas que mis ojos anhelantes
miraron tan colmadas de hermosura,
visiones del deseo rutilantes,
hadas de amor, mujeres de luz pura,
no me recuerdes, musa, los semblantes,
ni el seno aquel, ni la fugaz cintura,
que harto las hallo y veo que, en efecto,
están en su pretérito imperfecto.

Si fuesen a lo menos viejas viejas,
o sordo yo cual perro a los diez años,
no me atormentarían con las quejas
de sus no merecidos desengaños.
Pero aún tengo memoria y tengo orejas,
y ellas se fingen con venéreos paños,
y lléganse y me llaman hombre infante
para más ofenderme y que las ame.

¡Amar! ¡amar! ¡quién ama en la caída
de las marchitas flores de su alma,
cuando ya va diciéndonos la vida

que la muerte dulcísima es la calma!...
¡Oh! tú que al melancólico Abasida,
para cantar la desterrada palma,
le hiciste desdeñar el reino moro.
¡Oh, musa del dolor! contigo lloro.

Y aléjame el recuerdo de una guerra
en que la Parca se vistió de gloria,
que en sangre hermana salpicó la tierra
y sobre tumbas entonó victoria.
Mi corazón, mi pensamiento cierra
a los triunfos de efímera oratoria...
¡Defendió la justicia el labio mío!...
¡Oh, musa del dolor! contigo río.

Yo, para sacudir la pesadumbre
que el corazón del bueno despedaza,
trepé a caballo a la escarpada cumbre,
o a pie en el monte fatigué la caza.
Vi nacer, vi morir del sol la lumbre,
solo en la soledad... mas hoy rechaza
mi edad cansada fustigar caballos,
y para cazador me sobran callos.

Vosotros, que vivís exentos de odios,
santos superlativos o Santones,
modestos y modernos monipodios,
jefes de las políticas facciones;
y vosotros también, soberbios Clodios
archi-magnificentes Anfitriones,
soltad una estentórea carcajada...
¡Yo confieso que ya no valgo nada!

Y pues que soy la nulidad cantando,
nada os importe relegar mi nombre;
el tiempo y los sucesos van andando;
Dios guía el mundo y deja a cada hombre.
Próspero viento a la ambición del mando
sopla y trae oro, timbres y renombre,
y yo soy búho que, si el viento sopla,
retraído a su cueva echa su copla.

Y hasta incorrecta, vaga y perezosa
sale mi pretendida poesía;
por pintar una, me salió otra cosa,
como a Orbaneja cuentan sucedía;
de suerte que, al cantar en versi-prosa
canto de Gallos, que es lo que quería,
tengo al pie de esta octava que explicallo,
plagiando de Orbaneja el «esto es gallo.»

Y esto es Canto de Gallos, en efeto,
sin que se entienda que me fuí a la pecha
con gentes de tantísimo respeto,
ni traten cosas de pasada fecha.
Heraldos hubo que lanzaron reto
pidiendo por las armas cuenta estrecha,
no por rivalidades de gallina,
que a más alto concepto se encamina.

Quédese para el Griego y el Troyano
la que armaron feroz marimorena,
por tan torpe motivo y tan liviano
como el motivo que les diera Elena.
Si fue pretexto de que echaron mano
con fin siniestro, sea enhorabuena;
pero, en suma, el motivo es caso oculto
y se ve sólo a Elena dando el bulto.

¡Así las Sirtes de la vida humana
fueron siempre elección de los mortales!
La vil codicia, la ambición insana
vistió el dolo con púdicos cendales;
y así la fuerza todo lo profana,
y así buscamos nuestros propios males,
y así hay miserias que engrandece Homero,
y hazañas hay que mueren sin coplero.

Tú, amiga musa, en la virtud mecida,
y acibarada luego en la experiencia,
no desdeñes la loa merecida
al denodado empeño y diligencia
con que, dejando su región querida,
lanzáronse del mar a la inclemencia,
a fiar su justicia en sus patadas
los gallos de las islas Fortunadas.

Cuenta la tradición que un desterrado
por no sé qué político misterio,
volvió a su hogar, cuando cayó silbado
tampoco sé qué obscuro Ministerio.
Y trajo un pollo a su calor criado
con el amor que infunde el cautiverio;
mas, luego que se vio en su patria amada,
vendió el gallo al galán de su criada.

Y era este mozo un vendedor grosero,
de los que están a ver lo que se gana,
y hacen de aves domésticas rimero
en mitad de la plaza de Santa Ana.

El tal cambió su gallo a un zapatero
por unos estivales de badana,
y el zapatero lo pasó de mano,
por copas, a un torero sevillano.

El diestro en toros, jugador bizarro
de lances en que van vida o fortuna,
tenía en apropósito cotarro,
con cautela apartadas una a una,
seis del Guadalquivir y seis del Darro,
doce jacas de noble y fiera cuna,
cuando, para adiestrarlas en la esgrima,
tomó el gallo al maestro de obra prima.

Llama el arte gallero gallo-mona
al mísero paciente en este juego,
y condena por ende al que abandona
la lucha y toma las de Villadiego.
¡Mas qué emplumada en público matrona,
ni qué relapso condenado al fuego,
ni qué pulga entre dedos de una vieja
al mártir gallo-mona se asemeja!...

Cógenlo de un alón y de una pata,
y, así suspenso con cruel destreza,
lo abuzan a otro gallo, porque bata
y en él ofenda con veloz fiereza;
y el gallero las plumas le desata,
y los gallos le tunden la cabeza,
hasta que, sin descanso en su tortura,
espira en el rincón de la basura.

¡Y oh tres y cuatro veces fortunado
el que, tras tres, o cuatro, o seis sotanas,
muere de un solo golpe degollado,
porque soltó el contrario las botanas!...
¡Y oh tres mil y más veces desdichado
el que, opreso por garras inhumanas,
pierde en raudal heroico su ardimiento
y a los cobardes sirve de instrumento!...

En tal estado y bárbara agonía,
al que nunca sintió temor ni susto
dábanle una paliza cada día
los gallos andaluces a su gusto;
que el Polifemo atroz de Andalucía,
bárbaro ejecutor de ceño adusto,
le aferraba con manos gallicidas,
gozando ¡oh, mengua! en verle las heridas.

¡Guay, musa mía, del pastor guerrero(5),
nuevo Viriato y Hércules de España,
que en la ferina jaula prisionero
la plebe vil con mofas acompaña!
¡Guay del gallo del Teide y Guanche fiero
a quien el noble rostro en sangre baña
uno tras otro audaz gallo villano,
porque está preso en enemiga mano!...

Los que amáis el valor y el ardimiento,
y despreciáis toda alma humilde y flaca,
vedle tras tanto y tanto sufrimiento
arrojado en la jaula de una urraca,
y a millones de piojos dar sustento,
y, por yerba, pisar inmunda caca;
vedle, por fin, con noble continente
dando la vida sin doblar la frente.

¡Cáscaras! dijo el gladiador cautivo
(y esto en parla galluna vale un terno);
¡Cáscaras! repitió, y en el altivo
semblante le asomó todo un infierno.
Y es que, entre medio muerto y medio vivo,
con honda pena, o con horror interno,
vio entrar con el torero de Sevilla
al emigrado que le dio papilla.

Y, entrando, dijo al desterrado el diestro:
«Visto que su merced va de condena,
»por rezar meramente el padre-nuestro
»lléveseme la mona enhorabuena;
»y, ya que servir puede de cabestro
»con tanto andar y desandar la trena,
»le recomiendo al chulo Juan Araña,
»que allá lo llevan por cantar la caña.»

-«No dude usted seré su compañero.»
-«Su merced verá en él una gran pieza.»
-«Yo he sido siempre amante del torero.»
-«Estimando, señor, tanta fineza.»
-«Y Araña, ¿mata o es banderillero?»
-«Las cuelga a media vuelta con destreza,
»y salta bravucones al trascuerno,
»y mata algunos bichos en invierno.»

Tras este mutuo cambio de favores,
el desterrado se llegó a la jaula,
y sacó de su lecho de dolores
al que el torero apellidó la maula.
Y, aunque por su verdugo y los traidores

ferido está don Amadís de Gaula,
ferido y mal ferido, en voces rudas,
tres veces canta en manos de su Judas.

Canto de libertad, que presentía
el indomable espíritu guerrero;
aura de vida, que la patria envía
al nauta, al peregrino, al extranjero...
Así entonaban salmos de alegría,
roto de Babilonia el yugo fiero,
«¡Israel! ¡Israel!» cantando altivos,
los que Jerusalén lloró cautivos.

«¡Israel! ¡Israel!» ¡grito inflamado
de los que a su región libres volvían!
¡Himno de libertad, canto sagrado
que al Dios de las batallas ofrecían!
Y de esta suerte el gallo desterrado
a quien las auras patrias sonreían,
cantó tres veces con acento rudo:
«¡Patria del Vengador, yo te saludo!»

Lenguaje de las estaciones

Dedicatoria

Del bien, hallado tras el mal, nos queda
siempre el recuerdo del dolor huido...
¡Huido, sí! pero del alma leda
el virginal aroma está perdido.
No hay generosa condición que pueda
borrar de la memoria lo que ha sido;
y así el dolor pasado está presente,
y el bien y el mal brotando de una fuente.
¡Perennes manantiales de la vida!
Marcándolos con hitos, la memoria
va por do el cauce de la edad corrida
con risa y llanto imprime nuestra historia.
La experiencia es sabor de la mordida
fruta que en el Edén hizo ilusoria
la quieta y apacible confianza,
y convirtió en recuerdo la esperanza.
Mas la esperanza es plácido espejismo,
falaz al corazón y al pensamiento,
hasta que la experiencia ve el abismo
y es cada hombre un mudo advertimiento.

Si esto, lector, lo sientes en ti mismo,
burla burlando te dedico un cuento,
tan rústico y sobrado de palabras
como el de Sancho, y... ¡cuenta tú las cabras!

En el invierno

I

El monte

Siguiéndole en la ladera
hasta ojearlo en el soto,
cumpliera el guarda su empeño
como debe un hombre mozo.
que si el jabalí en la huida
arrojaba espuma a chorros,
con eso y dejar el rastro
me habréis frustrado el propósito.
Dijéraos la experiencia
que (mientras abren un foso,
al romper los ventisqueros,
y al cruce de los arroyos),
si pisan los caracoles,
marcan poco más que el corzo,
y, si el viento bate, arrasa
la nieve, y se cubre el hoyo.
-«Señor, cargó la cellisca;
»iba con dos mil demonios
»huyendo, y mostraba un cerro
»tan alto como el de un toro...»
-Por si hay días de fortuna,
que se logran dentro el chozo,
quédese el guarda del monte
calentándose al rescoldo.

¡Ah, de la tropa que marcha
en día tan borrascoso,
el hielo y el sudor juntos
en los azotados rostros!...
¡Lleváis perdida la senda!
-Para advertencias yo sobro:
damos pique a unos forzados
por delitos espantosos,
que rompieron la cadena
no lejos de estos contornos.
Cinco son los malhechores:
si los viste, suelta el soplo;
pero si no los has visto,
paisano, como supongo,
puedes tomar la del humo,
como dicen dijo el otro.

-No los vi, señor sargento,
mal que me habléis de ese modo,
pues si vos mandáis soldados,
el tiempo os mandará pronto...
Cuidad, si es caso, volver
sobre vuestros pasos...
-Lo oigo.
Y siguiéronle en silencio
nueve hombres respetuosos,
el hielo y el sudor juntos
en los azotados rostros.

-¡Alto! ¡A la gente que llega
sois extraños!...
-¡No haya enojo!...
Gente honrada, caballero:
un obispo, tres canónigos
y el cura de la parroquia
que suministra el santo óleo.
-Es su escopeta mojada
la carabina de Ambrosio;
pero su merced la ponga
donde no nos haga el coco.
-Es que a la capa del cielo
no hay quien le coja el embozo,
y la manta de la nieve
mala manta es para el hombro.
-Si su merced nos cobija,
cuente nos hace el negocio,
y a cambio le enseñaremos
el refrán que gasta el moro.

-Cuidad de llevar la cuenta
desque toquéis aquel olmo;
de frente, a mil pasos justos,
hay un peñasco y un tronco:
el tronco tapa una cueva;
entradla, y en un recodo
hallaréis de mis pastores
el hato... y adiós...
-Acoto,
con el conque de que aprenda
el refrán que gasta el moro.
Dice el gitano cuatrero
mirando por su mondongo:
«Donde comas, no hagas daño,»

y aquí, sin ser roba-potros,
somos, como si dijéramos,
agradecidos de estómago.
Su merced, que tiene pesquis,
sáquele la púa al trompo.
Los que fían en Mahoma
nunca ponen en remojo
la espingarda, por si acaso
Mahoma se vuelve tonto;
y dicen: «Sal prevenido
»para ir a caza del lobo
»como si fueras a hallarte
»con el león...» Ahí va el cobro
de la deuda que tuvimos
con su merced: vale el oro
algo menos que un consejo
para casos que no nombro:
y acabo, y para que entienda
lo que vale el ser rumboso,
quiero pagarle con sobras,
y allá van cinco de corto.
Este mundo es un fandango,
cada cual baila a su modo,
y aquel que anda sin pareja
parece que está de bolo.

Partiéronse los bandidos
menos fieros que orgullosos,
y oí plañidos de hembra,
gritos histéricos, roncos.
¡En la soledad las lágrimas!
¡El dolor!... y el mundo sordo,
mientras la nieve caía
en silencio copo a copo.

-«Madre de estos pobres niños,
»más desnudos que andrajosos;
»mujer, cuyo llanto acusa
»ser madre, mientras que el rostro
»y los arrugados pechos
»y los cabellos canosos
»dijeran a quien tus gritos
»no oyó, que das testimonio
»de la ancianidad que siente
»su ruina y, con desdoro
»del sexo, muestra sus miembros
»al hombre en feos despojos
»del tiempo; vieja fecunda,
»madre de estos temblorosos

»niños, que juntan sus lágrimas
»a las que vierten tus ojos:
»¿Quién os dejó en este sitio
»vil traidor, o vil medroso?»
-«Señor, en el mundo estamos;
»dad a mis hijos socorro:
»ellos, acaso algún día,
»os lo paguen a su modo.
»Lleváralos yo en mi vientre,
»a mis hijuelos hermosos,
»al calor que allí sentían
»antes de escuchar su lloro...
»¡Los hijos en las entrañas
»de la madre pesan poco!
»Como los parí desnudos,
»con mi cuerpo los arropo,
»pues a cubrirnos no bastan
»los harapos que recojo.
»Hemos de andar el camino,
»y, aunque los alterno y pongo,
»a veces en mis caderas,
»a veces sobre mis lomos,
»nos rinden en la jornada
»el sol, la nieve o el lodo.
»¡Pocos dolores de madre
»sintió la que pare sólo,
»y hambrientos no ve a sus hijos
»arrastrarse, por un sorbo
»de agua o por triste pedazo
»de pan que desechan otros!..
»Ibamos, señor, en busca
»de la caridad de todos.»
-«Tened mi pan, hijos míos:
»Madre, aliéntate; yo tomo
»tus dos hijos en mis brazos;
»sígueme a un abrigo próximo.»
Y los niños inocentes,
flacos, comidos de piojos,
mordían el pan, mirándose
envidiados y envidiosos.

-«Guarda del bosque, si deja
»del jabalí fatigoso
»la pista, atienda a estos niños
»y, hasta que yo vuelva, acójalos.»

Sentí tristeza en el alma:
reinaba un silencio insólito
en la región del desierto,

debajo un cielo de plomo.
El viento plegó las alas:
se pararon los arroyos;
los árboles, que dormían
cual gigantes sigilosos,
parecióme contemplaban
la naturaleza atónitos...
Y tarde, de vez en cuando,
de las selvas en el fondo,
agobiados por el peso
de la nieve, los hojosos
álamos se desgajaban
con gemido perezoso.-
Vi a los míseros soldados...
¡No volvían más que ocho!

-«¿Por dónde vais, mis amigos?
»Perdidos sois, yo os lo abono,
»si no consentís ahora
»la salvación que os propongo.»
Respondió el de más aliento:
-«Su merced mande a su antojo:
»de los santos de la corte
»celestial, es San Antonio
»el santo que más atiende
»de los santos que conozco.»
Yo le dije: Santo mío,
haz que se nos coma el lobo,
o que venga a socorrernos
el que nos cantó el responso...,
cuando vio que le dejábamos
como quien escucha un loro.
A su merced le ha traído
ese santo milagroso,
y por el mismo le ruego
nos aloje junto al horno,
porque traemos pasadas
las penas del purgatorio.-
¡Mal haya quien fía hombres
a comandantes bisoños!
Murió el sargento Carranza;
mató el perro el cabo Romo;
los dos sin sacar las fuerzas
por ser unos hombres flojos,
y quedáronse espasmados
sonriendo como bobos.-
Visto el sálvese quien pueda,
su servidor, Juan Cebollo,
que fue rabadán de cabras
antes de llevar el chopo,

y hoy luce una cruz de mérito
con quince reales de momio,
tomó el mando de estos chicos,
que, aunque parezcan modorros,
tienen más pies que el Sargento:
y hablar del cabo me ahorro
con decir «cabo de pluma,»
que es decir de paso corto.
Su merced les pase lista,
que a sus órdenes los pongo:
siete son, y mi persona
ocho, número redondo.

Súbito se oyó distante
siniestro tiro dudoso,
señal de quien pide auxilio,
traición de facinerosos.
Al disparo respondimos
con disparos, y remotos
los ecos de las cavernas,
invisibles, misteriosos
centinelas del desierto,
do el miedo finge los monstruos,
caminaban a perderse
hacia términos ignotos.-
Siguiéronme los soldados,
e iba el jefe, Juan Cebollo,
rezando el «Santa María»
con acento fervoroso,
alternando el «Dios te salve,»
que prorrumpían en coro
los restantes compañeros...,
y así llegamos al chozo.

¡He aquí el valle de miserias!
¡He la humanidad!... ¿Qué somos?
¡La fraternidad no fuera
ni la caridad tampoco,
a no ser valle de lágrimas
la tierra que nos da apoyo!
¡La misericordia nace
de nuestros dolores propios!

¡Cristiana melancolía,
dolor con íntimo gozo!
La piedad, en la inclemencia,
no lleva al altar sus votos;
mas trueca en templo los ámbitos

del invierno rigoroso
quien dio lenguas al desierto
nos dio la oración, y el sordo
rumor de las soledades
habla de Dios a su modo.

II
El hogar

¿Ves, hermana, cómo acude
tras la aflicción el consuelo,
sin que el corazón se advierta
ni lo procure el deseo?
Antes, al volver la vista
a la cruz del cementerio,
vertías acerbas lágrimas
con amargo desaliento;
y hoy, con los ojos enjutos,
pronunciando el Padre-nuestro,
han apartado tus manos
la nieve del santo suelo,
donde de nuestros mayores
yacen los mortales restos,
cuyas almas inmortales
te bendicen desde el cielo.
Se han cambiado tus sollozos
y los ayes de tu pecho
en plácidas melodías
que acusan otros afectos...
Y esa misma cantilena
del ángel que guarda el sueño
de los niños, la aprendiste
en el regazo materno.
Nuestra madre te la dijo,
abrigándote en su seno,
con arrullo de paloma
cuando ampara sus hijuelos.
Y la rueca, con sus flores
de siempreviva al extremo,
y el huso de plata fina,
con la inicial de su dueño;
ese infatigable huso
que tus delicados dedos,
tras levísimo chasquido,
lanzan con ágil gracejo,
y ese copo bien peinado
del lino de nuestro huerto,
que vas desatando en hebras
de finísimo cabello;

la rueca, el huso y el lino
son que allá en mejores tiempos,
al compás de las canciones
del ángel que guarda el sueño,
sirvieron a nuestra madre,
al arrimo de este fuego,
para hilar blancas madejas
de que luego se tejieron
las sábanas de tu cuna
y las de mi breve lecho.-
¡Oh, piadosa hermana mía!
¡Cuán dulce contentamiento
sentimos las dos ahora
en el altar del recuerdo;
en este hogar heredado,
llama de calor perpetuo
que avivaban nuestros padres
y sus padres encendieron!...
¡Así nosotros, hermana,
venturosos herederos
de sus cristianas costumbres,
de su hacienda y de su techo,
podamos legar el fruto
de sus honrados consejos
a hijos dignos de nosotros
y dignos de sus abuelos!
Que en mal hora los que heredan
olvidan sus venideros;
y los que son en el mundo,
porque sus mayores fueron,
poderosos en riqueza,
en la ostentación egregios,
y disipan en festines,
bajo artesonado regio,
hacienda que no fundaron
con su ciencia ni su esfuerzo,
afrentan en ocio impuro
honor que no merecieron.-
Yo, a ejemplo de nuestros padres,
hermana mía, prefiero
a manjares no soñados
por el natural deseo,
frugal mesa abastecida
para el preciso sustento,
con los frutos generosos
que rinde al trabajo el suelo:
y, al mirarlos sazonados
con la forma en que nacieron,
servidos en blanca loza
sobre limpísimo lienzo,

digo con gozo en el alma,
y en quien soy los ojos puestos:
«Aves son de mis corrales,
»que en mis corrales nacieron;
»corderos de mis ovejas;
»caza que abatí en su vuelo;
»vino tinto de mi viña,
»trasegado, limpio, añejo;
»verduras de mi cercado,
»y frutas de mis ingertos...»
Así Dios no me perdone,
hermana, si te exagero:
pero, si se me obligase
a optar entre dos extremos:
vivir sobrado de fausto
fuera del hogar doméstico,
o empobrecer mi comida
aquí, al amor de este fuego,
¡hermana! Dios no me ayude
si no es verdad que prefiero
a dejar mi amado asilo
un negro pan de centeno,
con las frutas arrugadas
que guardas para el invierno.
Mas ya advierto que vencimos
esta velada de enero;
y, pues nos anuncia el gallo
que ha dormido el primer sueño,
hermana, arropa la lumbre
con la ceniza, y dejemos
la guarda de nuestro ejido
a mi leal compañero.
Ni asechanzas de la envidia
ni injustas venganzas temo;
pues, al fin, no tiene el hombre
mejor amigo que el perro.

En la primavera
I
La mañana
  Ungida en blando rocío
despierta amorosa el alba,
tímida beldad que en sueños
su amante, el Sol, busca y llama:
claros sus ojos azules
de luminosas pestañas,
al beber luz en los cielos,
la luz al suelo derraman.
  Salúdala el Santuario
con la voz de la campana,

mientras le dice sus himnos
en los aires la calandria;
y al influjo cariñoso
de su espléndida mirada,
se esponja de amor la tierra,
la vida ríe en las plantas.
Ancha clámide de nieve
desprenden de sus espaldas
los cerros, al anunciarse
de abril la augusta mañana;
y de las cumbres desciende
libre, saltadora el agua,
en elegantes, revueltas
cintas de cristal y plata.
Recibe el amante valle
con flores su desposada;
y ella, tras húmedos besos,
se aduerme entre verdes algas.
Las festivas, redolentes,
ligeras brisas, resbalan
sobre el mar o sobre flores,
entre el cielo y las cabañas;
y se mecen halagüeñas
en mil idas y tornadas,
bajo formas infinitas
del hombre las esperanzas.
Puesta la popa a la arena
y la proa a la bonanza,
dejando el refugio amigo,
levadas las corvas áncoras,
libra las turgentes velas
la nave de Dios fiada;
que así la ambición fenicia,
mostró, surcando las aguas,
cual las mercedes del suelo
por oro en la mar se cambian.
El labrador que abrió el surco,
y de sus trojes preciadas
arrojó fértil semilla
con mano atrevida y franca,
cela la espiga naciente
sobre campos de esmeralda,
mientras que, libres del yugo,
los tardos bueyes descansan.
Óyense alegres canciones
de las rústicas zagalas:
amor las pone en sus labios,
bien sentidas, mal calladas,
ecos que acaso responden
en su delectable pausa

a las trovas que en la noche
profirió la serenata...
Y aún dicen que la doncella,
desde la puerta foránea,
al huir la blanca luna
de la aurora sonrosada,
sorprendió junto a la reja,
defensa de la ventana,
donde no llegan los labios,
aunque los ruegos alcanzan,
al amante que allí puso,
como regalo a la Maya,
ramos de fresca verbena
en generosa guirnalda.
  ¡Oh, naturaleza! ¡Oh, madre!
Cuando presentas tus galas,
amor encuentra do quiera
sus ofrendas y sus aras.
No de otra suerte a tu influjo
la entumecida crisálida
rompe la mística celda,
y en metamorfosis rápida,
de oro y de carmín lucientes
despliega veloces alas,
y vuela al altar de Flora
en nueva vida agitada:
gusano ayer en su cárcel,
gira libre, inquieta, vaga,
cual si, guardando memoria
de su brevedad pasada,
sintiera que no le cabe
gozar delicias tan anchas.
  Muge la esbelta novilla
desde el otero a distancia;
primer celo en que se enciende
al pacer la verde grama...
Suma de gala y de fuerza,
monstruo de fiereza y gracia,
el toro al clamor amante
la frente adusta levanta.
Por más saciar el olfato
las hondas fosas dilata:
enhiestas las finas puntas,
rueda la hirviente mirada:
juega la flexible cola
con ondulantes lazadas;
y, azotándose los flancos,
cual con serpiente irritada,
rayo que en trueno responde
pronto al imán que le llama,

rápido corno el relámpago,
parte, arrolla, triunfa o mata.
  Los árboles se columpian
en el seno de las auras,
las aves pueblan el éter;
los ríos serenos pasan...
Y, en tanto, un eco distante,
que el viento interrumpe a ráfagas,
trae y lleva los acordes
de la primitiva flauta...
Son los de la edad de oro
trinos de la flauta pánica,
recreación de pastores,
mientras pacen sus manadas
y vense en libre careo
correr del monte a la falda
menudas, ágiles, limpias,
de vario color pintadas,
generación de Amaltea,
las mil esparcidas cabras...
Y, en medio al vario conjunto,
señor entre sus esclavas,
celoso barbón hirsuto,
de corona esparramada,
y olor genial, que denuncia
a los machos de su raza;
dispensador de favores,
dejando va por do marcha
vapor de naturaleza,
dulce a sus hembras ingrávidas.
  ¡Horizontes de la vida!
¡Limitaciones humanas!
¡Tal traéis a la memoria
las religiones pasadas!
Tal veo en el templo egipcio
la adoración humillada
ante el símbolo monstruoso
del padre de las Cabañas;
y aun más cerca a los sentidos
contemplo en Grecia, hermanadas
deformidades cupídicas
e idealidades de estatua,
y el mito erótico, en donde
triunfa del vigor la gracia
tras la lid voluptuosa
apenas significada,
si el torpe bruto rendido
tan flojamente se amansa,
que sobre sus rudos lomos
la gracia gentil cabalga.

Así, al contemplar de lejos
la mar tranquila, rizada
de nívea espuma, que en iris
los rayos del sol desata,
paréceme ver que nace
de las ondas azuladas,
bella cual si a mi deseo
mi libertad la evocara
y a mi voluntad surgiera,
sensible Diosa pagana,
la Venus chíprea, meciéndose
en leve concha de nácar,
por cendal de sus contornos
las sueltas madejas áureas,
con pompa de blancos Cisnes
que sumisos acompañan,
y Céfiros y Nereidas
que la acercan a la playa.
Oigo el plácido concierto
de los orbes en la estancia
del Infinito, do viven,
giran, se atraen y se aman,
y esa sublime armonía
es el suspiro, es el habla
de la Creación entera
que suspira enamorada.

II
La golondrina

¡Bienvenida la inocente
huéspeda, de donde quiera
que llegue al humilde techo
del triste que la desea!
¡Oh mi mansa golondrina!
¡Oh mi dulce forastera!
¡Bienvenida! A tu llegada
mantuve abierta la reja:
tu trino suena en mi oído;
tus alas, con las esencias
de otras auras de otros climas,
mi frente árida refrescan;
y con versátiles giros
las vigas añosas cuentas,
y reconoces la estancia
donde tus hijos nacieran.
¡Aquí fueron tus amores,
no turbados por la fiesta
ni por el llanto; aquí fueron,
en la paz de esta vivienda!
Allí tu nido te aguarda;

tus hijos no lo recuerdan:
tú vuelves a visitarlo,
y yo lo guardé en tu ausencia.
Pliega tus nítidas alas,
y tus leves plumas peina;
reposa, mi peregrina,
mi huéspeda y compañera.
  ¡Quién sabe! Acaso tu vuelo
posaste la vez postrera
en la ascética, ignorada
choza del anacoreta.
De Tierra-Santa tal vez,
nueva peregrina, vengas,
y del Líbano doblaste
ayer las cumbres excelsas.
¡Quién sabe! Tal vez ha poco
que, del Sinaí en la cresta,
oías los regios salmos
que la Religión eleva.
Acaso en Jerusalén
tus últimos hijos quedan,
nacidos junto a un pesebre,
como el Redentor naciera.
Las sublimes soledades
de aquella cristiana tierra
cruzaste tal vez, llevada
del Simoún en la carrera.
Tal vez de la Palestina,
do el sol enciende la arena,
rompiendo la estiva calma
jadeabas pasajera...
O bebiendo en el Jordán
del agua de la pureza,
para alentar tu camino
sobre la triste Judea,
volaste en torno a las tumbas
do reposan los Profetas,
y en el sepulcro de Cristo
se oyó tu mística queja.
  ¡Quién sabe! Acaso rasante,
desempulgada saeta,
mediste de un solo sulco
la ya derrumbada Grecia;
o acaso de populosas,
profanas ciudades vengas,
de bordear los palacios
que te cerraban sus puertas,
para que los artesones
de esmalte y oro, y las regias
randas y tapicería

que al lujo tributa el Persa,
y los jarros de la China,
y las lunas de Venecia,
tu nido de pobre barro
no manchase ni ofendiera!-
  Si así es, mi peregrina,
noble avecilla, los deja:
¡inhospitalarios son
los magnates de la tierra!
Tuerce tu rumbo del centro
a que afluye la riqueza;
que es el hombre en la fortuna
menos humano que fiera.
El escándalo del rico;
la risa de las rameras;
la orquesta de los saraos;
los clarines de la guerra;
los tumultos, gritería
y ceremoniosas fiestas,
estruendos son ofensivos
a tu sencilla existencia.
Libre en el aire del campo,
cuando la aurora despiertas,
y con las primeras sombras
del crepúsculo te albergas:
los gozadores del mundo,
los que esas ciudades pueblan,
cierran sus ojos al día;
la noche los desenfrena.
  Tú eres la hija del ambiente,
y del alba, y de las frescas
florecillas amorosas
que abril y mayo despliegan.
Familiar, pura y sencilla,
Dios no puso en ti defensa,
y dijo, porque te amaran:
«Anuncia, la primavera,
»y engéndrese en ti el instinto
»de la emigración, y lleva
»tu mensaje a cien regiones,
»sin errar nunca la senda.
»Cruza mares y desiertos,
»las ruinas visita, y llega
»al asilo en donde mora
»la paz en santa modestia.»
¡Y fuiste! Y sin duda el dedo,
de la sabia Omnipotencia
trazó en el aire el camino
que a cien regiones te lleva...
Misterios son tus jornadas,

viajes de escondida ciencia,
a donde sólo te sigue
la inspiración del poeta.
  ¡Oh mi mansa golondrina
y mi dulce compañera!
¡Bienvenida seas al techo
del triste que te desea;
y así tus hijuelos guarden
memoria de mi vivienda,
como yo de ti me acuerdo
en los meses de tu ausencia!

En el verano
I
De la casa al árbol y del árbol a la casa
  Por escena, el campo libre;
el tiempo... en su eterno curso;
hora... en que espiran las brisas
del mar con lento susurro.
en primer término, el árbol
secular, ancho, copudo,
a cuya sombra mi honrado.
Abuelo, a sus deudos junto,
nuevo Jacob con su tribu,
en los rigores de julio
vio sestear sus rebaños,
o a sus gañanes forzudos,
olas rompiendo de espigas,
juntar en haces los frutos.
¡Ni un sonido en el espacio!
Y, en el término segundo,
de mi casa solariega
los envejecidos muros,
mientras, cual manso plumaje
que agita escondido impulso,
de mi tosca chimenea
asciende ondulante el humo.-
¡Padre sol! la tierra blanda
a tu solícito influjo,
en la estación de su celo
te abrió el seno; y somos tuyos,
nacidos de un mismo barro,
desde el gusano sepulto
que habita el humilde limo,
al insecto, al ave, al bruto...
Así la Libia sedienta
es patria, es templo, es refugio,
donde difundió su estirpe
de Agar el seno fecundo;
y allí bendijo el Oasis

Dios para el árabe inculto,
que halla en las sombras de palmas
de arquitectural conjunto
agua y preciso sustento
y cielo para su culto.

Un día la negra sombra
del árbol alto y robusto,
aguja del meridiano
inversa al sol en su rumbo,
me había dejado expuesto
al haz de dardos agudos
que arroja el astro gigante
desde el término diurno,
antes de lanzarse a plomo
en el piélago profundo.
Y por la senda que llega
mal trazada, advertí aduro,
aguijando a prisa a prisa,
al hidalgo linajudo,
señor don Lope Mendoza
de Carvajal y de Angulo,
mi vecino, rico en predios
y un tanto pobre en estudios:
hombre recio, rostro altivo,
atezado y cejijunto.
Salí a su encuentro, y, al verme,
se apeó un tanto ceñudo.
-«Señor don Lope (le dije),
»me honra el veros; mas presumo
»por lo breve del camino
»y el momento en que os pregunto,
»si os han estorbado el paso
»o si os trae algún disgusto.»
-No piensa mal mi vecino,
si bien no hay guapo ni chusco
que a mi persona se atreva:
y, ya veis, no llego enjuto.
Mi caballo es agosteño,
y, como si fuera un buzo;
así que pisa en el río
ha de pegar un zambullo.
De allí no hay quien lo levante
mas que le metan un chuzo;
pero, en soltando el jinete,
se vuelve pájaro grullo.
De esta manera se explica
por qué en un macho orejudo
llega tarde y mal don Lope,

que aún viniera sobre un rucio
donde vuestra linda hermana
con esos cabellos rubios,
con esos ojos azules
y con esos pies menudos,
me trae sorbidos los sesos
de suerte, que me consulto
si me habré yo vuelto mosto
y corro tras el embudo.
Sobre poco más o menos,
sin rodeos de hombre astuto,
sabéis que os puse en la feria
ese trato peliagudo.
Cierto que vos me dijerais
aquello del exabrupto,
y « hasta que hable con mi hermana,
»cuanto ofrezca es prematuro...»
Hablasteis con ella; y luego
allá, por lo que discurro,
no echó el trato a mala parte,
ni vos lo disteis por nulo;
puesto que me respondíais
(carta canta; a ella me ajusto):
«mi hermana oyó vuestro obsequio,
»y os diré en tiempo oportuno...
»el agosto está inmediato...
»yo hoy no acepto ni rehúso.»-
Vecino, yo desde entonces
he contado los minutos.
Hoy es primero de agosto;
se corrió el plazo, y acudo;
y, por si es pleito entre partes,
a lo pactado me afugio.
A mí me ha cabido el año
mejor que a aquellos palurdos
labradores de otros tiempos,
que, echándosela de duchos,
contaban les cuajaría,
cuando los ahogó el diluvio.-
Sabido ya por mi boca
mi tropiezo y lo que busco,
debéis vos decirme en cambio
con franqueza a vuestro turno:
¿qué os tiene fuera de casa
con este calor tan rudo?
-«Sintiendo vuestro percance,
»Vais a ver cómo yo cumplo...
»Andad, don Lope... Me trajo
»al campo, el calor que a muchos
»mantiene bajo su techo:

»¡cada cual según sus gustos!
»Amparado por la sombra
»de ese árbol, do acostumbro
»sentarme, sin que me atedien
»las horas en su transcurso,
»contemplaba el reprimido
»dolor, el silencio mudo
»con que la naturaleza
»rinde el maternal tributo;
»y así, con mis pensamientos,
»tal vez sobrado profundos,
»pasando estaba la tarde
»sin dichas y sin disgustos.»
Andando íbamos camino
de casa en este discurso:
a la medida que andábamos
crecía el blando murmullo
de la fuente que en mi ejido
ancho el caño, el chorro curvo,
derrama en la limpia taza
su claro raudal...; y un brusco
impensado advertimiento
del hidalgo, me detuvo,
diciéndome:-«Tenga el paso,
»vecino; y, si estoy confuso,
»sépase que no soy hombre
»que crea en brujas ni en brujos,
»aunque crea en los misterios
»y en los divinos recursos...
»Decidme si estáis oyendo,
»o si es que yo me embarullo,
»un canto en cuyas cadencias
»de un ángel suena el anuncio.»
Presté atención: iba el eco
concertándose al murmurio
de la fuente de mi ejido,
atenuado como el humo
que de mi hogar ascendía
por el ambiente difuso...
Era la voz de mi hermana;
su canción; la que compuso
el Ángel de la familia,
que va abandonando el mundo.-
Mi hermana en las soledades
de su apartamiento oculto,
entretenía las horas
como suele, por recurso,
hilando del manso lino
que en mi huerta le procuro,
fino como sus cabellos,

como sus cabellos rubio.

Entró don Lope Mendoza;
trató el caso...; noble estuvo.
A poco, tras un galope
oyóse un relincho, y súbito
nos dijo: -Ese es mi caballo,
con mi criado... No abulto
al afirmar que, si no fuera
por lo atrasada que anduvo
su madre en soltar la carga,
cada pelo valía un mundo...
La falta estará en la madre...
Ni lo abono ni lo culpo...
Hijos nacen con pitones,
por ser sus padres cornudos...
Pero es lo cierto, señora,
y a vuestro hermano recurro
para que os diga la causa,
que llegar pude algo sucio,
cuando, por veros, viniera
a horcajadas sobre un burro;
y aun llegara más temprano,
que el fracaso me entretuvo...
Forzado a acortar el tiempo,
a la vuelta me apresuro.-
Madama, el sí que me llevo,
bien que dado entre repulgos,
confío os lleve muy pronto
a vivir en donde juzgo
que no estuviera más ancha
ni la esposa del gran turco.
A recibiros esperan
libre puerta, alzado escudo,
cimerado capacete,
la celada opuesta al zurdo
lado, en señal que no caben
allí los hijos espúreos;
y en campos de oro y de gules
enlazados los vetustos
blasones de los Mendoza
de Carvajal y de Angulo.
Hízonos tres reverencias,
espolsándose el muslo:
salióse, y salí en obsequio
de mi cuñado futuro.

Ni aun el mismo don Quijote,
con ser jinete zancudo,
salvando el borren trasero,
ciñó el bridón más a punto;
y, llamándole a las piernas,
en los estribos insúrgito,
cual si nuestros cumplimientos
le sirviesen de conjuro,
partió, como sale el diablo
del cuerpo del energúmeno.

Las mujeres, desde Eva
a la hoy mujer del verdugo;
desde las que se arrebolan
a las que limpian los cubos;
desde la que zurce versos
y en las medias lleva puntos,
a la convencida monja
que al cielo dirige el rumbo;
así la que arrastra encajes
como la que en su condumio
sisa ochavo por ochavo
hasta completar el duro;
todas ellas son artistas
en sus intervalos lúcidos,
conforme van los menguantes,
o según los plenilunios.
Mi hermana (la replegada
sensitiva, cuando impuro
eco de voz mal sonante
hería sus oídos púdicos),
luego que el hombre a caballo,
veloz centauro, traspuso
entre el polvo y la neblina
y las tintas del crepúsculo,
me dijo: «Hermano: don Lope
»mal mi voluntad dispuso
»como galán en estrado;
»mas, ¡qué bien domina el bruto!
»Dado a tan fuerte ejercicio,
»no extraño tenga en desuso
»la galante cortesía;
»¡pero es gallardo, es hercúleo!
»La hermosura es delicada;
»la fuerza es bella de suyo;
»la aman la flor y la débil
»mujer... ¡Hermano, yo juzgo
»que belleza y hermosura
»son dos aspectos del gusto:
»la flor se ampara entre espinas

»y el rosal ama el capullo!»

Era la mujer apenas
rebasados los tres lustros;
y era don Lope Mendoza
tan fuertemente membrudo;
que en la plaza de su aldea
fiestas de becerros hubo,
y viéndose sorprendido,
si un novillo le fue al bulto,
ya apretado entre las tablas
y los cuernos puntiagudos,
porque allí se viera a un noble
salir de tamaño apuro,
lo atontó de un puñetazo
con aplauso del concurso.

II
La tempestad

Claros estaban los cielos,
limpio el azul transparente:
sólo a lo lejos se vía
vellón que al aura remece,
una nubecilla mansa,
una nubecilla tenue,
una blanca nubecilla
como el ampo de la nieve...

Ancha nube en limpio espacio,
¿quién te guía? ¿quién te acrece?
¿quién te empuja, nube airada,
en pavorosa creciente,
que, ciñéndote de sombras,
tragas polvo, el mundo envuelves?

Relámpago en fondo cárdeno,
¿cuántos volcanes te encienden?
Ronco trueno que respondes,
¿a qué mandato obedeces?

Huid, míseros ganados;
aves por el aire leves,
huid; míseras criaturas,
el torbellino os envuelve;
huid; que dentro de poco
no habrá amparo a que acogerse
los árboles más robustos
quiebran cual cañas endebles;

el huracán, el granizo,
os arrebatan, os hieren;
la tempestad traga el mundo,
y Dios no se compadece.

«¡Ay! (dije, y seguí postrado):
¡cuánto la vida me duele!»
porque el alma se me iba
a la tempestad rugiente...
Y entonces fue cuando vino,
derramándose a torrentes,
copiosa lluvia; y en olas
despeñadas, que al mar tienden,
iban las aves ahogadas,
e iban nadando las reses.
A la mar iban los árboles,
con sus frutos aún pendientes;
del labrador afanoso
los codiciados enseres
iban; y a la par con ellos
haces de acopiadas mieses,
y, arrancados de su base,
restos de pobres albergues...

Mansa lluvia, mansa lluvia,
en aljófares cerniéndote
del sol al último rayo,
que el agua en diamantes vuelve:
mansa lluvia, en derramados
prismas de cristal luciente,
arco de triunfo erigido
al vencedor de los débiles,
iris de paz para el hombre,
sin pacto que le conserve:
mansa lluvia, engalanada
de colores transparentes,
amaranto y oro y púrpura,
que no imitan los pinceles:
cariñosa, mansa lluvia,
a medida que te ciernes
sobre las flores del campo,
hijas de matas silvestres,
renace mi triste vida
¡a la calma que apetece!
¡Vivir es amar! y miro
el placer con que agradecen
allá en el monte los árboles
y aquí las flores campestres,
mansa lluvia cariñosa,
¡los beneficios que viertes!

y tú, de concordia iris,
escala de luz, que asciendes
a do reside el misterio
de la vida y de la muerte,
tú eres el santo camino
por do libres van y vienen
las bendiciones que parten,
las esperanzas que vuelven.

¡Visiones de los sentidos!
¡Pasad, pasad como suelen
cruzar, dándose las manos,
las niñas en danza alegre!

-¿Quiénes sois, que yo os conozco,
pareja en que amor florece,
a la par que andáis por campos
donde el tomillo trasciende,
y a seguir vuestra jornada
tanta voluntad me mueve?
-Fuimos tu Padre y tu Madre,
aun antes que tú nacieses.

-¿Quiénes sois, niños benditos?
Conoceros me parece...
-Éramos amigos tuyos,
cuando niños inocentes;
éramos tus condiscípulos
de la vida en los dinteles.
Tus iguales nos juzgamos
en la edad adolescente;
y, si hoy favor te pedimos,
que, aceptado, nos ofende,
somos los que te abrazaban
para herirte y esconderse...
¡Dejamos por nuestra prosa
de la fama los laureles,
virtudes que no nos caben,
ideas que nos exceden!...
-¡Pasad, pasad, mis amigos!
La confesión os releve:
¡mi voluntad os disculpa
y la experiencia os absuelve!

Y tú, ¿a qué vienes, anciano,
a quien he visto otras veces?
-Voy detrás de mis discípulos
que corren más que las liebres,
y en la carrera del mundo
el que atrás queda se pierde.

¡Aparta, mujer hermosa!
¡Por donde viniste, vete!
¡Esconde aquesos collares,
arracadas y alfileres
con que adorné tu belleza
y prendí tu pecho aleve!
¡Aparta, mujer traidora,
que aun tus caricias me ofenden!

¿Quién eres tú que muy lejos,
tan lejos te me apareces,
que ya mis cansados ojos
dudan en reconocerte?
-Tu primer amor me llamo.
-¡Tu memoria me enternece!
Fuiste el ideal del alma,
la santidad de mis preces,
la diosa de mis sentidos,
la mujer hermosa y débil
que amor me brindó en la vida
y amor me brindó en la muerte.

En pos va la consolante
caridad... ¡Benignos seres,
hembras de virtud humilde,
hermanas del que padece!
Vosotras sois la hermosura
sin vanidad ni oropeles,
la dicha fecunda en lágrimas,
¡la pobreza rica en bienes!

¡Oh, tú, el último en la hilera,
de tanto dolor el héroe!
De ti sólo vi un reflejo,
como mi sombra otras veces.
Fantasma, visión, que enseñas
la risa, y lágrimas bebes,
¿por qué escribes con la punta
del corazón y te dueles?-
Apenas ya te recuerdo...
díme, por piedad, ¿quién eres?
-Yo soy tú.
-¡Maldita seas,
fascinación de mi mente!
Me brinda el mundo favores
en la pugna con los fuertes,
la fama con sus aplausos,
el éxito con laureles:
y, pues que la vida es lucha

donde todos acometen
vencedores o vencidos,
el vencido se defiende,
y allá, tras su desengaño,
la quieta paz se le ofrece,
como al náufrago que arrojan
las olas a los placeres...
¡Las olas que le llevaron,
le trajeron, y las siente
rugir sin que le amenacen
en la playa en que se aduerme!...-
¡Visión! eres la memoria;
eres la verdad que miente;
¡no escribas más con la punta
de mi corazón, y aléjate!

En el otoño
I
En la tarde
Ya en la senda, allá del río,
traspuesto apenas el vado,
tiró de la rienda el novio
para ofrecerme los brazos.
Sin atreverse a besarme,
por respeto hacia el hidalgo,
mi hermana vertió una lágrima;
«¡Adiós!» me dijo, y marcharon.
Así se rompe la vida
de la hembra en dos pedazos;
mitad donde nace y crece,
flor en cristalino vaso,
y el resto de su existencia,
tras los inocentes años,
misterio de sensaciones
con enigmas de recato.-
¡Miseración en la esposa,
si el seno infecundo al tálamo
negó los hijos, en quienes
la madre ceba los labios,
para exhalar su ternura
a trueque de desengaños!...-
¡Allá va la flor!... ¿quién sabe
al viento que irá vagando?-
Del viento esclava es la hoja,
y la mujer del acaso.-
¡Cómo la ingenua tristeza
junta el deleite a su daño,
en la soledad tranquila,
sin medir tiempo ni espacio!

Es la tarde...: huye la tierra
sin que sintamos su tránsito,
mientras parece a la vista
que el sol camina al ocaso:
su disco de eterna lumbre
vibra los postreros rayos,
y a herir apenas alcanza
la cima de los collados.
¡Breve tarde! En mar de púrpura
tórnase el azul velado
del horizonte, tendido
más allá del Océano:
piélago es de luz inmensa,
do mis ojos beben ávidos
torrentes de llama viva;
piélago en que ve flotando
seculares monumentos,
arquitectura de encantos;
fortalezas y ciudades,
alcázares, templos, arcos,
pirámides, tiendas bíblicas,
misteriosos tabernáculos...:
Y en las llanuras espléndidas
de aquel celaje fantástico,
hay encendidas peleas
de hombres y monstruos bizarros,
fieras, enanos, gigantes,
escuadrones de centauros
y carrozas con cuadrigas
de flamígeros penachos.
Y, aún más allá, de otras nubes
simula el contorno mágico
visiones de amor divino,
diosas del amor humano;
ángeles, Cupidos, Ninfas,
musas y Genios, lanzados
por los senos insondables
de los luminosos ámbitos.
¡Metamorfosis del alma!
¡Trasuntos de otros engaños!
¡Ilusión de los sentidos,
de su error enamorados!...
¡Oh, breve tarde!... En la curva
del globo que va rodando,
pierde este pobre hemisferio,
la luz del eterno faro...
¿Dónde están los horizontes,

tan ricamente poblados
de fúlgidos monumentos
en ciudades de topacio,
de Ángeles, Genios, Cupidos,
ninfas, Dríadas y Faunos,
y mujeres que el deseo,
en un espejo encantado,
volvió a presentar al alma
como en los primeros años?
  ¡Es el crepúsculo!... y vibran
sólo en el éter los átomos
de luz y sombra que tejen
a la luna el velo santo.
Solitaria de los bosques,
hacia el bosque solitario
cruza la torcaz paloma,
y el aire zumba a su paso.
En las ruinosas almenas
del gótico campanario,
el ave de los sepulcros
exhala un ¡ay! de quebranto:
primer ¡ay! de muchos ayes
que van luego concertando
con el toque de Oraciones
y el doble por los finados.

II
En la noche
  ¡Es la noche!... densas nubes
que en el horizonte diáfano
fueron de púrpura y oro,
ya son fúnebre sudario.
Entumecida la tierra
siente que la hiere el ábrego,
y los árboles ingentes,
de la madre tierra amados,
risueños en primavera,
galanes en el verano,
amarillentos declinan
y sus hojas van dejando...
¡Sus hojas! ¡las verdes hojas,
orgullo de abril y mayo,
que se desprenden marchitas
cual girones de su manto!-
  Asoma en la mar la luna,
y mientras va remontando,
se descubre el firmamento
de luceros tachonado.
¡Dios, que sacó el universo
de las tinieblas del caos,

preside las Estaciones,
y a Dios alaban los astros!
Que Dios esparció los orbes
en infinitos estadios,
como el labrador arroja
la semilla en su cercado...
Y esos mundos sobre mundos,
que en eslabones jerárquicos
señalan a nuestros ojos
siempre un más allá anhelado,
son al corazón del hombre
revelación más que arcano...

Galatea

Fábula griega acomodada al teatro español puesta en verso y repartida en tres actos

Personas

Galatea.

Pigmalión.
Aspasia.
Midas.
Ganimedes.

Leóntico
Caricles Amigos
Arístides de Mileto.

Dos mujeres flautistas que no hablan.
Acompañamiento de jóvenes de ambos sexos.

La escena en Chipre, durante las fiestas de Venus.

Acto I

El teatro representa el Estudio del escultor Pigmalión, con dos puertas: una que se supone ser la entrada, y otra que va a la habitación de Pigmalión. Hay, entre otros objetos propios del arte escultural, una Estatua de Terpsícore puesta en obra.

Al abrirse la escena, queda la orquesta en las flautas, a medida que se alza el telón muy despacio, y aparecen Pigmalión, distraído frente a la Estatua, con el cincel y el martillo en las manos, y Aspasia, en lo alto de la tarima, en actitud de danza por un instante, mientras las Flautistas

aparentan estar tocando los instrumentos.

Escena I

Aspasia, ofendida en su amor propio, desciende de la tarima y manda por señas callar a las Flautistas, sin que Pigmalión se advierta, sumergido, como está en honda meditación.

ASPASIA. Volver desdén por desdén
o desprecio con desprecio
sería pagar la deuda;
mas no la deuda y el rédito.
(Se llega a las Flautistas con precaución.)
-Parthenis, si en este instante
miráis mi ofensa, os empleo
para concurrir conmigo
a la venganza que anhelo,
sin que ese insensato entienda
en lo que es sencillo juego,
satisfacción de un agravio;
pues ni tal triunfo le cedo.
Frente al templo de la Diosa,
aguardando mi regreso,
están Caricles, Leóntico
y Arístides de Mileto:
ve, y diles que sin tardanza,
por ser muy precioso el tiempo,
Aspasia queda esperándolos
en este oculto aposento.
Y, si alguno te observase
la obstinación del portero
(porque su dueño prohíbe
dar entrada a los mancebos),
diles que domesticado
hallarán al Cancerbero;
diles vengan prevenidos...
¿qué prevenidos? resueltos
a llevarse a Pigmalión
contra todos sus esfuerzos.-
Corre, Parthenis, ve, lleva
mi encargo, y vente con ellos.
(Sale Parthenis.)
-Tú, Musaria, este bolsillo,
que encierra dracmas por cientos,
al portero encadenado
darás, diciéndole a tiempo
cómo yo la libertad
por mayor premio le ofrezco.
Añádele, que al salir
le hablaré lo que pretendo
de él, a cambio de librarle

de la sujeción del hierro,
y que, a la que alzar pudiera
con su oro monumentos,
juzgue si le será fácil
comprar los grillos de un negro.
(Sale Musaria.)

Escena II

Aspasia, sola con Pigmalión, que sigue distraído.
Pues ama el dinero Midas
más que el preciso sustento
(mientras gasta sin reparo
de su torpe usura el precio,
por adquirir una piedra
a que da forma el ingenio
del escultor), ¡de él me encargo!-
Cada hombre está sujeto
a extraño influjo, y lograr
que vibre la cuerda en ellos
a que obedecen pacientes
es instinto de mi sexo.
¡Midas prefiere una estatua
fría, inmóvil, sin aliento;
y este insensato, este loco,
desdeñando los modelos
de las cinceladas formas
que dan a su Estatua mérito,
quisiera animar el mármol,
cifrando en él sus deseos!

Escena III

(Aspasia se acerca a Pigmalión a tiempo que éste sacude su letargo.)
Si así encadena tu vista
de esa efigie la ilusión..
PIGMALIÓN.¡Oh, Aspasia!
ASPASIA. ¡Cuán poco dista
la magia de un grande artista
del poder de Deucalión!
Celos de hermosura tanta
la propia musa sintiera...
Sobre su alígera planta,
vuela más que se levanta...
Pero un leve toque diera
mayor ambiente al cabello...
PIGMALIÓN.Mañana, al puro destello
del astro padre del día,
daré ese toque tan bello
a la Terpsícore mía.

ASPASIA.¿Mañana?
PIGMALIÓN. La luz flaquea...
ASPASIA.¡En hora más avanzada,
modelaste por Pantea
el rostro de Galatea,
yo presente!...
PIGMALIÓN.(Aparte.)
¡Qué cansada!
ASPASIA.Y, apenas dejé este suelo,
enmendaste cierta línea,
incorrecta en el modelo...
PIGMALIÓN.Fue...
ASPASIA. ¡Con menos luz del cielo!
¡Tras ella al seno de Frínea,
desnudo a tu voluntad,
con tanta curiosidad
buscaste la perfección,
que, con harta realidad,
de Frínea y Pantea son,
juntos en la estatua aquella,
de una el seno, de otra el busto!
¡Pienso que, a prender en ella,
en animada centella,
de Prometeo el augusto
fuego a los Dioses robado,
no hubiera en Grecia mujer
que la viese con agrado!
PIGMALIÓN.A más luz...
ASPASIA. Has modelado,
conforme a mi parecer,
de cada una lo mejor:
mas, si se admira en Pantea
virtud, belleza y candor,
en Frínea...
PIGMALIÓN. ¡Será mayor
mi examen cuanto más vea!...
ASPASIA.De Frínea tras los turgentes
contornos del blanco seno,
altos pechos atrayentes,
que hacen de jueces clientes,
se esconde traidor veneno...
PIGMALIÓN.¿Sí?
ASPASIA. El veneno de flaqueza
natural en la hermosura;
pues que constancia y belleza,
en nuestra naturaleza,
propensa a lisonja, dura
lo que el perfume en las alas
de ave que anida entre flores
y, por desplegar sus galas,

deja en las etéreas salas
el precio de los olores.
PIGMALIÓN.Como a la mujer transcienda
vil lisonja, es cierto, Aspasia.
ASPASIA.¡No hay mujer a quien no ascienda,
más que a los Dioses, la ofrenda
de los perfumes del Asia!
Una mirada furtiva
que escapa a la vecindad,
penetra cual llama viva
en la mujer más esquiva
y halaga su vanidad.
Cuando llegan los reflejos
de la aurora, y a lo lejos
oye pulsar una lira,
obedece los consejos
del que a lo lejos suspira.
Y, al lucir de la mañana,
beso del cielo caído,
una flor en la ventana,
nos dice tierna y ufana
el galán que la ha traído;
pues leemos en la flor
palabras del amador,
y, al contemplarla, se siente
brotar suspiro de amor
cual si estuviese aún caliente.
Esto en la núbil doncella,
en la viuda recatada,
y en la que está desposada
con aquél que fía en ella,
ya que no hay mujer guardada.
PIGMALIÓN.Volviendo a la corrección,
sospecho que no te es grata.
ASPASIA.Tan nobles las artes son,
que valen admiración
al que en ellas roba y mata...
Mas resuélveme ahora mismo
este problema fatal:
si es la mujer un abismo
cuando honesta, y el cinismo
es de Frínea el ideal,
¿qué sería Galatea,
con el rostro de Pantea,
noble, ingenuo, pudibundo,
y el seno de Frínea atea,
frágil, torpe, sucio, inmundo?
Si los Dioses, que al fin son
más poderosos que el hombre,
al mármol sin sensación

a que has dado forma y nombre
prestasen vida y razón,
¿de hermosura tan extrema
fueras tú el amante fiel?
PIGMALIÓN.(Aparte.)
¡Problema, cruel problema,
tan insoluble, que quema
Mi frente al fijarme en él!
(Vuelve a quedar pensativo, a tiempo que entra apresuradamente
Ganimedes y lo lleva aparte.)

Escena IV

Ganimedes y Pigmalión
GANIMEDES.¡Sábete cómo te traigo
una nueva de tu gusto,
mientras que yo traigo el susto
de lo que acabo de ver!
PIGMALIÓN.¿Qué viste? Dímelo pronto.
GANIMEDES.Si me quedé algo suspenso,
es que, cuanto más lo pienso,
dudo si podrá no ser.-
Como yo soy de la ESTATUA.
(Señalando al aposento de Pigmalión.)
El perpetuo centinela,
Me hallaba entre duerme y vela...
(perdóname, Pigmalión...)
mas ya me desperezaba,
tras esas horas eternas,
brazos estirando y piernas,
cuando de pronto ¡qué horror!
fijos encuentro en mis ojos
los ojos de Galatea...
PIGMALIÓN.¡Dioses!
GANIMEDES. Y que parpadea
sin dejarme de mirar...
PIGMALIÓN.¿A ti?... ¡Sueñas o deliras!
GANIMEDES.Pero con muy mala cara;
como si se horrorizara
de mirarme bostezar.
PIGMALIÓN.¡Si soñaste; si has mentido...
Te cruzaré a latigazos!
(Sale precipitadamente.)
GANIMEDES.(Aparte.) ¡Hércules, ata sus brazos,
si sale con que soñé!
Y eso que guardo en secreto
lo que ofenderle podría:
¡Me miraba y sonreía...
A tiempo que desperté!

Escena V

Aspasia y Ganimedes
ASPASIA.¿Ganimedes?
GANIMEDES. ¡Galatea!...
ASPASIA.¿Qué dices? ¿Cómo me llamas?
GANIMEDES.Perdóname; tal estoy
en este momento, Aspasia,
que, con ser tú la que prestas
aliento a mis esperanzas
de relevarme algún día
de ser Argos de la ESTATUA,
te tomé por ella misma:
¡Tanto en los ojos me baila!
ASPASIA.Puse oído y comprendí
que zurcías una fábula.
Eres un Esopo a medias,
pobre esclavo, que no alcanzas
a ingeniar los argumentos;
pero yo te daré traza
por donde llegues a verte
sin esa piedra con faldas,
a que ha entregado un iluso
las facultades del alma.-
Decías a Pigmalión
Que te miró...
GANIMEDES. Y me miraba,
y al mirarme se reía...
¡Yo a ti no te oculto nada!
O estoy más ido de cascos
que mi dueño, y no me valgan
mis ruegos, Aspasia bella,
contigo, que así me amparas,
si a sus labios no añadió
una mueca tan salada,
que, como soy Ganimedes,
casi estuve por besarla.
Esto lo digo a ti sola;
guárdalo por mis espaldas,
y líbrame para siempre
con tu talento y tus gracias
de esa linda Galatea:
ni sé si es ninfa o zagala,
y de mí sé solamente
que soy su perro, y me pasa
que ya dudo si es de piedra,
o es moza de carnes sanas.
ASPASIA.Fía en mí.-Vendrá un anciano
cuando menos pienses... Calla
a tu dueño haberle visto...

vuelve ahora a donde estabas.
GANIMEDES.Por Mercurio, te suplico...(Con miedo.)
ASPASIA.Ya te he dicho que te vayas.
(Vase Ganimedes por donde vino.)
(Se oye tumulto hacia la puerta opuesta a la del interior; luego entran Leóntico, Caricles y Arístides de Mileto seguidos de un corto acompañamiento de jóvenes de ambos sexos, entre ellos las dos flautistas.)

Escena VI

Aspasia y los dichos
TODOS.¡Ebohé! Reina el amor!...
(Aspasia les sellala la puerta por donde han de encontrarse con Pigmalión y se va.)
CARICLES.¡Arístides de Mileto!
¡Un himno a Venus la madre
de amor!
TODOS. ¡Que cante! Escuchemos.
(Aparece Pigmalión defendiendo la entrada de la estancia en que se supone estar la estatua de Galatea.)

Escena VII

Los dichos y Pigmalión.
PIGMALIÓN.¿Y son Caricles, Leóntico,
y Arístides de Mileto,
los que con turba insolente
allanan mi hogar doméstico?
¡y sois vosotros!
ARÍSTIDES. Lo somos.
CARICLES.Tus antiguos compañeros...
LEÓNTICO.Compañeros siempre tuyos...
PIGMALIÓN.¡Atrás! ¡Si a un esclavo viejo
atado a ruda cadena
atropellasteis primero,
para insultar el sagrado
que negué a los ojos vuestros;
libre yo y mis brazos libres,
por mí solo lo defiendo!-
¡Atrás he dicho, o por Júpiter
protector, mataros temo!
CARICLES.¡Locura! ¡De Venus madre falta en el ara tu incienso!
LEÓNTICO.¡La Diosa de amor te pide
palomas, flores y versos!
ARÍSTIDES.¡En honra a Venus, amigos,
un himno a coro cantemos!
(Abrazan a Pigmalión y lo calman.)
LOS HOMBRES.(Cantan.)
¡Oh, pródiga Venus! ¡oh madre fecunda!

Tu cálido beso, tu aliento vital,
esponja de celo, de amores inunda
los cielos, el aire, la tierra y el mar.
LAS MUJERES.Tú arrullas la tigre cual mansa paloma,
tú enciendes las piedras, y tus besos van
besándose juntos, llenando de aroma
los cielos, el aire, la tierra y el mar.
TODOS.¡Ebohé! Reina el amor.
LOS HOMBRES.Amor es la vida, su esencia es el alma...
LAS MUJERES.Si amor es la vida, no amar es no ser.
TODOS.¡Inúndanos, madre, en plácida calma,
de besos, y aromas, y dicha, y placer!
(Pigmalión, a medida que se prolonga el himno, se va conmoviendo.)
PIGMALIÓN.¡Oh, Venus, cuán dulcemente
el corazón reverente
se rinde a tu voluntad!
Llévale, dichosa gente,
también mi ruego...
TODOS. ¡Al altar!
ARÍSTIDES.Sí, amigos, vamos al ara
del templo en que se venera
la Diosa de los amores,
a depositar ofrendas;
pero, antes, al noble artista
que ha modelado en la piedra
la forma de una hermosura
cual nunca los hombres vieran,
pedid, amigos, rogadle
que con nosotros se venga.
UNOS.Pigmalión ¡al altar!
OTROS.Venus tus dones espera...
PIGMALIÓN.Rogad a la madre Venus;
pedidle, y dejadme en esta
soledad, donde suspiro
tras un imposible, apenas
comprendido por mi mente
cuanto el corazón lo anhela.
ARÍSTIDES.Quédese; dejad se quede,
sin que agravemos la ofensa
con el ruego que hace a Venus,
víctima de su tristeza.
Siempre acompaña al artista
la nostalgia que lo aleja
de la verdad de la vida,
en busca de una quimérica
perfección que no se cumple
en los fines de la tierra.
¡Aspirar es su destino,
hasta que se muere, y lega
en la duración del tiempo

a generaciones nuevas
sus obras! Dejad se quede;
¡mas logre en vida siquiera
ver coronado en su obsequio
su triunfo en su obra maestra!
PIGMALIÓN.(Aparte.) ¡Mi triunfo!
ARÍSTIDES. Y su triunfo es
la estatua de Galatea.
LEÓNTICO.¡A la estatua coronemos
de Pigmalión en presencia!
CARICLES.¡Por aquí! Pasad, amigos;
él nos abrirá la puerta.
CORO DE HOMBRES.De mirto hay guirnaldas.
CORO DE MUJERES. De rosas
también.
ARÍSTIDES.¡Ceñid sus espaldas, coronad su sien!
PIGMALIÓN.¡Teneos!... ¡Antes con vosotros
iré al ara!...
LEÓNTICO. ¡No nos deja!...
PIGMALIÓN.¡No! ¡no entraréis! Pero os sigo,
y así propicia me sea
la deidad, por la dulzura
de que os abrazo en su fiesta!-
Mi clámide, Ganimedes.
(Los amigos abrazándole:)
¡Gloria a Pigmalión, mancebas!
EL CORO.¡Ebohé!
ARÍSTIDES. Dejad salida...
¡Amor es la vida entera!
(Todos abren paso, yéndose tras Pigmalión y sus amigos.)
(Conforme va cayendo el telón se oye el coro.)
CORO.Si amor es la vida, no amar es no ser:
inúndanos, madre, en plácida calma,
de besos, y aromas, y dicha, y placer.

Acto II

Estancia de Pigmalión.-Muebles de la época greco-pagana.-En primer término, pende de un intercolumnio una cortina que oculta la estatua de Galatea.-En las columnas hay colgados símbolos relativos a las bellas artes, y entre éstos una lira.-Cuando la cortina se corra, se verá un jardín por una galería.

Escena I

Ganimedes acostado en un lecho, está soñoliento.-Se oye al exterior un coro de jóvenes de ambos sexos, que se encaminan al templo de Venus.

MANCEBOS SOLOS. Ya del Oriente espléndido
benéfica la aurora,
las puertas abre, y dora
los áticos el sol.
TODOS.¡Ebohé!
Ruede la danza.
¡Ebohé!
¡Reina el amor!
¡Venus, próvida Venus,
en tu alabanza,
ruede la danza,
ruede veloz!
GANIMEDES.Bravamente las doncellas
se avienen con los doncellos;
si alegres ellas con ellos,
festivos ellos con ellas.
A los primeros albores
de la aurora cariñosa,
van al altar de la Diosa
a ofrecer propicias flores.
Dales, Venus, a porfía
cuanto pidan en tu templo,
mas que no den buen ejemplo
cantando a punta de día.
(Vuelve a retirarse y se oye el coro más cerca.)
LAS JÓVENES.Llenad de mirto lúbrico
y de encendidas rosas
el seno a las hermosas
que os brinden ocasión.
¡Ebohé!
Ruede la danza.
¡Ebohé!
¡Reina el amor!
¡Venus, próvida Venus,
en tu alabanza,
ruede la danza,
ruede veloz!
(Se oye llamar a la puerta.)
GANIMEDES.¡Hola! llaman a la puerta.
(Llaman otra vez.)
¡Tate, vuelven a llamar!
¡Oh, Aspasia! la cosa es cierta.
El viejo me quiere hablar.
(Se vuelve a echar y se arropa la cabeza.)

Escena II

Ganimedes y Midas
MIDAS. (Entreabriendo la puerta.)
¡Nadie!...
(Se adelanta sobre las puntas de los pies.)
¡Nadie!...
(Encaminándose hacia la cortina.)
¡Nadie!
GANIMEDES.(Asomando la cara por el embozo.)
¡Sopla!...
MIDAS.(Volviendo hacia Ganimedes.)
¿Quién?-Buenos días... ¿Quién habla?
GANIMEDES.¡No sale con mala copla!-
Quien duerme sobre una tabla.
MIDAS.Buenos días.
GANIMEDES. Buenas noches. (Vuelve a taparse.)
MIDAS.En día tan celebrado
extraño que no trasnoches.
GANIMEDES.(Aparte.) ¡Él sí que está trasnochado!
(A Midas.) Estoy en mi obligación,
y diga qué le ha traído.
MIDAS.Sé que no está Pigmalión...
GANIMEDES.¡Pues si no está, es que se ha ido!
(Le vuelve la espalda.)
MIDAS.Se ha marchado, sí. ¡Era él!...
Lo divisé hace un momento
a diez pasos del dintel
de la puerta...
GANIMEDES. ¡Vaya un cuento!
¿Le encontraste? ¡Bueno va!
Salió como salen tantos
a ver cómo el pueblo está
de danzas, flores y cantos,
y a mí, su Argos querido,
me dejó a guardar su hacienda.
MIDAS.¡Ya! Pigmalión se ha ido
a llevar piadosa ofrenda
a Venus, y tú, entre tanto,
eres un Argos... durmiendo.
GANIMEDES.¡Viejo! ¡que no me levanto,
Por más que vayas diciendo!
MIDAS.¡Levanta!
GANIMEDES. No se me antoja...
¡Pésanme los huesos mucho!
MIDAS.¡Que te conviene!
GANIMEDES. Te escucho;
pero mi amiga se enoja.
MIDAS.¿Qué amiga?
GANIMEDES. Aquella que escondo...
MIDAS.¿Dónde? ¿Dónde?
GANIMEDES. Está en mi saco,

y tengo el saco muy hondo.
MIDAS.¡Sácala!
GANIMEDES. Pues no la saco.
La pereza es de una pieza
Sin goznes, manos ni pies,
Y los que tienen pereza
Se quedan como me ves.
MIDAS.Por la muestra, te acaloras...
GANIMEDES.¡Es que pienso en mi trabajo!
Aquí me paso las horas
guardando a cierto espantajo
de cuerpo entero...
MIDAS.(Desentendiéndose.) No atino...
GANIMEDES.¿Quién atina con tan fatua
manía? ¡Tengo el destino
de vigilar una estatua!
MIDAS.¡Comprendo! Mas Pigmalión,
¿Teme un robo?
(Mirando a la cortina.)
GANIMEDES. Se le antoja
Que cualquiera es un ladrón...
MIDAS.¡Quiero ver la Estatua!
(De pronto y con ímpetu.)
GANIMEDES.(Levantándose.) ¡Afloja!
Ni por pienso.
MIDAS. ¿Qué te inquieta?
No alcanzo lo que te asusta...
¡Vengo a ver la Estatua!
GANIMEDES. ¡Aprieta!...
Esa chanza no me gusta.
MIDAS.¡Oh, qué rareza!
GANIMEDES. ¡Oh, qué antojos!
¡Me gustan las pretensiones!
MIDAS.¿La escondes aún de los ojos,
o la libras de ladrones?
GANIMEDES.¡De uno y otro he respondido!
MIDAS.Pero ¿ni siquiera ver?...
GANIMEDES.¡Tengo yo tan aprendido
mi modo de proceder,
que no hay fuerza, que no hay modo,
medio, destreza ni amaño
para ganarme!
MIDAS.(Aparte.) Con todo:
No cabe en Aspasia engaño...
(Pausa.-Midas avanza lentamente hacia Ganimedes, lo coge de un brazo
y le dice con solemnidad:)
Paréceme que ignoras,
mancebo perezoso,
que estás hablando a Midas,
al que amontona el oro,

y siente la belleza
como la sienten pocos
no estimo, entre perfumes
y bálsamos preciosos,
de las matronas chípreas
los atractivos rostros,
las deslazadas trenzas,
los pechos siempre flojos,
mal surjan cual Nereidas
del baño voluptuoso...
No aprecio gayas flores,
ni pájaros vistosos,
ni el céfiro que besa
la flor del cinamomo...
No amo la transparente
linfa que en caprichoso
curso fecunda el prado
verde, escondido, ignoto,
y es tálamo a la Ninfa
y al Fauno sigiloso...
Ni halagan mis oídos
los cánticos eróticos
de Saffo sin ventura,
de Anacreón dichoso,
si en baños y jardines,
y plazas e hipódromos,
no miro de las artes
el seductor adorno...
En cambio, donde vea
esbeltos los contornos,
estatuas erigidas
que enseñan pecho y dorso
y el casi no convexo
vientre, ondulado y mórbido,
ya psiquis o bacantes
de furibundos ojos,
ya obscenas o inocentes,
de todas me enamoro,
y para todas tengo,
pues que se compra todo,
en insondables arcas
riquísimos tesoros.
GANIMEDES.¡Entre gustos no hay disputa!
Midas, yo estoy por las arcas.
MIDAS.En mis extensos jardines
son las esculturas tantas,
que sorprendo a cada paso,
tras un tronco o entre ramas,
ya la impúdica bacante,
ya la ninfa recatada...

Tengo dos Venus saliendo
de la mar...
GANIMEDES. ¡Recién pescadas!
¡Muy frescas!
MIDAS. Y en una fuente,
de laureles circundada,
contemplo, sin que me ladren
sus lebreles, a Diana.
GANIMEDES.¡Qué colección tan magnífica!...
MIDAS.¡En efecto! Mas me falta
tener una Galatea...
Y, antes, quiero examinarla.
GANIMEDES.Te lo dije: ¡es imposible!
MIDAS.¿Imposible?
GANIMEDES. Está vedada.
Defiéndenla esta cortina
y este esclavo que la ampara;
pues si Pigmalión, mi dueño,
supiese que la enseñaba,
diera fin de Ganimedes,
con la protección de Aspasia.
MIDAS.Convengo; pero no olvides
que tu dueño no está en casa.
GANIMEDES.¿Y si llegara a saber?...
MIDAS.Por mí nunca sabrá nada.
GANIMEDES.Es que yo mucho me temo
que se lo cuente la Estatua...
MIDAS.Tu miedo ¿es de tal tamaño
que hasta de un mármol te guardas?
GANIMEDES.¡Me guardo porque recelo
de aquesa piedra labrada,
que, por verme apaleado,
si te la enseño, lo charla!
MIDAS.¿Te burlas?
GANIMEDES. ¡No; que hablo en serio!
Me odia por unas cuantas
palabras de desenfado
(no muy limpias ni muy gratas)
que le dirigí aburrido
de verme siempre de guardia,
y desde entonces acá
le tengo miedo y me basta.-
(Aparte.) ¡Esta mentira le digo
por si le hace fuerza!
MIDAS.(Aparte.) Es fábula.
Pero, di: Pigmalión,
¿Teme se la roben?
GANIMEDES. ¡Vaya!
Teme la miren siquiera;
¡Tiene unos celos que rabia!

MIDAS.¿De una estatua celos?
GANIMEDES. Justo:
¡Le tiene entregada el alma!
MIDAS.¡Enamorado!
GANIMEDES. ¡Y celoso!
Y, sino, dime, ¿qué causa
le ha separado del mundo,
para encerrarse en su casa?-
¿Qué su casa? ¡ni la pisa!
¡Vive en esta sola estancia!
Pásase el día y la noche
de hito en hito sus miradas
fijas en su Galatea,
ya risueño, ya con lágrimas,
ya vistiéndola de púrpura,
ya de finísima lana,
coronándola de flores
o colmándola de alhajas...-
¿A qué esconderla de todos?
Y ¿a qué decirle palabras?
MIDAS.¡Cómo! ¿la voz le dirige?
GANIMEDES.Horas enteras le habla...;
Y, o soy yo bobo, o sospecho
que ella le responde...
MIDAS. ¡Calla!
¡Cierto estoy de que estás loco!
GANIMEDES.¿Loco quien con piedras trata?-
¡Loco Pigmalión, mi dueño,
que todo el día lo pasa
deshaciéndose en ternezas,
preguntando si lo ama...
(Con misterio.)
Y ella a veces le contesta
a media voz...
MIDAS. ¡Quita! ¡Aparta!
GANIMEDES.¡Tente!
MIDAS. ¡¡Quita!! (Corre la cortina.)
GANIMEDES. ¡Galatea!
¡Si se lo cuentas, me mata!
MIDAS.¡Maravilla sin igual!
¡Belleza nunca soñada!
¡Qué seductores contornos!
¡Atrae, mira, alienta, llama!
GANIMEDES.(Desde el fondo.)
¡Por los Dioses, que concluyas!
MIDAS.Estoy por desarroparla
de esos paños...
GANIMEDES.(Cogiendo a Midas del brazo y retirándolo.)
¡Tapa! ¡Deja!
¡por Mercurio, y por Aspasia

que te trajo!...
MIDAS. Es que seduce...
¡Es encantadora!...
GANIMEDES. ¡Guarda
mi secreto!
(Aparte.) ¿Habrase visto
un sátiro con más canas?
MIDAS.¡Hoy mismo debe ser mía!
GANIMEDES.(Aparte.) ¡Como ahora llueven lanzas!
MIDAS.Y en el bosquete de adelfas
Yo mismo he de colocarla...
GANIMEDES.Siento pasos... ¡Pigmalión!
¡Mi dueño, que vuelve! ¡Escapa!
MIDAS.(Distraído.) En mi bosquete de adelfas
Yo, por mis manos...
GANIMEDES.(Al aparecer Pigmalión.) ¡Me aplasta!

Escena III

Ganimedes, Midas y Pigmalión
PIGMALIÓN.¡Ganimedes!
GANIMEDES. ¡Ya estoy muerto!
PIGMALIÓN.Ganimedes, ¡ah, traidor!
(Se abalanza a él para castigarlo.)
MIDAS.¡Pobre mozo! Ten clemencia;
No le ofendas, Pigmalión.
PIGMALIÓN.¿Tú, quién eres?
MIDAS. Te habla el rico
Midas.
PIGMALIÓN. ¡Huye! o, por quien soy,
que ni tú ni el vil esclavo
os libráis de mi rigor.
(Ganimedes se arrodilla. Pigmalión vacila entre el castigo y la indulgencia, hasta que al fin lo arroja de la escena.)
MIDAS.(Aparte.) Quedarme será mejor
que apariencia de valor
es firmeza en el sujeto,
si siente dentro el temor
y se hace guardar respeto.

Escena IV

Pigmalión, Midas
PIGMALIÓN.Y ¿qué aguarda el rico ufano?
¿Su castigo o mi perdón?-
¡No pondrá nunca la mano
sobre un desvalido anciano
el fuerte Pigmalión!
Sal de mi casa, y advierte,
que, si mi esclavo te entró,

por tu edad sales con suerte;
¡Pero que no vuelva a verte
pasar mis umbrales yo!
MIDAS.Escucha...
PIGMALIÓN. ¡Sal!
MIDAS. Noble artista:
no entré aquí por Ganimedes,
ni conocer aún tú puedes
la causa de esta entrevista;
mas si a que la explique accedes...
PIGMALIÓN.¿Exculpar tu atrevimiento,
Sin la propia convicción?
Habla, y no hallarás razón
para sin mi asentimiento
llegar a esta habitación.
MIDAS.Mal juzgas mi fe sencilla...
Por esta arquilla de oro (La saca.)
Vine a cambiar un tesoro.
PIGMALIÓN.¿Tesoro por una arquilla?
Explícame...
MIDAS. ¡El arte adoro!
Si es corta la cantidad
para el caso en que se emplea,
pídeme a tu voluntad;
mas cédeme en propiedad
la estatua de Galatea.
PIGMALIÓN.¡Miserable! ¡Comprendí
tu objeto en tu acción bastarda!
¡Guarda tu dinero, guarda,
y salte al punto de aquí,
que ya mi venganza tarda!
¿Piensas que por vil dinero
se compra, cambia o conquista
la inspiración del artista,
que amó la idea primero
de darle forma a la vista?-
¡De Galatea el valor!
¡Su precio! ¿En cuánto la doy?...
¡Conozco que ya no soy
quien tuvo en tiempo mejor
Ira que no siente hoy!-
Mas, ¿quién te pudo mostrar
la que escondo a la torpeza,
para traer tu riqueza
nada menos que a comprar
tan divina gentileza?-
¡Di!...
MIDAS. Perdona... Ganimedes
me dejó alzar la cortina...
Pero a la bondad te inclina;

pues si el perdón nos concedes,
será porque la divina
Galatea...
PIGMALIÓN. ¡Ah! ¡Galatea!...
MIDAS.¡Con sus labios y sus ojos,
dulcifique tus enojos,
para que olvidado sea
el tesón de mis antojos!
PIGMALIÓN.(Aparte.) ¡Oyele, Venus!... -Consiento;
Midas, tienes mi perdón.
Pero de mi sentimiento,
¿te ha dado conocimiento
el esclavo?
MIDAS. En la pasión
de amor, como en la riqueza,
por más que el enamorado
busque ocultar su flaqueza
y el rico finja pobreza,
queda el intento burlado.-
Todo lo sé.-En mi sentir,
contra lenguas indiscretas,
viciadas en maldecir,
que tan sólo por herir
parten como las saetas,
todo esfuerzo es impotente...
¡Yo he resistido creer
lo que murmura la gente,
lo que miro aquí patente,
y aún dudo si puede ser!
Dicen que luchas...
PIGMALIÓN. ¡Sí, lucho!
Cuanto murmuran no es mucho;
¡cuanto se diga es verdad!
(Aparte.) (¡Paréceme que la escucho
reprender esta impiedad!)
¡Ay! ¡tú tal vez dichoso,
si en los cansados años de la vida
gozas hoy de reposo,
con la fría memoria en el pasado,
tiempo en que fue tu corazón burlado!-
Pero si ves que en Chipre las mujeres
se muestran inconstantes,
y cambian los amantes
cual cambian pareceres;
porque es ley de su pérfida hermosura
trocar en pena el bien que poco dura;
si así las inocentes
que temen cuando aman,
como las insolentes
que a los mancebos llaman,

nombran triunfo a su mísera derrota,
y van de triunfo en triunfo hasta el ilota,
¿Por qué no amar la pura estatua mía?
¿Por qué no amar la que formó el cincel;
que no nació de la mujer impía,
ni se nutrió en el seno de mujer?(Queda pensativo. En esto se retira cuidadosamente Midas, y Pigmalión recorre después la estancia hasta conocer que está solo.)

Escena V

Pigmalión, solo
  ¡Cómo a los ojos llega en triste llanto
el hondo, generoso y escondido
sentimiento de amor! ¡Cómo al encanto
de las pasadas dichas, han seguido
penas ocultas y mortal quebranto!
¿A qué poder fatal vas sometido,
corazón esforzado que te quiebras,
Hércules preso en delicadas hebras?
  Amigos, juventud, arte, placeres...
¡Ah! ¿dónde estáis que no os encuentro ahora?
Turba de graciosísimas mujeres,
leves hijas de Céfiro y de Flora,
los fríos besos que os prestó Citeres
son besos de la parca aterradora,
desde que di yo mismo
forma al deseo, que me abrió el abismo.
  La obscuridad del Tártaro es mi pecho,
y, amando un mármol de beldad divina,
me halla la aurora en mi desierto lecho,
y aquí me encuentra el sol cuando declina...
(Descorre la cortina.)
  ¡No quiero amor que el imposible sea!
¡El mundo está donde el amor lo crea!
¡Y en vano a ti mis anhelantes brazos,
en vano a ti mi ardiente corazón
se llegan y te oprimen con abrazos
que a mí me abrasan, aunque míos son!...
¿Tal frialdad en tus sublimes trazos?
¡Háblame, alienta, tenme compasión!-
  ¿No me respondes, piedra inanimada?
¡Te haré pedazos, y serás pisada!...-
¡Ay! ¡no lo temas, adorada mía!
¡Blasfemó el labio; te ofendí cruel!...
¡Cruel y muy cruel! ¿Cómo podría
herir tu rostro quien adora en él?
¡Tú eres la forma que soñé algún día,
cuando era el mundo para mí un vergel!
Hoy eres tú mi mundo, y a ti clamo,

y tú no sientes; ¡pero yo te amo!
(Cae prosternado a los pies de la estatua.)
(Incorporándose.) Venus, sé tú clemente,
Conduélete a mi ruego,
y en ella prende el fuego
vital de la razón.
La luz pon en sus ojos,
que miren sin agravio;
la voz pon en su labio,
la fe en su corazón.
Por ti palpite el seno
de mi beldad inerte,
con el vaivén que advierte
la interna sensación.
Por ti, benigna madre,
ya que perdí la calma,
por ti reciba un alma
que sienta mi pasión.
¡Oh, ilusión de mi deseo!
¡Qué advierto!... ¡Qué estoy mirando!
¡Deliro, o estoy soñando!
¿Es mentira lo que veo,
Y a mí me estoy engañando?...
¡No! que sobre ella desciende
luz en fulgurante vuelo,
fuego que su rostro enciende,
llama que en sus ojos prende,
fuego, llama y luz del cielo.
¡La sangre corre en sus venas!
¡Vive ya!... y aún vive en calma...
¡Oh, cómo resbala apenas
la vida, por las serenas
soledades de su alma!...
¡Pero ya busca! ¡Apetece!
¡Abre el labio! ¡Hablar desea!
¡Admira! ¿Goza o padece?
¡Cuántas ilusiones mece!
¡Venus! ¡Vive Galatea!(Queda en contemplación muda, y Galatea desciende del zócalo.)

Escena VI

Galatea, Pigmalión
GALATEA.Yo... en mí... para mí... ¡yo soy!
Siento... veo... aliento... hablo...
¡Ay! ¡Ay! padezco; suspiro...
¡Ja! ¡Ja! me río y complazco...
¡Tengo voluntad; soy yo!...
Yo soy; mas... ¿qué soy?
PIGMALIÓN.(Inclinándose ante ella.) ¡Te amo!

GALATEA.¡Oh dicha!... Pero, ¿qué soy?
PIGMALIÓN.Una mujer... ¡Te idolatro!
GALATEA.¿Qué dices? ¡palabra ardiente!...
¡Yo te amo! has dicho ¿es verdad?
¡Palabra que más se siente
que se comprende!...
PIGMALIÓN. ¡Y es fuente
de toda felicidad!
GALATEA.(Repeliendo a Pigmalión.)
¡No! déjame, calla, cesa;
quiero la palabra hablar
con que el ¡yo te amo! se expresa;
y, aunque bien sé que no es esa,
no la encuentro al pronunciar.
PIGMALIÓN.Amémonos, mi dulce Galatea,
que el universo entero es el amor;
tú eres hermosa, y la benigna Dea
para amarme tan sólo te animó.
GALATEA.¡Que tú me amas! ¡y que soy hermosa!
¡Que el universo es el amor; y así,
que para amarte me animó una Diosa!...-
¡Qué inmenso fuego se despierta en mí!
(Queda extasiada.)
PIGMALIÓN.Ahora, Galatea, amada mía,
¡Un ósculo no más!
GALATEA.Me dice el corazón que todavía
no me deje besar.
PIGMALIÓN.Ese favor mi alma apasionada
Esperaba de ti.
GALATEA.(Distraída.)
¡Vida! ¡placeres! ¡triunfo! ¡ser amada!
¡Ah! ¡todo es para mí!...
PIGMALIÓN.¡Siquiera como premio a mis desvelos!
¡Escúchame, mi bien!
GALATEA.La hermosura, el amor, la luz, los cielos
¡Son para mí también!
El coro. (Canta al exterior.)
La mujer es la fuente:
amor no es más
que la senda de flores
para llegar.
¡Años de la inocencia,
pasad, pasad!
GALATEA.(Reflexionando.) «La mujer es la fuente,
y amor no es más
que la senda de flores
para llegar»...-
¡Felicidad! ¡felicidad suprema!
¡Ah! ¡yo soy la mujer!
¡El universo es mío!... ¡yo soy reina!

¡El hombre está a mis pies!
Que todos los placeres de este mundo
obedezcan mi voz...
Yo quiero conocerlos todos juntos,
porque su reina soy.
PIGMALIÓN.Y que tu vida resbale
como un manantial risueño,
como un encantado sueño,
sin despertarte el dolor.
GALATEA.(Siempre distraída.) El amor va por la senda
para llegar al placer;
y pues yo soy la mujer,
¡late, late, corazón!
PIGMALIÓN.Galatea, inhumana hermosa mía,
ya no atiendes mi voz;
tu corazón es cuanto yo quería,
¡tu amante corazón!
GALATEA.Los deseos que me agitan,
dime tú qué cosa sean.
Las cosas que me rodean,
¿qué son y por qué me incitan?
¿De dónde el céfiro leve
viene a mecer mis cabellos?
¿Y esta luz cuyos destellos
la vista sedienta bebe?
¿Dónde los perfumes nacen
que embriagan mis sentidos,
y los nunca interrumpidos
cánticos que al alma placen?
PIGMALIÓN.Es la aurora y es la vida...
(Señalando el fondo del escenario.)
¡Mira cuál te ríe el cielo!
Las aves tienden el vuelo
y cantan a tu venida...
GALATEA.¡Para mí cuanto bien haya!
PIGMALIÓN.Los vientos pasan suaves,
y, a par que trinan las aves,
la mar se arrulla en la playa.
Los árboles su follaje
tienden al viento galanos,
y hacen de sus ramas manos
tributándote homenaje:
que así, con solemnidad,
celebra Naturaleza,
Galatea, tu belleza
en toda su variedad.-
¡Quiéreme, por compasión!
GALATEA.¡Cuán seductora es la vida!-
¿Y festeja mi venida
tan augusta confusión?

PIGMALIÓN.¡Sí, mi bien!
GALATEA. ¿La luz, las flores,
el céfiro, los sonidos,
cuanto a mis ojos y oídos
llega, me brindan favores?
PIGMALIÓN.¡Todo, todo!
(Galatea se precipita hacia la puerta.)
¿A dónde vas?
GALATEA.¡Déjame!
PIGMALIÓN. ¡Mi Galatea!
¿Al que en amarte se emplea
abandonas? ¡Vuelve atrás! (La coge.)
GALATEA.¡Quita! una voz me llamó...
Lejos... allá...
PIGMALIÓN. ¡Ven!
GALATEA. ¡No quiero!
PIGMALIÓN.¡Galatea! Pues primero...
GALATEA.(Con ímpetu.) ¿Por qué así me miras?
PIGMALIÓN.
¿Yo?
¡Por hermosa!
GALATEA. ¡Hermosa!
PIGMALIÓN.(Le da un espejo.) ¡Ten!
GALATEA.(Mirándose.) ¿Qué rostro es éste tan bello?
¿De quién es este cabello?
¿Y estos rizos? ¡Ah! ¿de quién,
que me admiran?...
PIGMALIÓN. Tuyos son.
GALATEA.(Contemplándose al espejo.)
Soy hermosa.
PIGMALIÓN.(Tomándole la mano.)
Mas procura
guardarme tu corazón.
GALATEA.(Besando el espejo.)
¡Hermosa soy!-¡Ay de mí!
(Arroja el espejo.)
¡Con engaño me has herido:
mi primer beso no ha sido
como el que en sueños sentí!
PIGMALIÓN.(Cogiéndole la mano.)
¡Perdón! Si el acero helado
hirió tu labio con frío,
yo pondré fuego, bien mío,
con este beso...
GALATEA.(Retira la mano y abstraída dice:)
He soñado...
(Vuelve a precipitarse hacia la salida.)
PIGMALIÓN.(Deteniéndola.) Queda; no intentes huir.
GALATEA.¡No quiero! Me descontenta...
PIGMALIÓN.Dime en qué te ofendo; cuenta...

GALATEA.Me aburro; quiero salir.
PIGMALIÓN.¿Sin saber dónde ha de ser?
GALATEA.(Pateando de rabia.)
¡Quiero, quiero y quiero!
PIGMALIÓN.(Con firmeza.) ¡Entiende...
que esa terquedad me ofende,
y es viciosa en la mujer!
GALATEA.¡No!
PIGMALIÓN. Te suplico...
GALATEA. ¡No, no!
PIGMALIÓN.¿Qué tienes, que en vano lidio
por acertar?
GALATEA. ¡Me fastidio!
(Se deja caer en el asiento.)
PIGMALIÓN.¿Tan pronto?
GALATEA. ¡Me ahogo!
PIGMALIÓN. ¡Oh!
¡Galatea, mi deidad! (Inclinándose.)
¡Vuelve en ti, para que sea
tu gusto mi voluntad!-
Mírame a tus pies.
GALATEA.(Envanecida.) Así.
PIGMALIÓN.¿Qué quieres? Háblame, ordena...
GALATEA.Tengo hambre.
PIGMALIÓN. ¡Hambre! ¡Qué pena!
¡Hambre, y no lo conocí!-
Ganimedes, corre, ven...
¿Ganimedes?...-¡El tunante
dormirá, pero al instante
voy yo mismo, y volveré
pronto!...
GALATEA.(Aparte.) ¡Por fin!...
PIGMALIÓN. Amor mío,
tu apetito ¿qué desea?
¿Blanquísima miel hiblea?
¿Uvas manando rocío?
De todo encontrar confío.
¿Quieres la fruta de amor?
¿La manzana? ¿Y la mejor,
que es la naranja olorosa?-
Te traeré de cada cosa,
blanca miel, frutas de olor...
GALATEA.Bien.
PIGMALIÓN.(Le coge la mano.)
Hasta luego.
GALATEA.(Aparte.) Se va.
PIGMALIÓN.Y no te impacientes...
GALATEA. No.
PIGMALIÓN.Volaré sin alas...-¡Oh!
¡Cuán desfallecida está! (Vase.)

Escena VII

Galatea sola

Ya se ha ido
Consentido.-
Pues me voy...-

(Se dirige hacia la puerta del fondo; pero, al reparar en la lira suspendida de la columna, se detiene, la coge, la reconoce con curiosidad y recorre sus cuerdas.) (Preludio en arpa y acompañamiento sucesivo tras los bastidores.)

¿Eh? ¡me admiras!
¡Tú suspiras!
¿Tienes voz?
(Vuelve a preludiar en la lira.)
¡Sí! ¡la siento,
y es tu aliento
celestial!...
¿Por qué gime
tu sublime
vaguedad?
¡Ven! tú me estremeces
con mágico acento;
me hieres y siento
placer: tú me das
la leve alegría,
la plácida calma;
me agitas el alma
en férvido afán.
Tu voz seductora,
ya gimas o cantes,
con ecos vibrantes
llega al corazón.
Yo no sé tu nombre.
¿Me dirás quién eres?
¿Somos dos mujeres
hablando de amor?
¡Tu nombre conozco!
Un Dios me lo inspira...
¡Tú eres la lira!
¡Tu alma soy yo!
Ven, que mi voz enlace con la tuya;
Ven, que mi acento al tuyo vuele unido,
Y, tras el eco que a perderse huya,
Un tono suspendido
Repita sin cesar:
¡Quiero vivir!
¡Quiero gozar,
Reír,
Cantar!

Mas, si la nube del dolor se posa
(Cruzando el horizonte de la vida)
un momento en mi alma voluptuosa,
Que tu voz ofendida
Me diga sin cesar:
¡Quieres vivir!
¡Quieres gozar,
reír,
Cantar!
Para mi corazón, para mi alma,
se desatan las brisas y las flores...
¡Canta, lira feliz, canta la calma,
y, al son de los amores,
Repite sin cesar:
¡Quiero vivir!
¡Quiero gozar,
reír,
cantar!-
¡Qué nueva turba de sensaciones!
¡Qué agitaciones brotan en mí!
Reyes del mundo, Dioses del cielo,
héroes del suelo, ¡venid, venid!-
Bosques y selvas, ríos y prados,
montes alzados, mares sin fin;
hijas del agua, hijas del viento,
ninfas sin cuento, ¡venid, venid!-
¡Que sobre la ancha cerviz
del mundo puesto a mis plantas,
entre el lujoso matiz
de tantas flores y tantas,
con ninfas, héroes y reyes,
y Dioses que acaten leyes,
quiero vivir,
quiero cantar,
quiero gozar,
quiero reír!
(Corre hacia el jardín y desaparece agitando la lira.)

Acto III

(La misma decoración del anterior.)

Escena I

(Ganimedes entra receloso, hasta cerciorarse de que Pigmalión ha salido.)

GANIMEDES. Llamó; callé de miedo; se fue, y no ha vuelto el amo...
Al fin se ha de evaporar...
Él corre y yo me quedo; yo un topo y él un gamo,
sin que me coja jamás.
(Se sienta en el lecho.)
Perdónenme los Dioses, sublimes inmortales,
mi opinión particular;
Morfeo (en mi conciencia) excede a sus iguales
por su gran capacidad:
«Aquél que hace su cama, aquél hace mi templo»
(Dijo, y se fue a acostar);
«Y me dará más fama quien más siga mi ejemplo»
(Dijo, y soltó a roncar).
Esa inteligencia suma
de la familia inmortal,
entre sábanas de espuma
dormirá en colchón de pluma
de cisne y de pavo real.
¡Oh! ¡Quien fuera el dios Morfeo!...
Tampoco se agravie el Dios
por éste mi buen deseo,
si en la cama en que le veo
juzgo cupiéramos dos,
mejor que en mi tabla rasa.-
(Repara en Galatea, que está en el jardín.)
¡Tengo los ojos cabales!
¿Una mujer en la casa,
que pisa, pasa y traspasa
despojando los rosales?
(Se levanta a observar.)
¡Demos que es de historia antigua!
¡Llovida no puede ser;
y mi vista no averigua
si será alguna estantigua
o verdadera mujer!
Por ser la hembra sexo ingrato,
no tiene el amo, si tuvo,
con este género trato...
¡Bonito, bueno y barato,
dice que nunca le hubo!-
Cuando a la experiencia acuda,
Chasco llevará la fatua...-
(Corre a cerciorarse si la estatua está en su puesto.)
¡Los Dioses me den su ayuda!
¡Está visto, ya no hay duda!
Se fue; se apeó... ¡Es la Estatua!

Escena II

Ganimedes y Galatea.
(Galatea entra corriendo, con las manos llenas de flores.)
GALATEA.(Al ver a Ganimedes.)
¡Ah!... (Deja caer las flores.)
GANIMEDES. Es la Estatua en cuerpo y alma.
GALATEA.¿Quién eres?
GANIMEDES.(Turbado.) ¡Yo!... ¿Mi persona?
GALATEA.Ven aquí...
GANIMEDES. ¡No me abandona!
Ya empiezo a perder la calma.
GALATEA.Ven, te digo.
(Le examina con curiosidad.)
Tus cabellos...
Tu cara... me gustan.
(Sigue examinándole.)
GANIMEDES. ¡Ca!
(Aparte.) (No me conoce.)
GALATEA. ¡Ven!
GANIMEDES. ¡Bah!
GALATEA.(Levanta un bucle de los cabellos a Ganimedes.)
¡Rubios!
GANIMEDES. ¡Me dejan con ellos!
GALATEA.Sentémonos para hablar.
(Le obliga a sentarse a su lado.)
GANIMEDES.(Aparte.) ¡Grave caso!
(Se sienta muy tímido y receloso.)
GALATEA. ¡Más! ¡más puedes!-
(Acercándolo.)
¿Tú te llamas?
GANIMEDES. Ganimedes.
GALATEA.¿Ganimedes? ¡Te he de amar!
¡Te quiero!
GANIMEDES.(Aparte.) ¡Qué condición
tan abierta! ¡Ya se ve!..-
Pero si entra el otro...
GALATEA. ¡Qué!
¿Quién es otro?
GANIMEDES. ¡Pigmalión!
GALATEA.¡Ah!... Sí: un quejumbroso, un triste,
un melancólico adusto,
que quiso quitarme el gusto
de salir de aquí.
GANIMEDES. ¿Le viste?
GALATEA.¡Y tanto como lo vi!...
Hace poco le envié
a traerme no sé qué
para alejarlo de mí.-
Es fastidioso en verdad;
se enfadaba como un loco,

y hasta quiso poco a poco
violentar mi voluntad.-
Yo me defendí...
GANIMEDES.(Aparte y riendo a carcajadas.)
No es manca.
GALATEA.Él no es bello y tú lo eres.
GANIMEDES.(Aparte.) (Entre todas las mujeres
esta estatua es la más franca.)
(Alto a Galatea.)
¡Muchas gracias!
GALATEA. Dime...
GANIMEDES. Apunta.
GALATEA.¿Yo soy mujer?
GANIMEDES. En verdad...,
La cosa...
GALATEA. ¿Y tú?
GANIMEDES.(Aparte.) (¿En calidad
de qué me hará esa pregunta?)
GALATEA.¿Tú no eres mujer?
GANIMEDES. ¡Qué horror!
Soy un hombre.
GALATEA. ¡Hombre! ¿Qué escucho?
Eso me conviene mucho
para entendernos mejor.
¡Dame la mano! ¡Al momento!
(Él teme y ella se la toma.)
¡Ahora las dos!
GANIMEDES. ¡Tú las tomas!
GALATEA.¡Los brazos!
GANIMEDES. ¡Son buenas bromas!
(Mira en derredor.)
Mas tiemblo al atrevimiento.
(En el momento de inclinarse para abrazar a Galatea entra Midas precipitadamente.)

Escena III

Los mismos y Midas
GALATEA.Vamos.(Dirigiéndose a Ganimedes.)
GANIMEDES.(Volviéndose sorprendido por el ruido que Midas hace al entrar.)
¿Quién viene? ¿Quién va?
MIDAS.¡Nadie! Yo soy; nada temas.
GANIMEDES.¡Otra vez!
MIDAS. Sí, Ganimedes:
cogí a tu dueño la vuelta,
le vi salir, y aquí entreme
¡para verla, para verla!
GALATEA.(Levantándose.) Mi querido Ganimedes,
¿por qué estorban?

MIDAS. ¡Oh sorpresa!
¡Oh imposible puesto en práctica!
¡La Estatua, que habla y pasea!
GALATEA.(Examinando a Midas.)
¡Qué feo es!...
MIDAS. ¡Vaya un chiste!
La educación no entró en ella.
GANIMEDES.(A Midas.) ¿No te dije que iba a hablar?...
MIDAS.A mi vista, a mis orejas,
que lo oyen, que lo ven,
la reflexión se lo niega.-
¿Quién pudo hacer tal prodigio?
¡La Estatua, que habla y pasea!...
GANIMEDES.Barruntos me andan si Venus
jugó a mi amo una treta.
MIDAS.Esa treta, Ganimedes,
podrá ser mala o ser buena.
GANIMEDES.Tal supongo, porque al fin
es mujer que se despierta
un poco tarde, y me temo,
sin motivo, por las señas
solamente, por la pinta,
que empiece a echarse la cuenta
y se desquite del tiempo
que perdió cuando fue piedra.
MIDAS.¿Come?
GANIMEDES. No ha probado nunca
ni una dedada de miel.
MIDAS.Y para dormir, ¿se acuesta?
GANIMEDES.Un año ha dormido en pie.
MIDAS.¿Qué me dices? Es prodigio
verificado al revés
del de Dafne, que iba huyendo
y se convirtió en laurel.
Metamorfosis es ésta
que no se ha visto, y se ve...
Y se palpa... (Prueba tocar a Galatea.)
GALATEA.(Rechazándole.) ¡Poco a poco!
MIDAS.¡Oh! ¡Qué mimoso desdén!
Ahora tengo por seguro
que me puedo desprender
de algunas minas, a cuenta
de lo que ahorre después.
No come, viste ligero,
lleva sandalia, y tras que
no asomó nunca a la calle,
es estatua y es mujer.-
Me conviene suavizarla
con una dádiva... ¡A fe
que si pronto ha de ser mía

se la puedo recoger!-
Galatea encantadora,
perlas y oro
te ofrece quien te enamora.
Mas di ahora,
sin parar la reflexión,
que me das predilección:
porque son
en las mujeres,
cuanto más reflexionados,
más errados
los más simples pareceres.
Y, ya dicho que te adoro,
ven conmigo,
si es que accedes,
y un tesoro
tener puedes.
GANIMEDES.(Llevando aparte a Galatea.)
¿Lo oyes, Galatea?
GALATEA. ¡Y bien!
GANIMEDES.¿No ves que te solicita?
Pídele cualquier cosita.
GALATEA.Yo no pido: tomo.
MIDAS.(Sin haber oído las palabras cambiadas entre Ganimedes y Galatea, dice acercándose a ésta:)
Ten
esta sortija, que ha sido
última prenda de Lais: (Se la pone.)
Y, pues por tomar tomáis,
Toma este beso. (Intenta dárselo en la mano.)
GALATEA.(Dándole un cachete.) ¡Atrevido!
MIDAS.(Doliéndose aparte.)
¡La mano de estatua es dura!
GALATEA.¿Ves, Ganimedes, cuán quedo
se vino el anillo al dedo?
¡Pedir no arguye cordura
en la que a tanto se humilla,
porque, al pedir el favor,
obliga prenda mayor
a cambio de otra sencilla!
GANIMEDES.Lais vivió tiempo sobrado,
vino a vieja y se halla pobre...
¡De fijo le alzó por cobre
la sortija que te ha dado!-
Temo aún que se arrepienta.
¿Tú le diste?
GALATEA. Un cachetillo...
¡Poca cosa!
MIDAS. Trae mi anillo...
GALATEA.¡Aparte quien tal intenta!

¿No sabes que quien da y quita?...
MIDAS.Quien da y quita, ¿qué?
GANIMEDES.(Aparte.) (¡No es boba!)
GALATEA.Quien quita lo que da, roba.-
Si en una mano bonita,
las sortijas con brillantes
son astros que resplandecen,
y las manos que los mecen
el cielo de los amantes:
si son gala, vanidad,
ilusión, lujo, hermosura,
ve mi mano; mas procura
refrenar tu voluntad.-
(Le da la mano.)
Suelta pronto; siento ruido.
GANIMEDES.(Va hacia la puerta del fondo y vuelve precipitadamente.)
¡Pigmalión! ¡Salga quien pueda! (Huye.)
MIDAS.¡Dioses, que tal me suceda! (Anda turbado.)
GALATEA.¡Ven! Quedarás escondido.
MIDAS.¡Tengo miedo!
GALATEA. Serás tonto,
si en ardides de mujer
no confías. Vaslo a ver,
y ayúdate. ¡Pronto, pronto!
(Empuja a Midas hasta colocarle envuelto en la cortina, y ella se sienta donde la dejó Pigmalión.- Pigmalión entra seguido de un esclavo, que trae una cesta colmada de flores, frutas, ánforas y copas. El esclavo coloca dichos objetos sobre una mesa, y se retira.)

Escena IV

Galatea, Pigmalión
PIGMALIÓN.Heme aquí.
GALATEA.(Esconde la sortija.) ¡Ya!
PIGMALIÓN. ¿Me he tardado?
Cada instante era un martirio;
pero la casualidad
hizo hallase unos amigos
que estuvieron importunos
para llevarme consigo.
GALATEA.¡Bah!
PIGMALIÓN. Compañeros un tiempo
de placeres fugitivos,
querían ahogar mi pena
en los deleites del vicio,
y distraer mis pesares
con sus cantares festivos.
GALATEA.¿Por qué no fuiste con ellos?
PIGMALIÓN.¿Por qué? por estar contigo;

que, así como se concentra
la luz del sol en su disco,
los rayos de mi esperanza
convergen a ti, amor mío.
Vine a ponerme a tu lado,
y entre flores y entre mirto
te traigo frutas lozanas.
GALATEA.¡Ah! (Como recordando.)
PIGMALIÓN.Las escogí yo mismo
¡El jardín de las Espérides
no las dio más bellas! Vino,
vino te traigo también,
que es oro en hirviente líquido,
grato al labio, y a los ojos
claro, transparente, limpio:
néctar, en fin, de los Dioses,
dulce y chispeante... ¡míralo!
GALATEA.¡Vino!
PIGMALIÓN. Sí, mi Galatea;
humor de la vid: que quiso
la sensualidad del hombre,
en su apetecer continuo,
hallar entre los manjares
y el agua un placer más vivo,
y extrajo del alimento,
para la sed, el divino
licor de Baco, que arroba
la mente en grato delirio...
GALATEA.¡Oh!
PIGMALIÓN. La vid brindaba, al margen
del arroyo cristalino,
globos de púrpura y nácar
en desmayados racimos,
y el hombre exprimió las uvas
en la taza, y brotó el vino
que la sed mata y la aviva,
que alimenta y da apetito,
que el velo al rubor desgarra
y enloquece el amor tímido.
GALATEA.¡Dame el néctar, la bebida
de los Dioses!
PIGMALIÓN. ¿Tú no has visto
a nadie mientras mi ausencia?
GALATEA.No.
PIGMALIÓN. El poltrón duerme de fijo.
¿Al muchacho Ganimedes
no has visto aquí?
GALATEA. ¿A quién has dicho?
¿Quién es Ganimedes?
PIGMALIÓN. Déjalo.

GALATEA.¿Quién es Ganimedes?... ¡Dilo!
PIGMALIÓN.Un mancebo perezoso
que no se enmienda al castigo,
y quiero sirva a tu mesa.
GALATEA.¿Le llamo?
PIGMALIÓN. Lo haré yo mismo.
GALATEA,
PIGMALIÓN.(A un tiempo.) ¡Ganimedes! ¡Ganimedes!
PIGMALIÓN.¡Ni por esas! ¡Vaya un pícaro!
En viniendo...
GALATEA.(Con halago.) ¿Le perdonas?
PIGMALIÓN.¡Oh corazón compasivo!-
¡Perdonado!-Helo que llega
temeroso.

Escena V

Los mismos, Ganimedes
GALATEA.(Aparte a Ganimedes.) (¡No me has visto!)
PIGMALIÓN.(Señala a Ganimedes que se disponga a servir la mesa; hecho lo cual, pone vino en una copa, que presenta a Galatea.)
¡Toma! y el labio tímido,
que el aura besó apenas,
beba en las ropas llenas
el férvido licor.
En esta fuente lúbrica
se baña el dios Cupido:
te besará atrevido;
sabrás lo que es amor.
Y al despertar
de tus ensueños,
cuéntamelos con labios halagüeños,
pues quiero devorar
los instantes de amor, siempre pequeños,
si son premio a mis días de pesar.
GALATEA.¡Trae la copa! En ella quiero
conocer
el bien y el mal verdadero,
el corazón por entero
de la mujer.
PIGMALIÓN.(Aparte) (¿De la mujer?)
GALATEA.(Tornando la copa.)
¡Es el vino! Me cautiva
su color.
Un lampo su centro aviva;
su fondo es fuente lasciva
para el amor.
(Se dispone a llevar la copa a los labios en el momento en que aparece Aspasia en el fondo del escenario.-Galatea la ve antes y suspende el beber.)

Escena VI

Los mismos, Aspasia
GALATEA.¿Yo allí?... ¿o es otra mujer?
Si reflejo es de mi ser,
como me mostró el espejo...
¡Ahora comienzo a tener
envidia de mi reflejo!-
(Dirigiéndose a Aspasia)
¿Tú eres?
ASPASIA. ¿Qué importa? ¿ a quién?
GALATEA.¿Tú eres? (Con más energía.) ¡Di!
ASPASIA. Mujer de Atenas.(Con desdén.)
GANIMEDES.(A Aspasia aparte.)
Ya bebe vino, y también
se inclina a chupar colmenas.
ASPASIA.Dime tú, Pigmalión,
Esta mujer, ¿es escita,
o es bacante, en la ocasión
que ha exaltado su razón
con el vino?
GALATEA.(Queriendo apartar de Aspasia a Pigmalión y a Ganimedes.)
¡Quita! ¡Quita!
PIGMALIÓN.Aspasia, es mi Galatea:
me oyó la Divinidad:
Abrázala, y haz que vea
el cómo tu afán se emplea
en ofrecerle amistad.
(Aspasia y Galatea se abrazan; luego Galatea separa a Aspasia y dice
a Pigmalión aparte:)
GALATEA.Las mujeres se abrazan con perfidia;
se repugnan, y forman lazo estrecho;
se besan, y se juntan pecho a pecho,
para irritar el monstruo de la envidia.
PIGMALIÓN.¡Tal sabes!
GALATEA. ¡Por lo que ofende!
El libro del corazón
sin enseñanza se entiende...
Hoja tras hoja se aprende
de una en otra sensación.
(Aspasia coge a Galatea y la acerca a la mesa.)
ASPASIA.¡Acá! Virgen de mármol,
que Venus animó,
doncella hermosa y núbil,
que ves el primer sol:
la voluntad, la vida,
el alma es el amor,
y amor, sobre ser niño,
es ciego y juguetón.

Con infantiles juegos,
el codicioso Dios,
el vino no bebido
lo vierte al exterior
por la canal del pecho
de las mancebas de hoy...
Dos tazas de alabastro
excitan su ambición,
y cuanto más se ceba,
siendo las tazas dos,
deja una, toma otra,
y vuelve a la anterior.
Anímanle en la lucha,
durante la elección,
el címbalo, las flautas,
el báquico furor...
Y, si el placer, la vida,
el alma, es el amor,
brindemos a Cupido
las dos juntas, y pon
los labios en la copa
conmigo...
GALATEA.(Arrebata la copa a Aspasia.)
¡Juntas, no!-(Bebe.)
¡Esto es fuego! ¡En él se encienda
mi beldad,
para que el rubor no ofenda
en el camino que emprenda
la vanidad! (Bebe.)
¡Veo el mundo, veo el mundo!
El dolor está profundo;
encima flota el placer:
¡Lo primero y lo segundo
son obra de la mujer!
ASPASIA.¡Se inspira!
PIGMALIÓN. Fuerza será
quitarle la copa...
GALATEA. ¡Ca!... (Bebe.)
Sigo el curso de la vida;
penetro en la sociedad...
La virtud es fe mentida:
el engaño es la verdad.
¡Cambiad, sí, cambiad,
el deber por los placeres,
los afeites por la edad! (Bebe.)
PIGMALIÓN.¡Galatea!
GALATEA. ¿Qué me quieres?
PIGMALIÓN.¡Ya no más!
GALATEA.(Riendo.) ¡Ja, ja, ja, ja! (A Pigmalión)
Huyes por senda torcida

y caes en lazo fatal...
¡Te engañarán la querida
o la esposa desleal!
PIGMALIÓN.¡Galatea!
GALATEA. ¿Qué me quieres?
PIGMALIÓN.¡Ya no más!
GALATEA.(Riendo.) ¡Ja, ja, ja, ja! (Con ira.)
¡Yo soy reina! Vaciad
el ánfora en esta copa,
pues vosotros sois la tropa
que sirve a mi voluntad.
ASPASIA.La has dejado beber tanto,
que ha perdido la razón,
y ha querido decir cuanto
encierra su condición.
PIGMALIÓN.Y, sin que acuda al llanto,
en su estridente risa,
veo la pitonisa
de mi postrer dolor...
GALATEA.¡El ánfora! ¡Pigmalión,
tráeme el ánfora!-¿No accedes?-
¿Tú tampoco, Ganimedes?
¡Pues... me vengo!
(Corre, y descubre a Midas, que está detrás de la cortina. En este momento escapa Ganimedes.)
MIDAS.(A Pigmalión.) ¡Compasión!
(Aspasia se interpone.)
PIGMALIÓN.¡Midas! ¡tocas a tu fin!
Dime, y tiembla el que no crea...
GANIMEDES.¡Que se escapa Galatea
(Entrando apresuradamente.)
por la puerta del jardín!
PIGMALIÓN.¡Dioses! (Suelta a Midas.)
MIDAS. ¿Será cierto?
GANIMEDES. ¡Andad,
que ella corre como un gamo!
PIGMALIÓN.¿Hacia dónde?
GANIMEDES. ¡Yo, mi amo,
presumo que a la ciudad!
PIGMALIÓN.¡Galatea!
GANIMEDES.(Aparte.) ¿Quién la ataja?
Echenle un galgo.
MIDAS. ¡Favor!
PIGMALIÓN.¡Se me va todo mi amor!
(Corriendo hacia el jardín.)
MIDAS.(Siguiendo a Pigmalión.)
¡Y a mí me lleva una alhaja!
(Aspasia sigue a ambos por curiosidad.)

Escena VII

Ganimedes solo, sentado
GANIMEDES.¡Miren la recién nacida!
¡Trastornar la casa entera!
¡Qué lista es de su persona!
¡Y antes se estaba tan quieta!
¿Si daré yo alguna vez
en ser un águila?...-¡Buena
la llevan, corriendo juntos,
mi dueño y Midas tras ella,
uno a rescatar su joya
y otro a recoger su prenda!-
¿A que, si Pigmalión
hace otra estatua, no piensa
en pedirle más a Venus
que le dé vida en las piernas,
ni calor en el estómago,
ni le trae vino a que beba?-
¡Buen paso lleva la Estatua
con la chispa que la alienta!...-
¡Oh, si las ninfas de Midas,
las bacantes sin vergüenza,
y las Venus y Dianas
tomaran parte en la fiesta! (Se ríe.)

Escena VIII

Ganimedes, Galatea
GALATEA.(Asomando la cabeza por detrás de una cortina.)
¡Ganimedes!
GANIMEDES.(Se levanta asustado.)
¿Quién me llama?
GALATEA.¡Eh! Ganimedes, soy yo.
GANIMEDES.¿Tú? ¿No te escapaste?
GALATEA. No.
GANIMEDES.(Aparte.) (¡Esta mujer tendrá fama!)
¡Pues si yo te vi salir
huyendo como un conejo!...
GALATEA.Fue para engañar al viejo
y al quejumbroso... y venir
a tu lado... ¿a qué dirás?
GANIMEDES.No sé. ¿Les diste un regate?
GALATEA.¡Me río!
GANIMEDES. ¡Buen disparate
has hecho!
GALATEA. Quedéme atrás.-
¿A qué achacas la invención?
¿Juzgas por qué me he escondido?
¿A qué dirás que he venido?
GANIMEDES.No acierto.-Pigmalión

será quien vaya delante,
y, atajados los alientos,
Midas soltará lamentos
en busca de su diamante.
GALATEA.Déjalos. Cuanto más corran,
están más lejos...-¿No aciertas?
GANIMEDES.No atino.
GALATEA. ¿Tiene más puertas
la casa?
GANIMEDES. Sí.
GALATEA. Pero ¿ahorran
camino?
GANIMEDES. Por la que huiste.
GALATEA.Pues... te he venido a decir
que te amo, y me quiero ir
contigo.
GANIMEDES.(Asustado.) ¿Qué me dijiste?
¡Quién había de creer!
GALATEA.Como nunca me abandones,
seré feliz.
GANIMEDES. Me propones
lo que yo no puedo hacer.
GALATEA.¡Ven, mi Ganimedes, sígueme!
El monte, el llano, la selva...
En su libertad dichosa...
GANIMEDES.¡Imposible, Galatea!
Yo he nacido de mujer;
tú naciste de una piedra:
la piedra nació en el monte;
no extraño que al monte vuelva;
mientras yo me quedo esclavo
de la voluntad ajena,
dando gracias a mi dueño
porque no gasto cadenas.
GALATEA.¿Esclavo, dices? ¡Esclavo!...
Y ser esclavo, ¿qué expresa?
GANIMEDES.Que soy esclavo, va dicho:
saca tú la consecuencia.
GALATEA.¿De qué, si no te comprendo?
GANIMEDES.¡Pues no me fuerces, y espera,
si te lo he de decir todo
como a chiquillo de escuela!
Porque, como hoy has nacido
a este mundo, andas a ciegas
dándote con las paredes,
sin conocer una letra...-
Pigmalión es el libre;
yo el esclavo de su fuerza
y de mi necesidad...
Y un esclavo es de manera,

que, con serlo, necesita
quien lo tenga y lo mantenga.
Tú me pides que me huya
contigo, que eres su prenda
más amada...-¡Ganimedes
no cabe por esa puerta!
GALATEA.¡Esclavo!...-¿No me dijiste
que eras hombre, en cuanto apenas
sentí la vida y sentía
impresión de que tal eras?
¿Hay entre mujer y hombre
una tercer diferencia?
¿Un sexo, a que se resiste
femenil naturaleza?
¿Y ahora de ti he de apartarme
con asco, como si fueras
cieno que halla en su camino
la planta de Galatea,
y hasta pisarlo repugna
por no manchar su limpieza?
¡Tú, a discreción de otro hombre,
por temor y con afrenta,
teniendo manos y vida
que emplear en la pelea!
GANIMEDES.Son muchos los de mi clase...
GALATEA.¿Sois muchos? ¡Mayor vileza
es, sí no sumáis los brazos
en la natural defensa,
y vencedores o muertos!...
GANIMEDES.¡Se nos suma por cabezas!
(En este momento entran Pigmalión y Aspasia por la galería. Aspasia señala a Galatea, deteniendo a Pigmalión para que observe.)
GALATEA.(Sin advertirse.)
¡Quita tú..., a quien amilanan
los ruegos de una manceba,
a la que basta fijar
los ojos en donde quiera
que haya varones altivos,
para que en su amor se enciendan!
¡Libre arrastraré tras mí,
donde vaya y donde vea,
en rendida muchedumbre
la juventud de la Grecia;
pues nunca el hombre es más fuerte
que rendido a la belleza:
y a ti te dejo, porque
ni eres varón ni eres hembra!

Escena IX

Galatea, Ganimedes, Pigmalión, Aspasia
(Al dejar Galatea a Ganimedes se encuentra con Pigmalión, que se precipita hacia ella.)
PIGMALIÓN.¿Tú así a un esclavo? ¡Oh, mísera!
Venida al mundo apenas,
me burlas y te llenas
de impúdico baldón.
GALATEA.Sentí al nacer ¡oh crédulo!
que el hombre es un juguete;
pues dócil se somete
a la mujer peor.
ASPASIA.(Interponiéndose.) Tente, Pigmalión. Tú ve
si esto es duda o es consejo.
¿De un viejo a un esclavo?...
PIGMALIÓN. ¿Qué?
ASPASIA.¿Llevar los celos?
PIGMALIÓN. ¡No sé!
¡Mas a ella la mataré
por el esclavo y el viejo!
(Tira del puñal: Aspasia lo sujeta.)
GALATEA.¿Es el hierro?... ¡El hierro no!
(Con espanto.)
(Va retrocediendo y repitiendo ¡NO! ¡NO! hasta quedar petrificada encima del zócalo, en la misma actitud en que se la vio por primera vez.)
ASPASIA.Arroja el arma y advierte
que, si Venus la animó,
por lo que ella no le dio
vienes a darle la muerte.
¡Nacida a la pubertad,
de ese solo sentimiento
vive en pura realidad,
y fuera insensato intento
pedirle la honestidad!
PIGMALIÓN.¡Arránquese la esperanza
del alma, como mi mano
arroja sin la venganza
este puñal, que no alcanza
a herir su pecho liviano!
(Arroja el puñal y queda abatido.)
(Se oyen voces alegres de los amigos y de las mujeres hacia el Interior. Aspasia empuja la puerta y entra la comparsa en tropel.)

Escena X

Los mismos y la turba de amigos y mujeres, y Midas después
ASPASIA.¡Tiene celos! ¡Entrad!
AMIGOS.Los celos son indigna enfermedad.
(Midas llega sofocado, entrando por donde salió con Pigmalión en busca de Galatea, y tropieza con la Estatua.)

MIDAS. ¡Me pasmo!
UNOS. ¿Qué será?
MIDAS. ¡Me asombra!
OTROS. ¿Qué será?
MIDAS.(Tocando la Estatua.)
¡Es mármol!
PIGMALIÓN. ¡Ah! ¡Es mármol?...
(Adelantándose a tocar a Galatea.)
TODOS. ¡Bien está!
PIGMALIÓN.(Volviéndose a los amigos.)
¡Volcad, volcad las ánforas;
llevadme a los placeres;
brindemos a Citeres;
corramos al altar!
(Beben en desorden los amigos y las mujeres flautistas con los demás, excepto Aspasia.)
ARÍSTIDES.Ahora al templo sacro
de Venus cipriota;
¡Que amor alado flota
en torno a la Deidad!
(Se disponen a salir en tropel, a tiempo que Midas retrocede precipitadamente.)
MIDAS.¡Oh, encanto de la escultura!
¡No me voy!
PIGMALIÓN.Si tanto amas su hermosura,
¡Te la doy!
(Midas se abraza a la Estatua y permanece en esta actitud hasta que cae el telón.-Luego Pigmalión, adelantándose al proscenio, dice:)
PIGMALIÓN.¡Mujeres! el eslabón
último de mi cadena
roto está; y Pigmalión,
que a sí propio se condena,
suplica vuestro perdón.
¡Aspasia! Tú, la que brillas,
Sol de Grecia, y que no humillas
a quien rinde tu poder...
(Se inclina ante Aspasia.)
ASPASIA.¡No ante Aspasia!... ¡De rodillas
a los pies de la mujer!
(Pigmalión cae de rodillas.-Midas continúa abrazado a la Estatua, y desciende el telón pausadamente, mientras se oye el eco del Coro que se aleja repitiendo parte del himno del primer acto.)
EL CORO.¡¡Ebohé!!
LOS HOMBRES.Amor es la vida, su esencia es el alma.
LAS MUJERES.Si amor es la vida, no amar es no ser.
EL CORO.Inúndanos, Madre, en plácida calma,
de besos y aromas, de dicha y placer.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario